

9

# Soledad

CARLOS BASSAS DEL REY



ALREVÉS  
NOVELA NEGRA

# **SOLEDAD**

**CARLOS BASSAS DEL REY**

**ALREVÉS**  
BARCELONA 2019



Carlos Bassas del Rey (Barcelona, 1974) trabaja como juntaletras de fortuna, labor que equilibra con la docencia y la escritura de guiones. En el 2007 ganó el premio Plácido al Mejor Guion de Género Negro en el IX Festival Internacional de Cine Negro de Manresa. En el 2012 publicó su primera novela, *Aki y el misterio de los cerezos* (Toro Mítico), y ganó el premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona con *El honor es una mortaja* (Tapa Negra). En el 2015 llegó *Siempre pagan los mismos* (Alrevés), ganadora del Tormo Negro, y una nueva entrega de la saga japonesa *Aki*, *El Misterio de la Gruta Amarilla* (Quaterni). En el 2016 publicó el libro de haiku *Mujyokan* (Quaterni), la novela corta *La puerta Sakurada* (Ronin Literario) y *Mal Trago* (Alrevés), y en el 2018, *El samurái errante* (Quaterni). Ese mismo año publicó su última novela negra, *Justo* (Alrevés), que ha sido

nominado a varios premios, entre ellos el Hammett.

El dolor por la muerte de un hijo es innumerable y se manifiesta de modos muy distintos. También lo hacen la soledad, el vacío, el miedo, la culpa y la rabia que traen consigo al saber que esa vida ha sido arrebatada. De la noche a la mañana, Soledad se convierte en la madre muerta de una niña muerta. El inspector Romero, encargado de investigar el caso, vivirá su propio calvario tratando de descubrir la verdad. La de la muerte de la niña y otra que solo le atañe a él. Soledad narra esa doble búsqueda desde la duplicidad constante de voces. También es un recordatorio de que, en ocasiones, la verdad no libera, sino que lo calcina todo a su alrededor.

**SOLEDAD**

,

Primera edición: mayo del 2019

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a  
08034 Barcelona  
[info@alreveseditorial.com](mailto:info@alreveseditorial.com)  
[www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)

© Carlos Bassas del Rey, 2019  
© de la presente edición, 2019, Editorial Alrevés, S.L.  
© Ilustración de portada: Carlos Bassas del Rey, 2019

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-17847-01-2  
Código IBIC: FF  
DL B 2901-2019  
Producción del ebook: [booqlab.com](http://booqlab.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con

CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para los que ya no están.  
Y para las que están desde el principio*

Esta es la historia de un crimen.

Esta es la historia de dos fantasmas.

Esta es la historia de cuatro muertos.

Esta también es una historia de:

Muerte.

Culpa.

Soledad.

Dolor.

Vacío.

Miedo.

Odio.

Rabia.

Venganza y...

Verdad.

A partir de aquí, el lector solo encontrará tristeza.

Avisado queda.

# DÍA 1

## MUERTE

### Soledad

La nena está muerta.

La han encontrado al detonar el día, en el parque. Llevaba puesto el vestido blanco con estampado de flores azules, aunque nunca has sabido bien si era al revés, si lo que era azul era el vestido o si las que eran blancas eran las flores.

Llevaba puestos los zapatos de tacos altos de charol que le hacían daño; le rozaban el talón pero le daba igual.

Se los regalaste por su cumpleaños.

Te insistió, «Ya soy una mujer, quiero esos zapatos, los de tacos altos».

Te insistió como lo hacen las niñas caprichosas, con todo tipo de chantajes, y cediste; se los compraste sin que te importara que su padre pusiera mala cara, que la abuela dijera que eran de puta.

La abuela:

«La niña parece una loca con esa pinta, nomás le falta mostrar la hendija.»

También llevaba las uñas hechas y los labios pintados de melocotón. El carmín aún olía al llegar el forense, pero no a fruta, sino a golosina. Ese debió de ser su último acto en vida, convertirlos en confitura para su amante, en caramelo para su verdugo.

A pesar de que sus ojos estaban abiertos, ya no veían la nube abandonada

en la inmensidad del cielo ralo.

Su soledad era unánime.

La de esa pequeña nube blanca.

La de la nena tirada en el suelo del parque.

El sanitario [treinta, estaba de guardia, llevaba casi veinticuatro horas despierto] que le ha buscado el pulso al llegar apenas se ha atrevido a rozarle la piel de la muñeca, cerca del tatuaje que simula el ojal de una cerradura. Era la primera vez que veía el cadáver de una niña y ha tenido miedo de perturbar la ligereza de su sueño.

La confirmación del forense, en cambio, ha sido áspera. No ha temido despertarla; sabe que la niña no duerme, sabe que está muerta, tanto como sabe desde hace tiempo que lo verdaderamente frágil en este mundo es la vida.

Ha sido su aliento a café con leche el que ha emitido la sentencia.

FORENSE:

«Está muerta.»

Ha comenzado entonces la rutina legal, una coreografía eficaz, un baile reglado de pasos, de gestos precisos, de piruetas medidas. Ha bailado la policía alrededor del cuerpo; han bailado la jueza y el secretario al llegar [a ella, treinta y dos, le gusta el *Nightclub two step*; a él, cincuenta, el *Lindy hop*]; ha bailado el forense mientras varios curiosos observaban acodados en la barra. Hasta que los de la funeraria han metido el cuerpo dentro de una bolsa de plástico, lo han cargado en la parte posterior de una furgoneta y lo han trasladado al Anatómico Forense.

Allí es donde has ido con tu marido tras recibir la llamada que te ha roto el sueño. Te habías dormido en el sofá con la ropa puesta. Te has desnudado a toda prisa, has colgado el vestido azul en el armario, te has cambiado la ropa interior, te has pasado agua por la cara, el sexo y los sobacos y te has recogido el pelo.

Ni siquiera te has fijado en la mañana al salir, en lo claro del día, en el sol ya desperezado, en esa nube blanca abandonada en mitad del cielo ralo.

El taxista [cincuenta, calvo, hace tiempo que no ama a su mujer, ella tampoco lo quiere, se aguantan, aunque eso no importa para esta historia] os ha

mirado por el espejo interior nada más ponerse en marcha. Os ha vuelto a mirar al rato para asegurarse: era la primera vez que llevaba a dos muertos.

Viajas en el asiento trasero, pero vas dentro de la bolsa con la nena y no puedes dejar de pensar en que es de plástico [poricloruro de vinilo], del mismo plástico que los cientos de envases que ves cada día en el supermercado; envases que sirven para alojarlo todo, leche, yogures, fruta, verduras, comida preparada.

Para empaquetar la muerte.

«La nena va dentro de un recipiente de plástico», te has dicho.

Lo sabes porque lo has visto en televisión, en las películas; a los muertos se los mete en una bolsa de plástico negro y se los carga en la parte trasera de una furgoneta de reparto.

Carne muerta.

Ya está.

Eres nada.

Al fin nadie.

La nena está muerta.

La nena va dentro de una bolsa de plástico negro.

Al llegar, un hombre que se ha identificado como policía [no iba de uniforme, siempre te han dado miedo los uniformes, su impunidad] os ha conducido por un pasillo viejo, también te ha parecido sórdido; las paredes estaban ajadas y el suelo de linóleo arañado por el paso de decenas de camillas sobre las que han transportado a otros tantos muertos, otros cuerpos metidos en otras bolsas de plástico; otros hombres, otras mujeres y niños y niñas que no te importan porque no son tuyos.

A ti solo te importa la nena.

Os han hecho pasar a una habitación con un ventanal cerrado. El policía ha golpeado el cristal y un tramoyista ha descorrido el telón. Era un médico [lo sabes porque llevaba un pijama verde y una bata blanca].

La has observado, incrédula.

La nena está muerta.

La has vuelto a mirar para asegurarte, como ha hecho con vosotros el taxista.

Era ella pero no era ella.

Tú tampoco eras tú.

La han despojado de todo, de los zapatos de tacos altos, del pintalabios, del maquillaje, de la ropa interior, del vestido azul con flores blancas, blanco con flores azules.

Lo único que ahora cubre su desnudez es un sudario de algodón rígido.

Has recorrido cada uno de sus pliegues hasta reducirlo a un rectángulo, todo para evitar mirarla. Lo has hecho una, dos, tres veces buscando un nuevo modo de doblar la sábana, más rápido, más eficaz. Eso es lo que haces todos los días en el trabajo, doblar sábanas, plancharlas, hacer camas.

La costumbre [un acto inconsciente] ha tratado de imponerse al horror para salvarte, para liberarte de pensar en ese cuerpo despojado de todo lo que tuvo un día; en que la nena ya no es, en que la nena ya no será más.

Has sentido entonces la nada más absoluta; la de la nena, la de la extraña que como tú mira a través de ese aparador que expone la muerte, la tuya mientras el forense y el policía esperaban tu confirmación.

No la han pedido.

Han esperado con las manos cruzadas al frente uno, con los brazos a la espalda el otro.

Pero tú te has negado a reconocerla.

No porque no fuera ella.

Es ella.

Es la nena.

La nena está muerta.

Es su rostro, son sus cejas, es su nariz, es su boca. Es suya la mano que asoma por debajo del sudario de almidón, la de la muñeca con el tatuaje del ojal de una cerradura que ya nadie abrirá.

Es ella.

Has velado su descanso decenas de veces, como ahora, que también parece dormir, aunque la quietud de sus músculos y la ausencia de rubor en sus mejillas le han dejado una expresión vaga, un gesto impreciso.

«La nena ya no es más que un contenedor vacío», has pensado.

El médico y el policía han vuelto a mirarte como si la palabra final solo te correspondiera a ti, a quien le dio la vida que alguien, aún no sabes quién, aún

no sabes por qué, ha decidido quitarle.

Tampoco te han apremiado esta vez.

Tú has permanecido callada.

Te has vuelto a negar a reconocerla porque sabes que hacerlo supondrá verificar de un modo definitivo tu demolición, la del mundo en el que habitas.

Te vienen a la cabeza las palabras del Señor, «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros [Juan 1:14]», y piensas que si no lo dices, que si no conjuras la verdad, la nena estará en otro lugar, quizás en su habitación, dormida sobre su cama.

Por eso callas.

«No lo digas, Soledad.»

«No pronuncies las palabras.»

Hasta que tu marido [que no te oye, que jamás te ha escuchado] ha decidido romper el silencio.

«No lo digas.»

Ha dicho:

«¿Qué le han hecho a mi niña?»

«¿Qué te han hecho?»

«¡Qué te han hecho!»

Su voz ha abierto la puerta a una rabia que [aún no lo sabes] va a acabar ocupando cada célula de tu cuerpo hasta convertirse en tumor, en un cáncer cuya metástasis transportará el veneno a cada uno de tus órganos.

Tu marido ha girado la cabeza. Le has devuelto la mirada buscando algo a lo que aferrarte porque hace rato que las planchas de linóleo del suelo han dejado de sostenerte. Pero lo único que has encontrado en su rostro es desprecio; asco en esos labios fruncidos que muestran una fila superior de dientes sucios; asco en sus cejas arqueadas, en sus pómulos alzados, en su nariz contrita.

Y justo entonces, sus ojos te lo han dicho por primera vez:

«Es culpa tuya.»

**Romero**

Romero está tumbado en la cama cuando la llamada le rompe el sueño, aunque dejó de hacerlo hace tiempo, soñar.

Romero recuerda el día con exactitud [lo preciso sería decir que lo que recuerda es la muerte que le arrebató la capacidad de convocar nada que no sean pesadillas]. Todo empezó igual, con otro telefonazo.

Por eso ahora siente la necesidad de desertar. No le importa que lo llamen cobarde; le dan igual las cuatro plumas a estas alturas de película.

—Sí.

—Buenos días, inspector. —Es la voz de Mendoza [Javier, treinta y dos, subinspector, aún cree en la bondad del hombre y en la ley, no sabe que un día dejará de hacerlo]—. Han encontrado el cuerpo de una niña en el parque Gaviria.

«Su puta madre.»

No le sale pensar otra cosa [Romero no lo pronuncia en voz alta, quizás lo murmura, eso habrá que preguntárselo a Mendoza, que, de escucharlo, habrá sido el único] porque solo él sabe lo que esa llamada anuncia de verdad.

Solo Romero es consciente de que a partir del instante en que esté frente a ese cuerpo pasará a convertirse en su fantasma, uno nuevo, otro más.

Romero carga ya con demasiados fantasmas.

Todos cargamos con algún fantasma.

Su mujer le da la espalda. Es un acto de hastío [eso cree Romero] más que de desprecio.

Hace algún tiempo que ha quedado reducida a una espalda muda, a una silueta bajo la sábana.

La mujer de Romero está hecha de aire.

En eso piensa mientras conduce camino del parque Gaviria. Por eso no presta atención a la pequeña nube blanca abandonada en mitad del cielo, tampoco a las calles que se suceden como un panorama a través del parabrisas y de las ventanillas ni a la canción que suena en la radio [es «Alone», de Green Carnation; aunque a Romero le da igual porque no la escucha].

La niña lleva un vestido azul con flores blancas, «quizás es blanco con flores azules», piensa al verlo. Romero no entiende de moda; para él, el vestido es blanco y es azul, y aunque parece dormida, sabe que jamás

despertará.

Romero lo sabe porque la muerte es tajante.

—Está muerta —confirma el forense [Alberto Alcaraz, sesenta, sabe que las cosas carecen de sentido desde hace tiempo, ya no busca porqués, solo cómo, solo cuándoos].

Lo segundo en lo que repara Romero es en sus zapatos. Piensa que son de mujer, aunque lo que yace a sus pies es el cadáver de una cría.

Romero se fija también en el maquillaje, en el colorete, en la sombra de ojos, en las pestañas, que son largas, que son espléndidas, en sus labios recién pintados; brillan y huelen a caramelo.

Por un momento, Romero piensa que es el rocío que se ha depositado en ellos.

También repara en su manicura y en que le han arreglado el pelo; alguien se lo ha peinado y se lo ha dispuesto a un lado. También le han alisado el vestido.

Romero sabe que los muertos no se peinan, que los muertos no se arreglan; a los muertos los asean, los apañan, antes las viejas, ahora un desconocido [Tanatoestética: conjunto de actividades que se practican sobre un cadáver para mejorar su aspecto], como alguien ha hecho con la niña.

Una vez ha terminado de observar el cuerpo, mira al forense, que niega con la cabeza.

Uno, Romero, sabe qué pregunta; el otro, Alcaraz, sabe qué le preguntan.

Son demasiados muertos.

Alcaraz levanta la cabeza de la niña [lo hace como si fuera una pompa de caramelo recién cristalizada] y muestra la hendidura por la que le ha goteado la vida.

La piedra es apenas el extremo de una pirámide que asoma entre la hierba; ha brotado con el único propósito de lastimar un tobillo, de herir una rodilla, de matar a la niña.

Dios tiene estas cosas.

«Dios es un gran hijo de puta», piensa Romero.

Lo sabe.

Romero ha visto todo lo que tenía que ver para saberlo.

—Todo lo demás parece intacto —señala Alcaraz—. A excepción de la

uña —indica, levantando la mano de la niña.

Es una mano pequeña.

Es una mano de porcelana.

Romero asiente. Al menos está identificada. La niña lleva encima el DNI: se llama Abigail L. y acababa de cumplir los catorce. El dinero también está. Lo que no está es su móvil. Alguien se lo ha llevado.

Romero sabe que una niña de esa edad jamás se separa de él.

Las niñas de la edad de Abigail viven en el interior de sus dispositivos electrónicos. Allí se sienten seguras. Allí está todo lo que necesitan: amigos, novios, amantes, verdades, mentiras, secretos, amores, odios, vergüenzas; el universo reducido a una composición simple de ceros y unos y ceros y unos y ceros.

Romero toma aire. Lo hace porque sabe lo que le acecha: avisar a los padres, comunicarles la muerte, convocarlos para la identificación, despedazarles la vida.

También sabe que no hay un modo bueno de hacerlo, por eso siempre opta por el timbre neutro, por las palabras justas, por la fórmula que recibió de otro heraldo de la muerte.

Romero recuerda sus palabras, el símil futbolístico:

«Vas a joderle la vida a alguien, así que cortita y al pie.»

Lo hace por teléfono. No es lo más adecuado, lo sabe. Debería pedir un psicólogo, ir en persona, pero siente pudor ante el derrumbe de otros.

Romero suelta el aire retenido [que se ha vuelto amargo en sus pulmones] al colgar.

La mujer que baja del taxi es otro cadáver [Romero sabe ya a estas alturas que pasa justo de los treinta, que ella y su marido llegaron a este país hace doce con la niña en brazos y la abuela a cuestas]. Lo que ve es un rostro extenuado, un esqueleto al que han arrojado encima un manto de piel para cubrir la desnudez de los huesos.

A pesar de ello, aún conserva la repercusión lejana de una belleza notable, la que ya había estallado en flor en el rostro de su hija. Pero lo que más llama la atención de Romero son sus manos; parecen trasplantadas, pertenecen a otro cuerpo; han crecido a su antojo, a un ritmo diferente del resto de la anatomía

que las sustenta.

Son manos ásperas, son manos feas, de dedos cortos, de palmas anchas.

El hombre que la acompaña [Wilson G, cuarenta y cinco años, marido, maltratador, putero] es un tipo de hombros estrechos, brazos largos y piernas cortas. Debió de ser un medio galán en el pasado, con su bigote a lo Gilbert, a lo Fairbanks, a lo Valentino. Lo único que conserva de entonces es esa fina línea de vello bajo su nariz tuberosa; el resto es pura fealdad [el resto es pura maldad].

Romero se presenta de nuevo. Sabe que la mujer no recuerda su nombre, que lo único que ha escuchado por teléfono es el binomio hija-muerta; después de eso, solo cabe el silencio.

Trata de acompasar la zancada mientras avanzan, quiere que le sientan cercano, y entonces repara en ello. Lo ha visto otras veces, tantas, muchas, demasiadas: el destello de esperanza en los ojos del que aún no ha constatado la verdad por sí mismo.

Romero sabe que, ante el derrumbe inminente, los familiares se aferran a cualquier resto del naufragio que se mantenga a flote.

«¿Y si no es ella?»

«¿Y si se han equivocado?»

«No es ella.»

«Se han equivocado.»

«No puede ser ella.»

«La niña no está muerta.»

«La niña duerme en su habitación.»

La muerte no es hasta que alguien la hace verbo; solo entonces, al encarnarse, se concreta, estalla en toda su magnitud y su onda expansiva llega a todos los rincones; solo entonces alcanza el grado de absoluta, de irremediable, de irreparable.

Y la muerte se hizo carne y habitó entre nosotros.

Romero golpea el cristal [son exactamente tres golpes con un nudillo, el del dedo corazón]. Alcaraz descorre la cortina y sus ojos se encuentran; por mucho que conocen el libreto, cada función es diferente.

Romero recuerda el arranque de una novela [no sabe cuál, no sabe dónde

la leyó, tampoco cuándo, no es importante]: «Todas las familias felices se parecen, las infelices lo son cada una a su manera».

Hace mucho tiempo que Romero no conoce a ninguna familia feliz.

Las familias felices no existen.

Romero observa a la mujer. Le deja espacio, le da tiempo, quiere ser escrupuloso con su dolor [sabe que en una circunstancia así cualquier gesto, toda expresión es siempre impostada]. Y, desde esa lejanía medida, ve cómo la verdad le infecta el rostro.

«La diferencia no es mucha», piensa; su expresión ya es la de una expirante, pero una nueva lividez ha comenzado a propagarse por sus mejillas.

La mujer permanece en silencio, está ausente, la vista perdida en algún lugar inconcreto, incorrecto.

Las miradas de Alcaraz y Romero coinciden de nuevo; ambos saben que lo mejor es esperar, dejar que la evidencia se asiente con la sutileza del polvo que cubre despacio el mueble abandonado. Pero, pasado un tiempo, no es ella quien habla, sino el marido.

Sus labios se despegan y exponen el dolor, la frustración, la incompreensión, el enfado y la rabia que su mujer ha sido incapaz de pronunciar.

«¿Qué le han hecho a mi niña?»

«¿Qué te han hecho?»

«¡Qué te han hecho!»

La mujer vuelve el rostro hacia su marido. Romero no ve rastro de pena en él, tampoco la solidaridad de un dolor compartido.

Su mirada es fría.

«La mirada de esa mujer está vacía», piensa.

Es una mirada de cuencas desocupadas y ella una estatua de sal. Hasta que las últimas palabras del marido le abren una herida en el centro mismo del pecho.

«Es culpa tuya», la apuñala frente al cuerpo de su hija muerta.

## **Soledad**

«Es culpa tuya», te ha repetido al llegar a casa.

«A la niña la han matado por tu culpa, la dejabas vestir como una puta», te ha dicho su madre.

«Lo de la nena ha sido culpa tuya, si la hubieras vigilado más, si no la hubieras consentido tanto, si no le hubieras dejado hacer siempre lo que le venía en gana», ha añadido tu marido.

Sabes a qué responde su odio, de dónde les nace la rabia.

La nena era su plan.

Por eso sabes —crees saber [es en parte creencia, es en parte deseo, también es miedo]— que no ha sido él, que no la ha matado porque con su muerte se ha esfumado la promesa de un futuro mejor, la esperanza mercantil que traía consigo la erradicación de vuestra miseria, que la nena se preñara de un *jailón* [Bolivia: tipo adinerado], porque la nena había salido con la piel blanca, la nena era preciosa, con sus ojos color marrón claro, casi ámbar, con sus labios rellenos, con su cara perfecta.

Por todo eso, la nena hubiera sido un regalo para el chaval, para los suegros.

Pero también sospechas [no puedes evitarlo, de ahí el miedo, de ahí tu angustia] que había comenzado a codiciarla. Lo sabes porque ya la miraba del modo en que te miraba a ti a su edad, cuando te violó por primera vez; ese modo carnívoro, esa necesidad de saciar el hambre en los ojos, prendida en las fauces.

Y entonces, por un instante, solo por ese instante [el pensamiento ha germinado sin que te dieras cuenta], has pensado que sí, que lo mejor es que la nena esté muerta. Después te has arrepentido [como te arrepientes siempre], te has encerrado en su habitación y allí tumbada, arrebujaada en su olor, has pensado en tus últimas palabras, en las suyas:

—Te quiero de vuelta a las doce y media. Ya sabes lo que piensa tu padre.

—No me jodas, mamá. A la una.

—Abigail.

—La una.

—¿Con quién vas?

—Con Claudia. A ella la dejan hasta la una.

—¿Y dónde vais?

—Por ahí, mamá.

—Dónde.

—Por el barrio. Las canchas.

—No me gusta ese sitio.

—¿Prefieres que nos metamos en casa de uno? Anda, mamá. Es mi cumple. No me lo jodas.

Y transiges. Como siempre.

—Está bien. A la una. En punto. Y no me hables así —dices sin convicción.

Todas se te antojan triviales ahora.

La mayoría de palabras que usamos a diario lo son, funcionales, también vacías. Tampoco hubieras sabido qué decirle de saber, de comprender que iban a ser las últimas.

¿Qué se le dice a alguien que va a morir?

¿Cómo se despide uno de la hija a la que sabes que alguien va a arrebatarte la vida en unas horas?

Piensas en Claudia [catorce, es la mejor amiga de Abigail, no es tan guapa, no saca tan buenas notas, no es tan perfecta, no es tan feliz].

Piensas en llamarla; ella debe de saber qué ha pasado, por qué la nena está muerta. Pero otra vez te vence el sueño; este maldito sueño al que te entregas cada vez más.

«No es culpa tuya», te dices.

Hace años que vives así, dormida, confinada.

Eres una esclava y la nena está muerta.

Trabajas todas las mañanas fregando escaleras, pisos, cambiando sábanas, limpiando retretes; todas las tardes cuidas viejos, los aseas y atiendes su abandono. Cargas con el peso de tu mundo sobre los hombros; también cargas con el de otros que no te corresponden, de tantos que hasta a Dios se le partiría el espinazo.

«La vida es así. Si no le gusta, no haber venido a este país», te dijo una vez la hija de una mujer a la que limpias las yagas, las axilas, el sexo y el culo.

«Hija de puta.»

No te enfadaste.

Ni siquiera sentiste dolor, tampoco rabia.

Sabes que tiene razón:

Eres mujer.

Eres inmigrante.

No tienes estudios.

Te quedaste embarazada a los quince, cuando tu marido te violó por primera vez, y como necesitaba una hembra para casa, para cuidar de él, para atender a su madre, se quedó contigo. Eres uno más de los cadáveres sobre los que este lado del Atlántico sostiene su bienestar; eres prescindible, hay miles como tú, otros esclavos mudos, otras bocas con hambre.

Nadie quiso tu llegada a este mundo, nadie te llorará cuando lo dejes; quizás por eso tu madre te llamó así, Soledad, anticipando tu desgracia, condenándote a ella.

Soledad [eres tú, treinta, inmigrante, madre de una niña muerta, vencida ya antes de que eso sucediera].

Llevas toda la vida aguardando lo mismo, a alguien que te quiera, a que, si no es eso, si eso no puede ser, si nadie quiere dártelo, alguien te muestre un poco de respeto. Ya ni siquiera pides que te escuchen [eres mujer, eres pobre, eres inmigrante, pero no eres idiota], solo que oigan tu respiración, tus pasos cuando entras o sales de la cocina, del comedor, cuando recorres el pasillo, cuando caminas por la calle.

A veces los afianzas con esa intención, pateas el suelo para que el mundo sepa que aún lo habitas, pero ni siquiera los túneles del metro te devuelven el eco de vuelta a casa.

Hace tiempo que dejaste de esperar.

Vete ya, Soledad. Lárgate.

Nadie te quiere aquí.

Nadie te necesita.

Estás tan muerta como la nena.

Aún dormida, sientes un dolor repentino en el vientre, cerca de la cicatriz que te recuerda cada día por dónde vino la nena al mundo [la cesárea te la

hizo un veterinario, no había plata]. También te recuerda la noche en la que tu marido te rompió por dentro, te destrozó la vagina, el útero, el ano, y te quebró el alma una noche en una cabaña del Cerro Rico.

De esa noche recuerdas el dolor agudo y la luna llena; que ese dolor creó tu única razón de ser; que tu muerte engendró vida; que de tu destrucción nació la nena a la que has cuidado desde que te la arrancaron del vientre porque no quería salir. Quizás fuiste tú la que tenías miedo de que lo hiciera desde que la curandera [te miró el iris, te impuso las manos] te dijo que era una niña.

Pensaste entonces en destruirla, en destruirte, en arrojarte por unas escaleras, en despeñarte para que no tuviera que vivir tu vida.

Pero no tuviste valor.

Te pareció un acto cruel.

No sabías aún que así son los actos de amor verdadero, los que no esperan nada a cambio. Los actos de amor verdadero son a menudo los más crueles, son irreparables y, por encima de todo, deben ser definitivos.

Aquel día condenaste a la nena a [nacer] morir.

Es noche cerrada cuando te despiertas.

La luna es apenas una rendija por la que asoma un hilo de luz, media sonrisa amarga.

La tormenta lleva rato repicando sobre tejados y azoteas. Cierras los ojos y escuchas; cada gota es una palabra, el aguacero un relato. La lluvia trata de decirte algo, quizás qué pasó, quién mató a la nena, por qué.

Crees escuchar la palabra «culpa», pero no estás segura, así que te acercas a la ventana.

Quieres ver.

Quieres oír.

Quieres saber.

La calle está vacía, ni un alma por las aceras, ni un hombre sin ella; pero incluso cuando la ciudad duerme, su silencio es solo aparente; sabes que las calles no se detienen nunca, a veces hibernan, pero su corazón sigue latiendo. Tampoco lo hace la culpa; es un gato escondido tras una cómoda, siempre al acecho, siempre preparado para atacar.

«La nena ha muerto por tu culpa», te parece oír.

Hasta que abres la ventana y todo se aclara, el mensaje resuena al fin nítido en tus oídos:

«Es culpa tuya.»

Eso te dice la lluvia.

## **Romero**

Lo primero que pasa por la cabeza de Romero al llegar al despacho es lo que

le dicen sus años de experiencia.

Romero sospecha que a la niña la ha matado alguien cercano, un amigo, una amiga, un novio, una novia, el padre, la madre; alguien que la quería, alguien que la codiciaba. Pero las circunstancias son aún pocas, por eso no aventura ninguna conclusión.

Alcaraz le confirma lo que ya le había asegurado sin decirle, pero ahora lo hace de un modo categórico: a la niña no la han violado. Y le muestra otra evidencia, el espectro de una palma, el esbozo de unos dedos que han comenzado a revelarse en su mejilla derecha.

—Le dieron una bofetada —dice—. No tiene otras marcas defensivas, solo una uña rota, pero pudo pasar en cualquier momento.

Ha dejado la ropa de la niña ordenada sobre la mesa. Lo ha hecho como lo hace siempre, el vestido doblado abajo, la ropa interior formando un montoncito arriba, primero las bragas, el sujetador justo encima, los zapatos a un lado, como si la niña fuera a levantarse y vestirse para ir a clase.

Al ver la braguita de encaje, el sujetador con relleno y blonda, Romero piensa que la niña se vistió así para su depredador.

La niña conocía a su asesino y se amortajó para él sin saberlo.

Uno de los ayudantes de Alcaraz entra para llevarse el cuerpo. Romero tendrá que esperar, el forense debe atender otra autopsia, alguien que se ha quitado por voluntad propia la vida que la niña no quería perder.

Romero decide regresar a la escena.

Tampoco esta vez recuerda cómo ha llegado. Lo primero de lo que tiene consciencia es de una valla publicitaria en la que un anuncio devorado por el sol promete algo que jamás cumplirá, una belleza perfecta, una casa perfecta, una felicidad perfecta.

El parque donde encontraron el cuerpo no queda lejos de La Bachata, una conocida sala de fiestas.

Es un barrio humilde, de gente trabajadora, de casas llenas de propósitos infringidos, de ilusiones trituradas.

El cielo se ha convertido en un pasto gris por el que los pájaros huyen de la tormenta con movimientos que parecen erráticos [no lo son]; la esquivan con giros bruscos de sus alas y sus timones de cola. Hay golondrinas [cola de

horquilla], hay vencejos [cola triangular] y algún avión común [cola corta y ligeramente ahorquillada].

La muerte de la niña forma parte de todas las miradas, de las conversaciones discretas, de las no tan veladas.

Romero no les presta atención. No le hace falta.

Romero sabe lo que dicen: «A la niña la ha matado un desalmado, hay un depredador sexual en el barrio, un pederasta que acecha a los críos [los críos pobres no le importan a nadie], tendremos que hacer algo porque nadie lo hará por nosotros».

Otras navegan por derroteros distintos: «Se veía venir, la niña iba provocando, vestía como una puta, a la madre le daba igual».

Romero sabe por experiencia que lo primero a lo que atrae la muerte no es a las moscas, sino a los chismorreos; antes incluso de que la fauna cadavérica pervierta el cadáver, ya están saqueando su alma.

La Bachata es una nave industrial con un neón precario sobre su puerta de chapa. El nuevo dueño ni siquiera se ha molestado en ocultar su origen [en tiempos fue una calderería].

Romero echa un vistazo al parque. Una pequeña loma oculta el lugar donde encontraron el cuerpo. Romero sabe que las parejas aprovechan esa circunstancia para hacer sin ser vistas; quizás la niña fue a besarse con alguien, a magrearse lejos de miradas curiosas, la quisieron forzar, se trastabilló y se golpeó la cabeza al caer.

«Todo apunta a un homicidio.»

Eso piensa Romero.

[HOMICIDIO: acto de matar a una persona; delito de acción u omisión contra el bien jurídico de la vida de una persona física, ya sea con o sin intención.

Tipos de homicidio:

*Homicidio doloso.*

Es el acto de ocasionar deliberadamente la muerte de otra persona, incluido el infanticidio.

*Homicidio involuntario.*

Consiste en causar la muerte por una acción negligente.

*Homicidio preterintencional.*

Cuando habiendo intención o dolo en el agresor de provocar lesiones a otra persona con un medio idóneo para ello, le provocare la muerte, sin que razonablemente el medio utilizado sea apto para ese fin.

*Homicidio simple.*

Aquel que se comete a falta de las cuatro agravantes, que son premeditación, alevosía, ventaja y traición.]

Romero conoce de antemano las respuestas que recibirá: «La sala solo admite menores hasta las doce, no se sirve alcohol, por supuesto, como indica la normativa. Después ya la cosa cambia, el público es mayor, hay mucha gente, los camareros no pueden pedir el carné a todo el mundo. Además, ya sabe, inspector, algunas niñas parecen mujeres, ya me entiende», dirá el tipo; a lo que Romero contestará con media sonrisa impostada, aunque lo que querrá decirle es: «No, no lo entiendo, puto perverso, jodido hijo de la gran puta».

Pero no lo hará porque necesita la información.

Después vendrá la retahíla de los permisos: «Tengo todos los permisos actualizados, extintores, salidas de emergencia, aforo del local», dirá el tipo; a lo que Romero volverá a asentir y responderá: «Todo eso me importa una mierda, lo que quiero saber es si la niña venía mucho por aquí y con quién se movía, si con sus amigos, si con gente de su edad, si con chicos mayores».

Esta vez la media sonrisa la pondrá el dueño, también la contracción de hombros mientras contesta que no tiene ni idea y que no hay cámaras, que a los clientes no les gustan.

«Es por su intimidad», remarcará.

La conversación se desarrolla exactamente en los términos esperados por Romero.

La gente es previsible.

La vida es previsible.

DUEÑO:

«No admitimos menores hasta las doce, y no se les sirve alcohol, por supuesto, como indica la normativa. Después ya la cosa cambia, hay mucha gente, los camareros no pueden pedir el carné a todo el mundo. Además, ya

sabe, inspector, algunas niñas...»

[Un ya. Dos ya. Tres ya. Son más de los que Romero puede tragar, pero sabe que no ganará nada saltándole los dientes.]

ROMERO:

«No lo sé, Elmer» [sesenta, colombiano, autónomo, empresario de la noche; no le queda un solo retal de alma que vender].

DUEÑO:

«No se me ofenda, inspector, pero algunas de las crías que vienen por acá traen el coño bien aprendido, se lo puedo asegurar. No le estoy diciendo que sean putas, ¿eh?, ojo, pero vírgenes tampoco.»

ROMERO:

«Mira, Elmer: todo eso me importa una mierda; lo que quiero saber es si la chavala venía mucho por aquí, con quién se relacionaba, si con gente de su edad, si con chicos mayores...»

DUEÑO:

«¿Y yo qué coño sé? Tengo cosas mejores que hacer que andar vigilando crías.»

ROMERO:

«De cámaras ni hablamos, ¿no?»

DUEÑO:

«No sirven para nada, y los clientes quieren su intimidad.»

ROMERO:

«Impunidad, dirás.»

DUEÑO:

«Mire, inspector, no vamos a empezar a tocarnos los huevos ahora, ¿no? ¿Cierto?»

ROMERO:

«Lo cierto es que tengo a una cría muerta que salió de tu local, y que es probable que la matara alguien que también salió de tu local.»

DUEÑO:

«No soy el guardián de mi hermano.»

ROMERO:

«No me jodas, Elmer, que la Biblia te viene grande.»

DUEÑO:

«Lo único que puedo prometerle es que, en aras de mi buena relación con las fuerzas de orden público, preguntaré por ahí a ver, y si hay algo, pues yo le llamo.»

Al acabar, Romero se da cuenta de que está cansado de esta monotonía que no le lleva a nada, que le conduce siempre a lo mismo, a tratar de averiguar el quién, el cómo, a veces el por qué, pero jamás a evitar la muerte, solo a ofrecerle a la familia una explicación más o menos clara, a veces solo plausible, evidencias a un juez.

Romero no es más que un notario de la muerte.

Romero sabe que los muertos no hablan, que tampoco gritan.

Los muertos susurran.

Los muertos murmuran una letanía que se instala en tu oído como un acúfeno [sensación auditiva que consiste en percibir sonidos que no proceden de fuerzas externas].

Las imágenes del cuerpo de la niña sobre la hierba, encima de la camilla metálica de la morgue, se presentan sin avisar. Abigail empieza a arrinconar cualquier otro pensamiento que no tenga que ver con ella.

Romero siente su aliento en la nuca; es un respirar frío, por eso los muertos hacen que se te erice el vello, porque el aire que exhalan está tan helado como su carne.

Romero entra en el despacho con su nuevo fantasma prendido a la espalda.

A Romero le gusta trabajar a estas horas, cuando todo está tranquilo; debe iniciar el papeleo, hacer una petición para el teléfono móvil de la víctima, comenzar a conocer sus anhelos, sus miedos, sus fantasías y sus secretos; sabe que es ahí, en su teléfono, en las redes, donde los encontrará. También sabe que todo eso puede esperar hasta mañana, pero no le apetece regresar a un hogar callado, a una cama fría.

«¿Para qué?», piensa.

Romero sabe que allí solo le esperan indiferencia y dolor condensado en las paredes.

Romero también sabe que hace tiempo que se le han oxidado los oídos por

culpa de tanto silencio.

Empieza a llover en cuanto arranca el coche.

Las primeras gotas descienden por el cristal en meandros aleatorios.

A Romero siempre le ha llamado la atención esa curiosidad matemática; por mucho que impacten en el mismo punto, jamás siguen el camino de la anterior, tampoco las investigaciones.

Ningún muerto es igual a otro.

Ninguna familia es igual a otra.

Ningún dolor.

Ninguna pena.

Tampoco lo son las gotas de agua ni los copos de nieve.

Es ya de madrugada cuando llega a casa [no sabe dónde ha estado, solo que iba a la deriva].

Su mujer duerme.

Al entrar en la habitación, Romero constata que no ha abandonado la cama en todo el día.

Hace tiempo que no se miran, que no se hablan, que tampoco se tocan. Romero se limita a observar su silueta cubierta por esa sábana convertida en parapeto sobre esa cama en la que han interpretado varios dramas, alguna comedia y dos tragedias.

Mientras se desviste, Romero piensa que la ama, pero sabe que eso no es suficiente.

A veces no alcanza con solo quererse. Otras se quiere a destiempo.

«Una relación necesita de los mismos cuidados que se le dispensan al jardín, de su logística, podar, limpiar, desbrozar, regar», le dijo su madre en una ocasión.

Su padre [Gerardo, infeliz, siempre con la cabeza lejos, con la nostalgia —jamás supieron de qué— pudriéndole el ánimo] era un pésimo jardinero. En algunas ocasiones, Romero se escuda en eso; se dice a sí mismo que no es culpa suya, que eso y el *llagut*[embarcación a vela aparejada con dos palos, un botalón y tres velas] son las únicas cosas que heredó de él.

Poco importa ya.

Romero jamás ha sido feliz.

«¿Quién coño lo es?», piensa.

# DÍA 2

## CULPA

### Soledad

Parásitos [organismo que se alimenta de las sustancias que elabora un ser vivo distinto]; eso son tu marido y su madre.

Viven frente al televisor, a eso se reduce su existencia.

Él apesta a sudor y a alcohol, ella a viejo. Es un olor a tenería que lo impregna todo. Cada día te da más asco. Ella. Su maldito olor.

Nunca la has querido llamar «suegra».

Nunca la has querido.

Tan solo es la madre de tu patrón.

Hablan de la nena en un programa matinal. Una foto suya ocupa toda la pantalla. La nena está feliz. La nena sonrío. La nena lleva un vestido de punto de canalé rojo que resalta su figura.

Es la primera vez que ves esa instantánea y no puedes evitar preguntarte:

«¿Quién se la hizo?»

«¿Cuándo?»

Lo único que sabes es que no fuiste tú.

Sientes una puntada de celos porque es un momento feliz y no es contigo.

Entonces giras la cabeza y lo miras.

Miras al hombre que está de pie junto a ti; no recuerdas haber oído el

timbre, haber ido hacia la puerta, haber abierto, haber visto su identificación, haberle hecho pasar [conducción subconsciente]. Ni siquiera recuerdas que es quien te acompañó por los pasillos del Anatómico Forense, quien esperó paciente a que identificaras a la nena.

Lo miras y ves algo en él.

Lo reconoces, en realidad [no te fijaste ayer, centrada como estabas en ti]. Reconoces a alguien malherido, es un ser humano doliente como tú, solo que aún no lo sabe.

El hombre entiende tu mirada como una demanda [quieres saber cómo han obtenido la foto, quién la sacó, dónde se hizo, por qué la nena está tan contenta, por qué la nena es tan feliz sin ti]. Son preguntas para las que sabes que no tiene respuesta, pero te da igual. Eres la madre de una niña muerta, tienes derecho a preguntar; también tienes derecho a la rabia, al odio, a hacer y decir lo que te venga en gana. «Pobrecita, es por el dolor, es por la pena.»

«La habrán cogido de sus redes sociales», responde.

Sabes que la nena tiene Facebook, que tiene una cosa llamada Instagram, que usa otra llamada Snapchat. A su padre no le hizo gracia, pero, una vez más, te lo pidió en secreto y no pudiste decirle que no.

No supiste.

Una vez más, no te atreviste, como cuando le regalaste los zapatos de tacos altos que llevaba puestos cuando murió.

Ni a ti ni a tu marido os gustaba que expusiera su vida de forma tan impúdica. Es lo único en lo que estabais de acuerdo. Pero volviste a transigir. Nunca supiste decirle que no porque temías que la nena no fuera feliz, pero sobre todo porque temías que dejara de quererte.

La gente de la tele habla de vosotros como si os conocieran. Dicen imaginar tu dolor; dicen compartirlo; alguno dice sentirlo incluso, pero tú sabes que nadie puede, ni siquiera alguien que haya perdido a un hijo, porque no son tú, porque sus hijos no son la nena, porque cada dolor es único, es intransferible, es inexplicable.

Asistes a su parloteo tedioso sin despegar tus ojos de la foto.

Tu marido se gira al fin. Su madre se gira a la vez como si aún les uniera el cordón umbilical. Ninguno de los dos repara en ti, solo atienden al extraño al que has dejado entrar en *su* casa.

Hace tiempo que eres invisible salvo cuando tienen hambre, cuando él

necesita una camisa limpia, unos pantalones, la muda para irse de bares, de putas; cuando su madre te exige las friegas.

La odias.

La odias con todas tus fuerzas.

Odias deslizar tus manos por su piel de tortuga.

Alguna vez has fantaseado con rodear su cuello y extinguir de una vez por todas su maldad [no solo lo has fantaseado, lo has pensado, pero tu cerebro jamás se ha atrevido a transmitir la orden a tus dedos].

«Soy el inspector Romero. Me gustaría hablar con ustedes», dice el hombre.

Romero.

Ahora lo recuerdas.

También recuerdas el edificio viejo, el suelo de linóleo gastado, el pasillo sórdido, la nena sobre la camilla, la extraña junto a ti.

«Siéntese, por favor —responde tu marido—. ¿Quiere tomar algo?», añade mirándote.

Eso es lo que eres, su criada; jamás has sido otra cosa: eres la criada de tu marido, eres la criada de su madre, eras la criada de la nena.

El policía niega, después espera a que te sientes. Formáis dos facciones, tu marido y su madre en el sofá [el rey en su trono, la reina madre a su derecha], tú en una silla aparte, las piernas en paralelo, las puntas de los zapatos viejos alineadas, las manos sobre los muslos, sumisa.

Lo único que os unía era la nena, y la nena ya no está.

La nena está muerta.

Aunque no te lo ha dicho [no te lo diría jamás], sabes que él lo sabe. Tu marido sabe que la nena era el último [el único] vínculo que os unía ya. Por eso sabes que recurrirá a la intimidación, a la violencia, para que no te largues, para que ni siquiera caigas en la tentación de pensarlo [no es consciente de que te faltan las fuerzas, de que te sometiste hace mucho tiempo, cuando dejaste de ser alguien, cuando te convirtió en un simple qué].

Una nueva foto de la nena en la pantalla acapara tu atención.

Esa felicidad sin ti.

Esa felicidad a pesar de ti.

Asistes a la conversación como si no fuera contigo; las voces resuenan,

surgen de las bocas, danzan en el aire, alcanzan las paredes y regresan como si quisieran darte una segunda oportunidad, pero tampoco esta vez les prestas atención porque, de repente, una idea absurda te sobrecoge: tienes miedo a quedarte sola.

Ya lo estás, pero ahora piensas en una soledad absoluta.

«¿Qué pasaría si lo metieran en la cárcel?», piensas.

Esa sensación de abandono se te hace insoportable. No alcanzas a comprenderlo hasta que te das cuenta de que eres uno de esos perros que continúa al lado del amo que le da palizas sin saber por qué.

Sí que lo sabes.

La verdad es que prefieres el castigo a la soledad.

«No ha sido él», dices otra vez [no recuerdas cuántas lo has hecho ya, como si la simple repetición fuera a convertirlo en verdad].

«La nena era su plan», te convences.

Esta vez, sin embargo, no lo piensas por él, lo haces por ti, porque eres ese perro.

Eres un perro llamado Soledad.

«¿Podrían hacerme una lista de sus amigos, por favor?»

La mirada de tu marido, la de su madre que la acompaña [cordón umbilical], te indican que eres tú quien debe atender la petición; los amigos de la nena, los reuniones del colegio, sus citas con el médico, las fiestas de cumpleaños, su ropa y sus zapatos nuevos eran asunto tuyo.

«Date prisa, idiota», dice la mirada de él.

«¿A qué esperas, maldita inútil?», dice la mirada de ella.

Vas a la cocina a por un bolígrafo y un trozo de papel [lo arrancas del imán que te sirve para hacer la lista de la compra. Te lo regaló la nena. Pone: «*Things to buy, remember... or just see in writing*»].

Tus labios acompañan a los dedos en su empeño por recordar. Susurras y asientes ante cada nombre rescatado mientras escribes, tratas también de vislumbrar sus rostros [algunos te cuestan, hace tiempo que dejaron de venir por casa, ya solo venía Claudia a recogerla], pero la mayoría no son más que facciones incompletas.

Regresas al salón y le entregas la cuartilla al policía.

Vuelves a sentarte.

De nuevo, la conversación te llega atemperada; todo te llega amortiguado, deformado, hasta que el silencio se impone por completo. El sonido no se transmite en el vacío.

«No es más que parloteo inútil», piensas. Todo lo que pregunta el policía, lo que responde tu marido, lo que refrenda su madre con cada una de sus caídas de cabeza no es más que tiempo perdido porque nada de lo que digan ayudará a encontrar al asesino de la nena.

«¿Podría ver su habitación?», solicita finalmente el policía.

Sientes la mirada de tu marido.

Sientes la mirada de su madre.

La petición va dirigida a ti.

La idea de que un extraño profane ese espacio sagrado te provoca una arcada. No quieres que nadie entre en él, solo te pertenece a ti, a tu dolor. Lo has convertido en un templo. Es allí donde vas a rezarle a Dios cada noche para que te la devuelva.

Los ojos del policía recorren sin pudor [hay algo pornográfico en su forma de mirar, piensas; es un *voyeur*, ha venido a escudriñaros] cada fotografía prendida del corcho; imágenes de la nena sola, de la nena con Claudia, de la nena con sus amigos.

Te avergüenzas de que no haya ninguna en la que salgas tú, de algún momento que os perteneciera solo a las dos. Hace tiempo que no formabas parte de su vida.

El policía señala una de las fotografías.

«¿Claudia?»

Celos.

Sientes celos de ella.

Sientes celos de cualquiera que pasara tiempo con la nena.

Ese tiempo era tuyo.

«¿Puedo?»

Asientes.

«¿No tenía ordenador?»

Una nueva punzada de vergüenza [en realidad es una puñalada] te abre en canal. El año pasado le regalaste el móvil, pero este no te ha alcanzado para el portátil que quería, el mismo que los padres de Claudia le regalaron por su

cumpleaños; este año solo te alcanzó para los zapatos de tacos altos.

«¿Sabe si su hija escribía algún diario o algo así?»

Vuelves a avergonzarte porque no lo sabes, porque ese extraño te recuerda que no conocías a tu hija.

¿Cuántos secretos te ocultaba?

Una nueva idea empieza a tomar forma [ya estaba ahí, ahora solo emerge] en un rincón de tu cabeza: la nena se avergonzaba de ti.

Lo sabes por las fotos.

Lo sabes por tu ausencia [total] de su mundo.

Hacía tiempo que la nena no tenía madre, tenía criada, como su padre, como la abuela.

«Enviaré a alguien», finaliza el policía tras la inspección.

De nuevo, la idea de que otro grupo de extraños viole la intimidad de la habitación te provoca náuseas. Sabes que removerán hasta la última piedra de sus cimientos, que manosearán su ropa, que indagarán entre sus cosas en busca de sus secretos, que respirarán el último aliento que exhaló en la habitación.

No sabes si podrás soportarlo.

También el aire, su aire, te pertenece.

## Romero

Romero desayuna en una cafetería frente a la casa de la niña. Acompaña el cortado con la prensa.

El asesinato ocupa un hueco en la sección de sucesos. La información es escueta aún, pero Romero es consciente de que cuanto más tarde en averiguar qué pasó, más especularán; también sabe que se filtrarán detalles, algunos reales, otros inventados. Eso dará igual.

Cierra el periódico y observa a una madre retener a su hijo pegado a las faldas. No le cabe ninguna duda de que, en otras circunstancias, el crío estaría ejerciendo su despotismo entre las mesas, pero el mal acecha, la muerte puede estar sentada aquí mismo, acodada en la barra, tener aliento a café.

Tiene miedo.

El miedo te mantiene vivo, pero también te paraliza.

Es la madre de Abigail quien abre.

Romero repara en que lleva puesto el mismo vestido que ayer, ha dormido con él.

No se ha peinado, tampoco parece haberse aseado.

—Buenos días, ¿puedo pasar?

La mujer lo mira con sus cuencas vacías, las mismas que observó en el Anatómico. A Romero se le viene a la cabeza la imagen de Edipo tras haberse arrancado los ojos al conocer la terrible verdad.

Así lo mira la mujer que le franquea el paso sin decir nada, como una heroína trágica.

La mujer es Antígona, es Electra, es Ifigenia.

La madre de Abigail es también Medea.

Romero sabe que la entrevista con los padres de una adolescente muerta es delicada, un paseo sobre el primer hielo del invierno; quieren aparentar que saben más de sus hijos de lo que realmente conocen, que se preocupan por ellos, que los cuidan y los vigilan.

Romero sabe que jamás es cierto.

También es consciente de que hoy solo obtendrá algunas de las respuestas que le interesan. La conversación no está tan destinada a saber cosas de su hija [su estado de ánimo, sus hábitos, su vida] como a conocerlos a ellos, para diseccionarlos, para destripar sus roles, sus relaciones en el hogar. Porque Romero sabe lo que sentencian los estudios.

[Romero recuerda la circular.

El INFORME concluía:

«El ochenta por ciento de los responsables de la muerte de un menor es alguno de los progenitores.»

El INFORME remataba:

«De los 99 hijos menores muertos desde el 2013 a manos de sus progenitores, en 68 de ellos estuvo la madre como victimaria, y 27 lo fueron por el padre.»]

Romero odia este papel de entomólogo; no le gusta la duda, tampoco la desconfianza que implica, pero lo que peor lleva es el engaño, aprovecharse de su condición de investigador para colarse en la intimidad de unos padres dolientes para fisgarles.

A Romero, esa duda, esa desconfianza, ese ardid, le hacen daño.

Romero sabe que aunque la mayoría de heridas se cierran, incluso sanan, sus cicatrices son un recordatorio eterno del dolor que las originó.

Se presenta:

—Soy el inspector Romero. Me gustaría hablar con ustedes.

El marido le invita a sentarse sin prestar la más mínima atención a su mujer, que alcanza una silla y se coloca a cierta distancia.

A Romero, esa desafección [miedo] se le antoja reveladora. Le descubre un hogar con los roles bien definidos: el marido dicta las normas, la madre las refrenda, las transmite a veces para que el hijo no tenga que molestarse, la mujer las obedece. Ni siquiera hay un atisbo de conculcación del orden establecido en la muerte que azota a la familia, ni un ademán visible de cariño, de consuelo mutuo por la pérdida común.

Romero toma aire.

Romero extrae un bolígrafo y una pequeña libreta de anillas con tapa verde del bolsillo:

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron con su hija? —Es un primer golpe [tímido aún] de tanteo.

—Anoche, después de la cena —contesta el marido.

—¿A qué hora fue eso? —Romero trata de establecer una cronología.

—Sobre las diez.

«La niña cenó, la niña se cambió, la niña salió de casa sobre las diez», anota.

—¿Con quién había quedado?

—Con sus amigas —responde el marido.

«La niña cenó, la niña se cambió, la niña salió de casa sobre las diez para encontrarse con sus amigas», garabatea Romero, que aprovecha la mirada falsamente volcada sobre el papel para observar sin ser visto.

—¿Y saben adónde iban? —Romero mantiene el plural tratando de involucrar a la madre.

El hombre contrae las comisuras, frunce los labios y le rebosan las paletas.

Romero es consciente de que no está al tanto de la vida de su hija; sabe que es [debe de ser, a él poco le importa] su madre la que se encarga de esas cosas, adónde va la niña, con quién, para qué, pero la mujer permanece callada, está ausente, con la mirada refugiada en el televisor, aunque a Romero le parece que viaja más allá, como en el Anatómico, a un lugar incorrecto, quizás no, quizás al único posible, alguno [si existe] en el que el dolor es invisible.

—¿Algún problema en el instituto?

—...

—¿En casa?

—Mi hija era una niña feliz.

Debajo de «La niña cenó, la niña se cambió, la niña salió de casa sobre las diez para encontrarse con sus amigas», Romero anota:

«El padre dice que la niña era feliz, la abuela refrenda con un movimiento de cabeza, la madre sigue callada. La madre siempre calla. Su silencio es ensordecedor.»

Aunque no lo dice [la replica sería inútil, sería estúpida], Romero sabe que es mentira, que nadie lo es.

Romero piensa entonces en el silencio empecinado de su mujer. Ella tampoco es feliz.

Quizás es porque ya no tiene nada que decirle.

Quizás le tiene el mismo miedo [algunos miedos son distintos, otros son idénticos] que la madre de Abigail a su marido.

—¿Saben si tenía novio o algún amigo especial?

—Mi hija tenía solo catorce años, inspector. —Esta vez la respuesta es hostil. «Mi hija era una niña aún, mi hija no iba con hombres, mi hija estaba destinada a otras cosas, a cosas mejores.»

Romero puede ver la tensión de sus nudillos [piensa en que son como ocho cumbres rocosas cubiertas por una fina capa de nieve], Romero cree hasta escuchar el chasquido de las falanges proximales, medias y distales al cerrarse [espera ver brotar la sangre de un momento a otro]. Por eso decide variar el rumbo; sabe que averiguará lo que quiere tarde o temprano, tanto

como sabe que no obtendrá nada más de esta entrevista.

—¿Podrían hacerme una lista de sus amigos? —solicita.

Ahora sí, el marido dirige una mirada a su mujer [la misma con la que la apuñaló en el Anatómico Forense, Romero jamás podrá olvidarla], que, tras unos segundos de incertidumbre, se levanta y se dirige a la cocina.

Romero aprovecha el pequeño punto muerto para echar un vistazo más concreto al salón; está lleno de fotos de la niña [de bebé, de su primer día de colegio, de días de parque, de vacaciones en la playa, de su primera comunión, de sus cumpleaños]. La imagina en su rol protagonista, al padre y la abuela como los secundarios principales, a la madre como la meritoria encargada de tenerlo todo a punto, de recoger sus trastos, de que la ropa esté limpia y planchada para el día siguiente, de concederle todos los caprichos a la estrella.

La mujer regresa y le entrega un papel.

Romero lee para sí mismo:

Claudia.

Evelyn.

Martina.

Gemma.

Rubén.

Hugo.

Lucas.

Romero sabe cómo trabaja el subconsciente, por eso entiende que Claudia es la mejor amiga de la niña, la depositaria de sus secretos, de modo que, si quiere conocerlos, deberá empezar por ella.

—Gracias —responde. Y añade—: ¿Podría ver su habitación?

Es una orden encubierta bajo el hábito de pregunta. También es [sobre todo] un nuevo intento por involucrar a la madre [por salvarla del silencio].

Romero es un protector incapaz de salvarse a sí mismo.

La mujer lo precede por el pasillo.

Romero intuye su alivio por escapar del salón, de su marido, de su madre, pero es consciente de que un nuevo mal ha empezado a conmovérla.

Romero nota sus hombros tensos y su nuca rígida a medida que se acercan a la habitación de la niña. Al verla así, deja de pensar en Medea, en Antígona

o Ifigenia, ahora piensa en Atlas.

Romero observa los pósteres en las paredes, el corcho lleno de fotografías, el escritorio con la carpeta y unos apuntes dejados a medias y cierto malestar se le acurruca justo bajo el esternón.

Romero siente el mismo decoro cada vez que entra en la habitación de un niño, de una niña, de un adolescente que no va a regresar; es una especie de reverencia, como si estuviera en el corazón de un templo al que sabe que solo se le permite el acceso por las circunstancias. Es consciente de que cada objeto, de que cada papel y cada pieza de ropa son reliquias sagradas sobre las que no tiene derecho; da igual lo que diga la ley de los hombres.

—¿Puedo?

La mujer asiente.

Romero señala entonces una de las fotografías.

—¿Claudia?

Una nueva aseveración.

—¿No tenía ordenador? —pregunta, arrepintiéndose al momento. Ha visto a la mujer, ha visto al padre, a la abuela, la casa llena de piezas de segunda mano, de muebles viejos, objetos sobados y paredes deslucidas. Un ordenador cuesta dinero, dinero que no tienen.

—¿Sabe si su hija escribía algún diario o algo así? —dice entonces.

La mujer niega esta vez.

Por la aflicción de su rostro, Romero interpreta que el desconocimiento la hiere, que ese no saber le duele de un modo concreto.

—Enviaré a alguien. —Decide zanjar la penitencia.

La mujer se revuelve de nuevo, pero calla.

Romero sabe por qué: un grupo de extraños violarán la intimidad de ese ecosistema que trata de mantener intacto y removerán hasta la última piedra de sus cimientos por si hubiera algo que encontrar, algo que pueda ayudar a esclarecer la muerte de la niña, quizás hasta a hacer comprensible algo que jamás lo es.

# DÍA 3

## SOLEIDAD

### Soledad

Necesitas saber [aún no sabes que a veces es mejor no hacerlo, que uno jamás debería hacer determinadas preguntas si no quiere conocer las respuestas], así que llamas a Claudia nada más levantarte.

Es la última persona que la vio con vida, ella, su asesino.

«¿Acaso son la misma persona?», piensas.

Claudia. La nena salió con ella, se la confiaste.

«Es culpa suya.»

«La nena está muerta por su culpa.»

No esperas a ver si tu marido está despierto, si su madre te necesita. Han empezado a darte igual sus necesidades, sus deseos, sus caprichos, su dolor fingido. La nena está muerta y no le importa a nadie más que a ti.

El móvil da señal, pero Claudia no te responde, de modo que decides acercarte hasta su casa [ahora la maldita quietud te ahoga de repente].

Ella y la nena se conocen desde crías, hicieron juntas la primera comunión, compartisteis banquete con sus padres, también otras fiestas, cumpleaños. Es ella quien te ha sustituido, a quien la nena había empezado a confiarle sus secretos.

Esos secretos que ya no te pertenecían.

Estás celosa.

Es con ella con quien se compró el sujetador de encaje con relleno que te escondió en el cajón de los pijamas. No te atreviste a decirle nada, pero sentiste miedo. La nena se estaba haciendo mayor.

Temiste que vuestras risas compartidas fueran dando paso al silencio. Aunque lo que más temías era que empezara a avergonzarse de ti como te avergüenzas tú cuando escondes las manos cuarteadas por la lejía, las uñas cortas y dañadas, los zapatos viejos, la ropa de bordes gastados por la calle, en el metro camino de casa.

Hace tiempo que dejaste de cuidarte, de pensar en ti misma.

«¿Para qué?»

«¿Para quién?»

Nunca has sabido lo que era el amor, ni siquiera el afecto, y el único sexo que conoces apesta a alcohol; te duele por fuera, te es indiferente ya por dentro.

Tu marido dejó de desearte hace tiempo, pero aún te recuerda quién manda de vez en cuando, que tu coño le pertenece, que tu condena es a cadena perpetua. El resto de días chalanea falsa adulación y gemidos en la calle con el dinero que tú ganas, pero hace tiempo que eso dejó también de importarte, porque con él comprabas tu libertad y la de la nena.

«No, él no la ha matado», te dices.

«La nena era su plan», te repites.

Pero quieres saber.

No eres consciente aún de que la verdad no libera, sino que lo calcina todo a su paso.

El cielo acoge un sol mentiroso.

Ha dejado de llover, pero las calles siguen mojadas. Cuentas los charcos de camino a casa de Claudia, no sabes muy bien por qué. El acto de enumerar te distrae.

En realidad lo haces porque te parece algo inmutable a lo que aferrarte.

Siempre se te han dado bien los números, te parecen simples, son claros, crees que no engañan como las palabras.

Cuentas un charco por cada socavón de ese asfalto añoso por el que jamás se ha preocupado nadie.

Tú eres ese asfalto.

Eres asfalto viejo, agrietado, agotado; eres brea extenuada.

La madre de Claudia te abre la puerta.

En sus ojos [ha llorado, vuelve a hacerlo al tenerte delante] ves que no sabe qué decirte [¿Qué se le dice a la madre de una niña muerta?]. Lo único que hace es abrazarte. Sientes sus labios secos besarte en la mejilla y la frente; notas la humedad de sus lágrimas y solo entonces te das cuenta de que aún no has llorado.

No tienes tiempo.

Tienes prisa.

Necesitas saber.

Entras en la sala de estar y escuchas la voz de Claudia:

«Entonces alguien la llamó al móvil», dice.

Está sentada en la pieza central de un tresillo achacoso. Frente a ella descubres a Romero, que tuerce el cuello y te mira molesto.

Una voz que no reconoces te sorprende. Se parece a la tuya, tiene el mismo timbre, la misma cadencia, pero no es la tuya [crees saber de quién es, pertenece a la extraña que estaba contigo durante la identificación de la nena en el Anatómico]. Quizás sí lo sea. No estás segura.

«¿Quién era?, ¿quién la llamó», dice.

Los labios de Romero han quedado despegados a media pregunta, la que esa voz le ha robado.

«No puede usted estar aquí», te dice.

«Por favor», añade para suavizar el tono.

La voz que surge de ti y que es la tuya y que no lo es repite:

«¿Quién era?, ¿quién la llamó?»

Claudia te mira asustada. Las lágrimas han dejado un par de surcos en su maquillaje, dos arroyos negros que le atraviesan las mejillas. También la nena había empezado a pintarse aunque le decías que no le hacía falta, que tenía una piel preciosa, una piel blanca y pulida como la de las estatuas que hay en los museos.

Piel suave, piel hermosa, piel de mármol, piel de alabastro; asfalto viejo, asfalto agrietado, asfalto agotado, brea extenuada.

Claudia busca la ayuda de Romero. El policía asiente, resignado.

«No lo sé —responde—. No me lo dijo.»

«Mientes.»

«Mientes.»

«Mientes», piensas.

«Maldita niña mentirosa.»

«¿Sabes quién pudo ser?», retoma el control Romero. «¿Algún amigo? ¿Un novio?»

Claudia se empecina, Claudia guarda silencio. Te tiene miedo, puedes sentirlo; le confiaste a la nena y la nena está muerta. Esa es la verdad.

Sientes cómo algo se te empieza a corromper.

Sabes lo que es, pero no quieres reconocerlo.

«Es culpa tuya», piensas.

«La nena está muerta por tu culpa, maldita imbécil, maldita niña estúpida», piensas.

«Deberías haber muerto tú», piensas también.

«¿A qué hora fue eso?», prosigue Romero, ajeno a tus voces silenciosas.

«A la una y media.»

«¿Y después?»

«Ella se fue y yo me vine para casa.»

«Dejaste a la nena sola, es culpa tuya», vuelves a pensar.

«¿Adónde?», insiste el policía.

«No lo sé. No me lo dijo.»

«Sí lo sabes», estallas finalmente [vuelve a ser tu voz, pero no lo es].

Tu afirmación es una dentellada.

Ella es la culpable de todo porque es quien comenzó a apartarla de ti.

Ella fue quien te infligió la primera herida.

Romero asiente, se levanta y viene hacia ti.

Sus dedos se cierran alrededor de tu brazo como una tenaza. Ni siquiera protestas; estás acostumbrada a que todos los hombres que conoces traten siempre de imponer su criterio con las manos.

Camino de la salida, os cruzáis con la madre de Claudia. Su expresión ha cambiado. Ahora es hostil [«Eres una zorra, eres una hija de puta.»], pero enseguida relaja el gesto; sabe que su hija está a salvo en casa, tanto como

sabe que la tuya no regresará jamás.

Una vez en el rellano, Romero afloja la presión.

«No puede hacer eso, señora L.», te dice.

Su tono es autoritario.

«Sabremos quién llamó a su hija por los registros de teléfono. Eso no era lo importante.»

«Ella sabe algo», tratas de justificarte.

Romero asiente, y dice:

«Pero no dirá nada delante de usted. Es leal.»

Esa lealtad te duele; sabes que no es contigo, que no es para ti, que es solo para la nena, que ya no es. Porque la nena esta muerta y no va regresar.

Vuelves a contar los charcos de regreso a casa.

Has enumerado catorce al venir, uno por cada año malogrado de la nena; si coinciden significará que aún queda algo inmutable en el mundo que te rodea [ese que avanza sin piedad y sin remedio], el que ha empezado a desmoronarse tras su muerte. Pero la tormenta descarga de pronto y empieza a fracturarlos.

Arrancas a correr para protegerlos, tratando de evitar que el agua que cae en tromba los desborde. Te quitas la chaqueta e intentas cubrirlos [en ese momento no te parece una estupidez inútil]. El pelo se te pega al rostro y la lluvia vuelve tu ropa cada vez más pesada y traslúcida. También tienes los zapatos anegados, pero te da igual.

Un viandante guarecido bajo un paraguas azul de dieciséis costillas te descubre. Sabes que aparta la mirada y calla y pasa de largo porque te reconoce; eres la madre de la niña muerta, quiere ser escrupuloso, tu locura es fruto del dolor, piensa.

«Pobre loca, corriendo de un charco a otro bajo la lluvia porque ha perdido a su hija.»

Al llegar a casa, te metes vestida en la ducha y allí te alcanza la imagen que llevas horas espantando: la del cuerpo de la nena abierto y vuelto a cerrar, la costura de puntadas rápidas y gruesas a lo largo de su pecho y de su estómago, sobre una mesa de acero.

Piensas en qué vestido le pondrás para el funeral; quieres que esté guapa,

que esté preciosa. Y te asaltan todas esas otras dudas que has estado evitando, todas las preguntas de carácter perentorio que rodean siempre a la muerte: el vestido, el tipo de ataúd, el color de las flores, la ceremonia, la música, la conducción, cuánto costará.

No sabes qué música le gustaba a la nena.

Tampoco sabes si tenéis un seguro de decesos.

«¿Qué sabes, Soledad?»

«No sabes nada, maldita Soledad.»

Todo te parece ordinario, se te hace cuesta arriba, pero no quieres dejar ningún detalle al azar, nada en manos de tu marido y de su madre. Quieres hacerlo tú; tienes que ser tú porque la nena es tuya.

Porque la nena es solo tuya.

## Romero

Romero observa la fotografía.

Claudia no es tan guapa como Abigail, pero tampoco es fea; tiene los ojos azules, el pelo teñido de rubio y las cejas anchas y bien perfiladas.

Existe cierto desequilibrio en la armonía de su rostro. Es algo sutil, es casi imperceptible. Romero se fija: un ojo algo más pequeño que el otro, quizás algo más cerrado; una comisura, la izquierda, más elevada, que afecta a la mejilla.

A Claudia, esa asimetría le duele como un navajazo [a esa edad uno odia ser distinto], pero Romero sabe que es lo que marcará la diferencia mañana.

La foto se hizo en La Bachata, una noche de fiesta.

Romero mira a Abigail, observa a Claudia. Tienen prisa por dejar la infancia atrás, por huir hacia una adolescencia que no intuyen llena de frustraciones, hacia una madurez que aún no saben infeliz. Ninguna de las dos piensa en la muerte; son eternas, como eterno es el momento capturado en la instantánea.

Ninguna de los dos lo sabe, pero ya son sus madres.

Romero guarda la imagen, toma aire y llama al timbre.

Claudia fue la última persona en ver a Abigail con vida. Romero sabe que debe entrevistarla cuanto antes, sin dar tiempo a que la memoria reconstruya, a que distorsione, a que fabule de forma inconsciente.

—Soy el inspector Romero —se identifica—. Me gustaría hablar con su hija.

La mujer asiente, solícita.

«Claudia», llama.

«Claudia, nena, hay un señor que quiere hablar contigo.»

Omite la palabra policía. La gente siempre omite la palabra policía al principio.

«Vamos, niña. Hay un señor que quiere hablarte. Es un policía.»

Romero la reconoce enseguida, lleva el mismo maquillaje de ojos oscuros y base gruesa que pretende esconder los signos del acné.

Se sienta al lado de su madre, busca su protección en el sofá de dos plazas que forma conjunto con otra butaca a la izquierda.

Romero se fija en el tapizado deslucido de hojas de acanto marrones [algunas son ocres, otras del color de la tierra mojada] que dejó de estar de moda hace veinte años; quizás sea una pieza heredada, como el piso, cuyas paredes han adquirido ya el color de los huesos.

—Me gustaría que me contaras todo lo que hiciste con Abigail esa noche.

Claudia le rehúye la mirada. Busca un punto indeterminado en la mesa baja que tiene enfrente; una imperfección en la superficie ajada de contrachapado, un nudo en la falsa madera que la libere de los ojos que la interrogan.

—Habíamos quedado para celebrar su cumpleaños. Me mandó un *wassap* para decirme que su madre la dejaba estar hasta la una.

—¿Solas?

Claudia asiente. Su mirada sigue escondida; no solo escapa de la de Romero, también de la de su madre.

—Habíais quedado con alguien.

—A veces nos veíamos con unos chicos. A Abigail le gustaba uno.

—Mayores. —Romero pone en palabras lo que Claudia no se atreve a formular en voz alta.

La chica asiente de nuevo.

—¿Recuerdas cómo se llama?

—Jota.

Romero anota la inicial. No cree que se le vaya a olvidar, pero lo hace porque debe hacerlo.

—¿Jota qué?

—No lo sé. Todos le llaman así.

—¿Y qué edad tiene ese tal Jota?

Lo que sigue es un silencio que se prolonga; lo único que lo perturba es el sonido de los dedos de Claudia cuarteándose la manicura.

—Diecinueve.

—¿Lo conocíais?

—Solo de vista...

Romero guarda silencio; espera que Claudia se enrede sola.

—Él y Abigail se miraban —dice finalmente.

Romero sabe que el cariz de sus miradas era distinto; sabe que él la miraba con hambre, que ella lo miraba con ilusión, pero también con miedo, a decepcionar, a la decepción.

—Hasta esa noche.

Claudia asiente.

—¿No habían hablado nunca antes? ¿Ni por el móvil?

—No lo sé.

A Romero, el titubeo no le pasa desapercibido. Sabe que la niña miente.

—¿Y tú?

—Ellos se fueron a un rincón, donde los sofás, y yo me quedé en la barra con su amigo. —Romero observa cierto hastío en su expresión, sabe que le tocó el peor papel—. Entonces alguien la llamó al móvil y salió.

—¿Sola?

—Sí.

—¿No viste si alguien la observaba, si alguien la seguía?

«¿Quién era?, ¿quién la llamó?», irrumpe una voz.

Romero tuerce la cabeza y descubre a la madre de Abigail en la puerta del salón. No ha oído el timbre, no se ha dado cuenta de cuándo la madre de Claudia se ha puesto en pie, se ha ausentado y ha ido a abrir, del diálogo breve que debe de haberse producido en el recibidor [«Hola. Lo siento. Lo siento tanto. Cuánto lo siento»] antes de que la mujer haya irrumpido en el salón.

—No puede estar aquí —le dice aún sacudido por la sorpresa—. Por favor —añade para suavizar el tono.

Romero es consciente de que la entrevista ha terminado, que la presencia de la madre lo ha arruinado todo. Pero la mujer insiste.

—¿Quién era?, ¿quién la llamó?

Claudia busca el amparo de Romero. No sabe qué hacer. La madre de la amiga muerta la intimida más que su presencia; sus fauces de loba, sus ojos de depredador: alguien se ha llevado a su única cría y está dispuesta a todo, el labio superior retirado, los colmillos expuestos.

Romero asiente, no tiene otro remedio: sabe que es inútil luchar contra esa rabia.

—No lo sé —responde—. No me lo dijo.

—¿Sabes quién pudo ser? —retoma el control Romero [quizás aún pueda salvar algo]—. ¿Algún amigo? ¿Un novio quizás?

Claudia guarda silencio.

Romero sabe que Claudia calla más que habla.

—¿A qué hora fue eso?

—A la una y media.

—¿Y después?

—Ella se fue y yo me vine para casa.

—No te dijo adónde.

—No.

—Sí lo sabes —le vuelve a mostrar las fauces la madre de Abigail.

Romero se pone en pie y la coge del brazo. Más bien la agarra con violencia; sus dedos se cierran como una tenaza alrededor de la poca carne que le cubre el hueso.

Romero nota un pinchazo en el vientre al sentir el brazo flaco, esa extremidad débil que no ofrece ninguna resistencia, y, por un instante, recuerda [cree recordar] el último contacto con su mujer, rodearle el brazo, tirar de él, zarandearlo hasta escuchar el rechinar del resto de su esqueleto.

La imagen se marcha tal como ha llegado, sin ningún apercebimiento.

Romero no sabe si es un recuerdo real, si su propia mente le ha jugado una mala pasada.

Romero conduce a la mujer hacia la salida y, una vez en el rellano, afloja

la presión.

—No puede hacer eso, señora L. —le dice. Procura mantener el timbre sereno, pero está enfadado—. Sabremos quién llamó a su hija por los registros de teléfono. Eso no era lo importante.

—Ella sabe algo —insiste la mujer.

Romero asiente [Romero lo sabe, no hace falta que nadie se lo diga]:

—Pero no dirá nada delante de usted. Es leal —contesta.

Romero sabe que la gente guarda más lealtad a los muertos que a los vivos porque ya no podrá pedirles perdón.

Al salir, aún bajo el dintel [justo debajo de la placa con el yugo y las flechas que proclama la falsa caridad de un régimen que trajo más muerte que vida, más tumbas y fosas que camas y hogares], Romero echa un vistazo a las nubes. Como el día en el que comenzó a morir de esta enfermedad morosa [cuándo y de cuál, el lector lo sabrá más adelante], se sitúan sobre su cabeza y descargan de improviso.

Hace tiempo que Romero no corre bajo la lluvia; deja que le expurgue, aunque sabe que el agua no alcanza a limpiar según qué cosas, mucho menos a sanar determinadas heridas.

Las gotas golpean el suelo con tal fuerza que abren pequeños cráteres sobre el pavimento. Y así, quieto como un lunático bajo el aguacero, Romero [le da igual su estampa] aprovecha para poner en claro lo poco que aún sabe.

Esto es lo que piensa:

1) Abigail fue a la discoteca en busca del tal Jota, acababa de cumplir catorce, quería sentirse mujer, experimentar el deseo de un chico mayor, de un chaval prohibido, su mirada, el tacto de sus manos, el sabor de sus labios y de su lengua.

2) Una vez en la sala, la niña y el tal Jota se separaron de Claudia y el amigo y buscaron la intimidad de los sofás. Es probable que se besaran, que él quisiera algo más, que ella dudara, y entonces Abigail recibió una llamada.

De esa llamada Romero solo sabe una cosa: que su autor no fue el tal Jota. También sabe que eso no lo descarta como sospechoso.

Romero especula ahora [no es un científico, su día a día no se sustenta sobre certezas, solo en la experiencia, en el conocimiento del alma humana

que ha ido acumulando]:

1) Quizás el tal Jota esperó a que la amiga se fuera, llevó a la niña al parque con intención de devorarla y algo salió mal.

2) Quizás la llamada provenía del móvil de un novio celoso que no conoce [ni él, ni su madre, mucho menos su padre y la abuela], de un amigo que la codiciaba, de alguien que no pudo soportar la idea de que se ofreciera a otro, de que soñara con entregarse a él.

«Cabe una última opción», se dice al fin Romero:

3) Quizás la niña quisiera tomar algo que no le correspondía.

Romero también sabe que si quiere empezar a sacar algo en claro tendrá que volver a hablar con Claudia, apretarla un poco más.

Romero recibe entonces un mensaje: es del forense [«Empiezo», dice exactamente el texto].

Cuando llega al Anatómico, la autopsia aún no ha concluido, de modo que decide esperar en un despacho [dejó de entrar a la sala hace tiempo cuando se trata de menores].

Lo primero que le dice Alcaraz al terminar es:

«Murió entre la una y media y las dos y media.»

Lo segundo que le dice es:

«No la violaron.»

Lo tercero:

«Murió por el golpe en la cabeza.»

Lo cuarto:

«La golpearon en el rostro antes de morir.»

Lo último:

«La niña trató de agarrarse, tiene una uña de la mano derecha rota y fibras azules en otras dos. El resto están limpias. No hay ADN.»

Romero recuerda el vestido blanco con flores azules, azul con flores blancas, la niña tumbada en el suelo, los ojos abiertos, el pelo a un lado, sus labios de caramelo recién fundido.

El agresor la conocía. Eso le dice la experiencia de la que a veces reniega, de la que siempre depende [también lo hacen las estadísticas, los malditos números].

A la niña no querían matarla, pero la mataron. Después la peinaron y le colocaron el vestido para dejarla guapa.

Lo único que no puede asegurar Romero es si los labios se los pintó ella o lo hizo quien la mató.

Todo eso le lleva a pensar en la posibilidad de que la culpable sea una mujer, quizás la amiga que la envidiaba; que la llamada al móvil no signifique nada; que la niña y Claudia discutieran por ese tal Jota.

Romero piensa en ella y se le retuerce el estómago [por mucho que sabe que no sería la primera vez], porque sabe que hay algunas heridas que, una vez abiertas, no cicatrizan jamás.

## Soledad

Te has quedado sola frente al televisor.

Tu marido duerme.

Su madre duerme.

Lo hace [como siempre] vestida de domingo. Cada noche te pide que le pongas un par de zapatos nuevos que se compró al cumplir los ochenta por si se muere. Nunca los ha lucido en la calle por no arañar las suelas, son para que cuando entren los de la funeraria la vean elegante y con los zapatos immaculados. No le importa ser nadie en vida, pero no quiere que la ninguneen en la muerte.

A todos sus familiares los enterraron descalzos en el cementerio que está en una de las lomas del Cerro, porque allí, a quienes los entierran con zapatos se los roban, también la ropa.

El cementerio del Cerro es un cementerio de muertos descalzos y cadáveres desnudos.

Los muertos ya no necesitan nada porque son nada, como tú, que estás muerta.

Estás tan muerta como ellos.

Estás tan muerta como la nena.

Hace frío.

A veces, en los días de invierno como el de hoy, os quedabais las dos solas en este mismo sofá, tú y la nena [mientras el padre estaba fuera, mientras la abuela dormía ya], juntas bajo una colcha vieja para daros calor.

Recuerdas una noche, una película en la tele [era *Love Actually*]:

—¿Tú y papá os queríais así cuando os conocisteis?

—¿Como quiénes?

—Como los de la película.

—No todos se quieren.

—Yo quiero que me quieran como Sam a Johanna. O Como Mark a Juliet.

«A veces el amor duele», estás a punto de contestar. «A veces el amor es una mentira», estás a punto de añadir. También quieres decirle que hay adultos que no aprenden a amar porque nunca los han querido; que otros olvidan cómo hacerlo con el tiempo; pero sobre todo quieres advertirla de que hay algunos que no son capaces de amar porque solo se quieren a sí mismos. «Esos no te quieren, esos te poseen.» Pero la nena aún es una niña, no hay prisa, piensas. [Ahora te das cuenta de que quizás fue tu último momento feliz con ella.] Solo deseas para ella una vida diferente a la tuya, que ni siquiera se le parezca. Una vida sin heridas.

—Ya habrá tiempo para eso.

—Algunas chicas de clase ya tienen novio.

—¿Quién?

—Algunas.

—¿Tú?

Recuerdas el silencio que siguió.

Recuerdas *ese* silencio.

Recuerdas cómo sus mejillas se encarnaron.

«La nena crece demasiado deprisa —pensaste—, pero no puedes detener el mundo.»

También pensaste en que te gustaría poder hacerlo, convertirla en una niña para siempre; en que desearías tener la fuerza suficiente para invertir el curso del tiempo y regresar a tu infancia, a algún momento en el que fuiste feliz.

No lo encontraste.

Vuelves a escarbar en tu memoria, pero eres incapaz de recordar nada que no sea el hambre, el frío, el dolor, la tristeza, la soledad de entonces.

Apenas recuerdas el rostro de tu padre, tampoco el de tu madre. Solo recuerdas la boca de la mina, el agujero en la ladera por el que descendías a las entrañas de la Tierra mirando hacia atrás, siempre esperando el día en que se cerrara.

«A Jonás lo engulló una ballena, a ti te devorará el Cerro si no te portas bien», te decía tu madre.

Esa fue su principal herencia: el miedo. Y tu nombre, Soledad, su condena.

Hablan del caso en el telediario de madrugada. Una periodista informa desde el parque donde han encontrado a la nena [es una reposición].

Así arranca su crónica:

PERIODISTA:

«Fue un corredor, al detonar el día.»

Tratas de imaginártelo, quién es, cómo será, si estará casado, si tendrá familia, hijos, hijas; si se conmovió al verla.

Te gustaría preguntárselo.

Te gustaría saberlo.

Detrás ves el prado sobre el que la nena se durmió para siempre. Te parece un lugar apacible. La hierba brilla por la lluvia caída, el verde es intenso. Ves un árbol. Sus hojas te parecen las huellas colgadas de alguno de los dinosaurios que tanto le gustaban cuando era pequeña.

No sabes qué árbol es, pero te parece bonito.

«El mundo está lleno de lugares hermosos», piensas [no es que lo sepas por ti misma, no has visitado ninguno], pero la gente los afea, la gente los mancha, la gente se empeña en convertirlos en lechos de muerte, los parques en tumbas, las ramas en patíbulos, los caminos en fosas, los mares en cementerios.

Cierras los ojos y una nueva imagen ocupa el puesto de la anterior durante el intervalo.

Reconoces la entrada del Anatómico Forense y se te contrae el estómago

al saber que la nena sigue allí, dentro de un habitáculo refrigerado.

Esta vez es la imagen de esos largos estantes llenos de guisantes, de brócoli, de coliflor, de pimiento, de zanahorias, de calabacín de las cámaras frigoríficas del supermercado la que estalla en tu mente.

Envases de plástico, cámaras refrigeradas.

Eso es la muerte.

No hay belleza en ella, solo una ridícula, una rotunda mediocridad.

Te asalta entonces una preocupación absurda, si la nena tendrá frío, si tendrá miedo sola allí dentro. Si te estará llamando en la oscuridad.

La echas en falta bajo la manta, el calor de su cuerpo menudo pegado al tuyo mientras veis una película. También echas de menos sus rabetas y sus chantajes, hasta sus desplantes e insultos cada vez más frecuentes.

Recuerdas la sábana rígida por el almidón que la cubre, sus dobleces; piensas en las veces que la habrán lavado, que la habrán reutilizado, a cuántos muertos habrá cubierto antes que a la nena.

Recuerdas también el membrete descolorido del hospital.

No hay dignidad en la muerte.

Hoy te han llamado al fin para decirte que mañana os entregarán a la nena.

Has telefoneado al tanatorio que te han recomendado y has elegido un ataúd.

Has elegido el más barato [aglomerado chapado, listones de pasta de maderas], costaba entre ochocientos y mil quinientos euros, no podías permitirte ningún otro [los de gama media, de paulownia, álamo o madera de ayous, costaban dos mil quinientos; los de cedro-bosse estaban aún más fuera de tu alcance].

También has tenido que elegir las flores y el recordatorio [has elegido uno de un campo de trigo con un cielo azul preñado de nubes de fondo].

Has preguntado por la tumba y los del servicio te han dicho que ya no se entierra, que ahora sobre todo se incinera o se coloca al muerto en un nicho, pero que no hay ninguno disponible si no se tiene familia ya enterrada.

Uno no arraiga del todo en una tierra hasta que sus muertos echan raíces en ella.

«La primera tendría que haber sido esa hija de puta [te refieres a la abuela], no la nena», has pensado.

También te han dicho:

«Si usted lo desea, puede colocar la urna con las cenizas en un pequeño columbario, con su lápida y el nombre y la fecha de nacimiento y de deceso y una frase y una figura, una virgen, un ángel, un Cristo, así pueden ustedes acudir a visitarla cuando quieran.»

Lo único que deseas de verdad, que la nena vuelva, no te lo han ofrecido.

Mañana le dirás a tu marido que la van a incinerar, que la ceremonia es más bonita, que la nena así lo quería. Aunque sea mentira, porque la nena aún no pensaba en la muerte; la nena pensaba que su carne era inmortal, que era preciosa, que era perfecta, que era eterna.

La nena pensaba que solo se marchitan los viejos y los padres.

La nena tenía razón: tú llevas tiempo muerta.

Vuelves a centrarte en el informativo.

PERIODISTA:

«Este telediario ha tenido acceso al informe preliminar de la autopsia según el cual la niña murió de un fuerte golpe en la cabeza que le fracturó el cráneo. El informe también señala que no sufrió ningún tipo de agresión sexual.»

Respiras tranquila: a la nena no la han violado. Su cuerpo sigue puro, está intacto; no tuvo que pasar por lo que pasaste tú antes de que tu vida se fuera a la mierda.

Hasta ahora habías pensado que su asesino codiciaba lo mismo que tu marido, lo que tantos hombres al mirarla, pero la nena ha muerto a causa del golpe. La nena se trastabilló y se golpeó la cabeza contra una piedra, una punta de pirámide que sobresalía entre la espesura.

Te sientes extraña al pensar que el animal que la ha matado no es un monstruo; que quien le ha quitado la vida al menos no le ha devorado las entrañas.

Y también piensas:

«¿Quién le ha hecho esto a la nena?»

Y luego piensas:

«¿Por qué?»

Antes de volver a dormirte, un último pensamiento te viene a la cabeza:  
«¿Cómo es posible que el vacío ocupe tanto espacio?»

## Romero

La sábana está fría.

Quizás solo se deba a su blancura, a ese aspecto de nieve recién caída que cubre la cama, que ha cuajado por todo el dormitorio.

Romero permanece inmóvil, no quiere despertar a su mujer, cada vez más ajena a su falta de sueño, a él [cansada de sus propios fantasmas]. Y así, con la vista fija en el techo [que ya no es blanco, que es más bien vainilla], regresa a la noche de autos en La Bachata.

Las imágenes se suceden como si la superficie que alguien enyesó una mañana, que otro alguien pintó dos días después, fuese la pantalla del viejo Cinema Coliseum al que solía escaparse los domingos.

### *FLASHBACK:*

Abigail se fija en un chico mayor que la mira. Claudia también se ha fijado en él, pero la atención es para la amiga, la guapa, la belleza exótica de ojos marrón claro que son ámbar, que son miel, y baja la mirada, vencida como tantas otras veces. Claudia está harta de derrotas. Le duelen cada día un poco más. Y empieza a germinar en ella la envidia, la semilla del odio. Ha sido ella quien lo vio primero, el chaval mayor, el chico con moto, el hombre en el que ha posado su primer deseo de mujer; se lo ha dicho a la amiga, ha confiado en ella, me gusta, acompáñame, me da vergüenza, pero es Abigail quien se convierte en el centro de todas las miradas. Al principio lo hace de un modo inconsciente, no puede evitarlo, es más guapa, se ha hecho mujer antes, sus pechos, su cuerpo, pero poco a poco decide que a ella también le gusta, que no puede hacer nada si él se ha fijado en ella y no en Claudia. Intercambian miradas, alguna palabra suelta, quizás los números de teléfono. Tiempo después, Abigail y Claudia regresan para celebrar el cumpleaños de Abigail. Le ha confesado que esa noche se atreverá, lo besará, dejará que la explore

con sus manos, acaba de cumplir catorce, quién sabe si le dejará algo más, su madre ya había follado a esa edad [no sabe que su padre la violó]. Abigail no percibe la humillación en el rostro de Claudia [si siquiera la adivina], solo piensa en ella, tú quédate con Gustavo, paso, es un pesado, llévatelo para que podamos estar solos, por favor, hazlo por mí, yo lo haría por ti. Claudia sabe que miente, pero claudica al fin, como siempre hace cuando se trata de su amiga. Al rato, Abigail recibe una llamada y sale del local para escapar del ruido, Claudia deja a Gustavo con la excusa de ir a buscar a la amiga. La localiza fuera, le dice que tiene que hablar con ella, las dos van hacia el parque, allí discuten, allí se increpan, allí la abofetea, allí descarga sobre ella un torrente de dolor, de rabia, de frustración, la empuja y Abigail se golpea la cabeza al caer.

Romero se relata la historia una y otra vez; encaja y después despieza cada detalle para volver a empezar.

Romero está atrapado en un puzle sin final.

«Si ha sido un accidente, ¿por qué no decir nada?», se detiene.

Romero lo sabe: por miedo, también por vergüenza, por angustia, por el estigma, «Está muerta, no querías pero ya no puedes hacer nada, te culparán, todos te señalarán, serás la chica que mató a su mejor amiga, la envidiabas porque era más guapa que tú, la odiabas porque era mejor, y por eso la mataste, no se trastabilló, la hiciste caer y le golpeaste la cabeza contra la piedra».

La gente es cruel.

La gente es una hija de puta.

«¿Y qué pasa con la llamada? ¿Quién llamó a Abigail a esa hora?», se pregunta después.

Quizás la llamada no signifique nada, quizás lo signifique todo, pero Romero no podrá saberlo hasta que obtenga el registro telefónico. No han encontrado el móvil de la niña, tampoco da señal, su asesino se lo llevó, lo escondió, lo rompió, lo arrojó lejos.

Romero piensa también en pedir un registro para la casa de Claudia, por si fue ella, quizás se lo llevó para conocer sus secretos, pero sabe que tardará, que quizás el juez no vea las cosas como él; o quizás la niña diga simplemente la verdad.

Romero sabe que todo el mundo miente en una investigación [mentiras grandes, mentiras pequeñas, mentiras estúpidas, mentiras absurdas]; algunos porque están implicados, otros solo quieren preservar los secretos del muerto para evitar que un extraño exponga sus miserias, porque los muertos no pueden defenderse.

Romero busca otras alternativas.

Romero odia la desconfianza.

La desconfianza siembra la duda, lo mancha todo.

Romero duda hasta de sí mismo.

Su mujer sigue durmiendo.

Ella es su única certeza [eso cree]. Sabe que lo quiere, que él la ama tanto como sabe que ella hace tiempo que recurre [herida, necesitada, sedienta] a otras miradas, a otros abrazos.

Al principio se le hacía insoportable, pero el dolor se ha mitigado con el paso de los días, con el caer de los meses. Romero jamás ha dejado de amarla, pero se olvidó de cuidarla; dejó de prestarle atención envuelto como estaba en sus fantasmas, porque hace demasiado tiempo que Romero hace más caso a los muertos que a los vivos.

Todo tiene su precio.

No pertenecemos a nadie.

No pertenecemos a nada.

Nada ni nadie nos pertenece, ni siquiera el agujero en el que nos entierran, tampoco el polvo que dejamos atrás.

El sonido del despertador se le hace cada vez más insoportable. Suena como un cojo acercándose por un pasillo que no deja de alargarse; golpea una y otra vez el suelo con su bastón, pero permanece siempre en el mismo sitio. Aun así, no cesa en su empeño mientras el eco multiplica el golpeteo hasta convertir cada paso de la segundera en un ejército de cojos.

Romero se levanta, se dirige a la sala y enciende el televisor.

Una periodista informa desde la escena del crimen.

A Romero le parece que habla de otro caso; reconoce el parque, reconoce la cama de hierba sobre la que encontraron a la niña, pero todo parece distinto.

Él guarda sus propias imágenes: los zapatos de tacón negro, los ojos de la niña mirando al cielo, los labios de caramelo, el vestido azul con flores blancas, blanco con flores azules.

Los planos se suceden hasta llegar al Anatómico forense. Frente a la puerta, de nuevo la reportera.

PERIODISTA:

«Este telediario ha tenido acceso al informe preliminar de la autopsia según el cual la niña murió de un fuerte golpe en la cabeza que le fracturó el cráneo. El informe también indica que no sufrió ningún tipo de agresión sexual.»

«Mierda.»

Después viene:

«La puta que los parió.»

Romero sabe que la filtración no proviene de Alcaraz, pero no pone la mano en el fuego por nadie más, ni del equipo forense, ni del suyo, tampoco del juzgado de instrucción.

Por suerte, la pieza termina ahí.

Nada de la uña.

Nada de las fibras azules.

Romero abre la nevera y extrae un cartón de leche.

Por un momento, Romero cree escuchar la voz de su madre [«Coge un vaso, beber a morro es una cochinada.»], pero el fantasma que está de pie junto a la puerta no es el suyo.

Es Abigail quien lo mira.

Los espectros de Romero no son como los de las películas; no se le aparecen desencajados clamando justicia.

Romero sabe que los fantasmas pertenecen al terreno del dolor y de la culpa, que se alimentan de ellos, de nosotros; supuran por las heridas [por esas que jamás sanan aunque estén selladas] hasta alcanzar la superficie y allí se materializan, se convierten en ectoplasmas.

Romero sabe que los fantasmas no existen.

Romero también sabe que los fantasmas son tan reales para quienes los

convocan como su propia carne.

Romero sabe que todo el mundo carga con uno.

—Hola.

—Hola.

—¿Quién ha sido?, ¿quién te ha hecho esto?

Abigail sonríe. Su imagen es la viva estampa de la foto que se llevó de su dormitorio.

—Eso tendrás que averiguarlo tú. Pero tienes cosas más importantes en las que pensar.

—¿A qué te refieres?

—A la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad.

La nevera emite un pitido.

Romero cierra la puerta y regresa a la habitación. Su mujer sigue durmiendo.

La observa.

Romero es consciente de la infelicidad a la que la ha condenado por quererlo, por no tener la fuerza suficiente para dejarlo, para comenzar a amar a otro.

Romero susurra:

«Lo siento.»

Es verdad.

# DÍA 4

## DOLOR

### Soledad

Es la hora.

Vas a la habitación de la nena, abres el armario y eliges un vestido.

Eliges el vestido rojo.

También coges algo de maquillaje, sombra de ojos, rímel, polvos, un pintalabios rosa claro y otro de tono coral, son los que mejor le van a su piel blanca.

Lo metes todo en un neceser, planchas el vestido, lo colocas en una funda para que no se arrugue y pides un taxi.

Tu marido aún duerme, su madre se ha levantado y ha preparado café, también ha sacado unas galletas. Es la primera vez que hace algo por ti; un café, unas galletas.

«Voy al tanatorio, a llevarles el vestido para la nena», le dices.

«¿A qué hora hay que estar allí?»

Lo dice como si fuera una cita con el dentista. No le duele la muerte de la nena, le molesta que se le haya estropeado el plan, los esfuerzos por vivir mejor gracias a ella.

«Aún la tienen que arreglar. En cuanto sepa algo, les llamo.»

El coche te espera abajo.

Hace sol.

Ninguna nube rompe hoy la inmensa llanura azul que se extiende sobre tu cabeza. Te hubiera gustado que lloviera, que el mundo entero, también Dios, lloraran la muerte de la nena, pero ni tú ni ella le importáis a nadie.

Dios está ocupado en otras cosas, como lo estaba la noche en que la mataron.

Dios siempre está cruzado de brazos, no lo has conocido de otro modo, ni siquiera mientras torturaban a su propio hijo, tampoco mientras lo crucificaban.

Tu Dios.

Tu maldito Dios cruzado de brazos.

Creó el mundo solo para divertirse, para vernos sufrir, para observar cómo nos despedazamos. Somos su maldito Telecinco.

No es el mismo taxista que os llevó a ti y a tu marido al Anatómico hace dos días, pero este también te mira por el retrovisor.

El hombre ve lo mismo que has visto tú en el espejo antes de salir de casa: a una mujer triste, a una mujer aún joven pero ya marchita, el pelo deslucido, con simas bajo los ojos y la piel pegada a la calavera.

Nadie te espera al llegar: hay otros muertos, otras obligaciones que atender.

La nena es solo una más.

Tú eres solo una más.

Te acercas al mostrador y das el nombre de la nena.

«Acompáñeme», te dice la mujer tras el mostrador [Mónica —lo pone en su chapa de identificación—, treinta, elegante, rubia, guapa].

Tendrá tu edad, pero, a diferencia de ti, ella luce preciosa, el maquillaje perfecto, las uñas con una manicura francesa impecable, el pelo en un recogido de estrella de cine. Se parece a esa actriz rubia que salía en una película con James Stewart. El traje de chaqueta y falda de tubo hasta justo debajo de las rodillas que llevaba era gris, el jersey de cuello alto era blanco.

Envidias su belleza, hace tiempo que la tuya te abandonó [en realidad fuiste tú quien comenzó a ocultarla, para protegerte, para ser invisible, pero ya no te acuerdas], por eso envidias la vehemencia con la que ella la exhibe.

La sigues por un pasillo.

El suelo es de mármol y sus tacos hacen un ruido ensordecedor. No le importa; está acostumbrada a que la miren, a ser el centro de atención cuando entra, cuando camina por sus dominios, cuando invade los ajenos, cuando los abandona tras el terremoto.

Son como los de la nena, los tacos: finos, altos, de charol negro.

Te pide que esperes frente a una puerta. Llevas la funda con el vestido doblada en uno de los brazos, sostienes el neceser con la mano del otro.

Al rato, un tipo anodino [te lo parece, también te parece dramático] surge por una puerta y consulta una lista:

«¿Abigail L.?»

Te duele que haya más, que tenga que ocuparse de otros muertos, que otras familias compitan con tu dolor.

«Me gustaría verla», dices.

Tienes miedo de que no la dejen guapa.

«No es posible. Pero nos ocuparemos de ella como se merece», te responde.

«La dejaremos preciosa, no se preocupe», añade leyéndote el pensamiento.

Después baja la mirada hacia la funda:

«Lo habitual es que los cuerpos se expongan con sudario.»

Lo miras y niegas; a la nena no la van a vestir con una sábana de muerto [piensas en la sábana rígida por el almidón del Anatómico, en sus dobleces], así que le tiendes la funda con el vestido rojo, también le entregas el neceser.

«Este es su maquillaje. Quiero que le pongan el pintalabios rosa y su sombra de ojos», especificas.

El tipo asiente. Está acostumbrado a lidiar con el dolor de los vivos [él prefiere el silencio de los muertos].

«La avisaremos en cuanto esté lista.»

De nuevo te recoge la mujer, la estrella de cine de los tacos altos.

«Tienen asignada la Sala 5. Puede esperar allí.»

Pausa dramática:

«Su seguro no incluye ágape, pero hemos puesto a su disposición una máquina de café de cápsulas y unas pastas sin coste.»

Se detiene un instante, después vuelve a despegar los labios:

«Es lo menos que podemos hacer. Si lo desea, puede pasar a la oficina para hablar de cómo abonar los gastos.»

Lo único que deseas es que la nena regrese, que despierte, que salga por esa puerta y te abrace, volver a casa, tumbarte con ella en el sofá bajo la manta y ver *Love Actually*, pero sabes que no es posible.

«Gracias», es todo lo que dices.

Y te sumerges en la burocracia que envuelve a la muerte.

Necesitas respirar.

Vuelves a desear que llueva, le das una última oportunidad a Dios para que lllore a la nena, pero el cielo sigue de un azul vehemente; es una gran lona azul tensa como las sábanas que cambiaste en tantos hoteles y las mantelerías recién puestas del restaurante; ni siquiera atisbas el rastro de una nube que pueda cargar con algo de tristeza en sus entrañas.

Una chica joven [veinticinco, guapa, aunque es demasiado delgada y lleva demasiado maquillaje] se te acerca al salir.

Su expresión es dulce, como su voz cuando te dice:

«¿Señora L.?»

«Sí», contestas de modo mecánico.

No te apetece hablar con nadie, pero tu carácter sumiso te empuja a responder.

«Soy periodista, del programa de BS.»

Asume que lo conoces [es uno de los que ve tu suegra]. Todo el mundo lo conoce.

«Me gustaría hacerles una entrevista mañana.»

La miras.

La dulzura ha desaparecido de su rostro; solo le queda hambre en la comisura de los labios; se relame, saborea la presa recién cazada entre los dientes, tu sangre en sus fauces.

«Apenas sabe nada de la vida aún», piensas al mirarla. Jamás ha sufrido, no sabe lo que es el dolor.

No es una suposición.

Lo sabes.

El dolor deja cicatrices y su piel está inmaculada.

«No, gracias», respondes de nuevo paciente, de nuevo sumisa.

«Será bueno para el caso de su hija», te insiste.

Su suficiencia te molesta. No quieres exponer tu vida; sabes que si abres esa puerta la miseria entrará hasta el último cuarto de la casa y, una vez dentro, ya será imposible desalojarla; te juzgarán a ti, a tu familia, a la nena, os exhibirán como esperpentos de circo.

La mujer barbuda.

La sirena.

La madre de la niña muerta.

Escuchas entonces la voz de la madre de tu marido resonar en tu cabeza:

«A la niña la han matado por tu culpa. La dejabas vestir como una puta.»

Escuchas el reproche de tu marido:

«Lo de la nena ha sido culpa tuya, si la hubieras vigilado más, si no la hubieras consentido tanto, si no le hubieras dejado hacer siempre lo que le venía en gana.»

Escuchas a la lluvia:

«Es culpa tuya.»

Y te entra el pánico por si tienen razón, porque salga a la luz que la verdadera culpable de la muerte de la nena eres tú.

Todo esto sucede en apenas un segundo.

La chica te entrega una tarjeta con un nombre y un teléfono:

«Por si cambia de idea», dice.

«Tarde o temprano nos necesitará, créame», remata, desplegando esa suficiencia que te gustaría arrancarle a tiras.

El tanatorio comienza a llenarse pasadas las once. La gente ha ido llegando sin que te des cuenta; todo se ha poblado de telas negras y marrones y grises, de corbatas mal anudadas y chaquetas que huelen a armario.

Plañideras.

Carroñeros que vienen a ver a otros muertos que no te importan. Tampoco a ellos. Los muertos son solo eso, muertos, materia inanimada a punto de corromperse, ya no sirven para nada. Algunos hablan, otros solo asienten, quizás porque no saben qué decir, o porque no tienen nada [bueno] que contar.

Algunos muertos no dejan nada detrás, solo tierra quemada.

La Sala 5 está dividida en dos espacios. El primero parece uno de esos saloncitos que preceden al dormitorio de una suite. Lo sabes porque limpiaste muchas al llegar.

Al principio fantaseabas con que eras una princesa rodeada de lujo [solo eras una india estúpida], jugabas a ser una gran señora que se alojaba en aquel sueño barroco, pero pronto te diste cuenta de que no eras más que el espectro que se encargaba de hacer la cama, de limpiar el baño, de recoger las toallas para alguien que jamás serías tú.

Al rato, descubres un teléfono, llamas a casa, te acurrucas en el sofá de dos piezas [es una pieza de Ikea, simple, funcional, gris, últimamente todo lo que te rodea es gris] y te abandonas a tu soledad.

«¿Qué soy?»

«¿Quién soy?»

«¿Qué eres ahora?»

«¿Quién eres ahora?»

Solo eres, solo has sido la mamá de Abigail desde que nació la nena, desde que llegasteis a este país, en el barrio, en el colegio, en las reuniones de padres. «¿Qué tal está Abigail?» «¿Qué tal en el colegio?» «Tu hija es muy guapa, tu hija es una niña muy lista, qué nena tan buena, tan maravillosa.»

Pero ya no.

Ahora eres [lo serás para siempre] la madre de la niña muerta. Quien la ha matado no solo te ha arrebatado la vida, su carne, su olor, su voz, tu única razón de ser, sino que también te ha condenado a ser para siempre la desdichada madre de una cría muerta. Y entonces te das cuenta de algo que ya sabías, que llevas toda tu vida siendo solo eso, una maldita víctima callada, muda, obediente, dócil.

Siempre te has dejado hacer, has aceptado lo que venía, lo que te imponía el destino, la voluntad de otros, de Dios, de tu padre, de tu madre, de tu marido, de tu suegra.

La voluntad de la nena.

Eres un canto rodado al que la corriente dejó sin aristas nada más nacer.

«Imbécil.»

Lo pronuncias en voz alta para asegurarte de que aún sigues viva.

Dices:

«Soy una imbécil.»

Y después:

«Soy la madre muerta de la niña muerta.»

## Romero

Romero llega al despacho a las siete, tiene mucho papeleo por delante.

A Romero le gusta el papeleo; supone una rutina, y la rutina conlleva un orden.

Hace tiempo que los pedazos de la vida de Romero están unidos por punto de cruz; basta con tirar de un extremo para que todo se vaya a la mierda. Por eso el orden, la repetición, la rutina lo calman; le aportan pequeñas certezas; lo liberan de tener que pensar en víctimas, en verdugos, en motivos, en causas y razones y espantan por un instante los fantasmas que lo habitan.

Romero no necesita más, aunque sabe que se trata de un parche, porque, tarde o temprano, los espectros regresan.

En cuanto acaba, Romero sopesa la posibilidad de volver a interrogar a Claudia, aunque es consciente de que lo que mejor desembrollará la madeja de las relaciones personales de Abigail son sus redes sociales.

—La niña no tiene ordenador, pero sí varios perfiles activos. Lo más probable es que los manejara desde su móvil —señala Mendoza.

Sabe que al igual que ha hecho Alcaraz con su carne, el subinspector abrirá en canal a la niña y expondrá hasta el último de sus secretos. Pero para eso necesitarán saber su cuenta de correo y las de sus perfiles, los visibles y los anónimos si los tiene [todo lo lleva a Claudia de nuevo], pedirle al juez instructor que oficie a las empresas proveedoras para que las bloqueen y les den acceso, también en el caso de que Abigail almacenara cosas, textos, información y fotografías en la nube.

—Hay que hablar con sus amigos —continúa Mendoza—. Pero si la chavala usaba algún *nick*... Dar con la contraseña será otro cantar. Por suerte, la mayoría suele usar la misma para todo, así que si damos con la llave,

abriremos todas las cerraduras.

Romero anota la petición y piensa en la muñeca del cadáver, en su ojal tatuado. Piensa en lo que esconden algunas puertas, en si es bueno abrirlas. Después mira el reloj.

Los compañeros de Abigail estarán en el instituto, y aunque sabe que no puede entrevistarlos sin la presencia de un profesor, de un tutor, de asistencia legal, el fantasma de la niña aprieta.

Romero recorre las calles clónicas en edificios, en miseria, en historias de fracaso de las familias que las deambulan, que las habitan.

Romero nació en un barrio como este [no es este, es otro pero es el mismo]. Lo único que recuerda de él es que desde la azotea de su casa se veía el mar; que cada vez que su padre salía a navegar, subía hasta allí por si alcanzaba a verlo.

El instituto es un bloque de ladrillos delgados de un amarillo pálido. Tiene cinco filas de ventanas por piso, regulares como las de una prisión, y un polideportivo de costillas metálicas y techo de lona a un lado. Parece un zepelín posado.

IES Bergamín: una cárcel llena de adolescentes.

Romero pregunta a un chaval [catorce, es un tallo sin hojas] apoyado en la verja que lo delimita. Un porro escuálido [tanto como él] se consume entre sus dedos. Tiene facciones de crío, aunque la adolescencia pide turno ya en su rostro.

—Los amigos de la chica muerta, ¿han salido?

El tallo [es posible que sus amigos lo apoden así, ¡eh, Tallo!, ¿qué pasa, Tallo?, ¡No me jodas, Tallo!] le da un buen repaso, que remata con una nube de humo recién exhalada, como si fuera un ninja a punto de desaparecer.

—Vete a tomar por culo, madero de mierda.

Romero sonríe.

Romero viaja a los confines de su memoria. Es él con catorce años, la pose, la actitud, la rabia, el desprecio.

Él también era un muerto viviente, después se hizo policía, así es la vida.

Decide esperar en un bar frente al instituto.

Romero pide una caña y echa un vistazo al periódico. Lo saben todo y no saben nada. Él tampoco sabe mucho, pero su instinto le dice [ya le afirma] que

la historia de Abigail le está jodiendo el alma, la poca que le queda entera, la poca que aún no tiene manchada.

«¿Cuándo empezó?», se pregunta.

Recuerda su primer caso como jefe de unidad, un crío de cinco años al que alguien se había llevado, había violado, había asfixiado y había enterrado con prisas, cubierto por apenas un sudario de tierra, más polvo que marga, en una vieja escombrera.

De aquel día perviven las nubes lenticulares acercándose, flotando al rato sobre su cabeza como un móvil sobre una cuna, la tormenta descargando, las gotas de lluvia limpiando los dedos que asoman de la tierra como una súplica.

Romero también recuerda la silueta de la ciudad alzándose a lo lejos, un recortable sobre un horizonte a punto de aplastarlo. Aquel barrio, el de su infancia, este, todos son diferentes, todos son el mismo, úteros que solo saben gestar perdedores.

Tras el caso, Romero regresó a puerto, tocado como uno de esos marineros que se han hecho solos a la mar durante meses.

Romero regresó a tierra siendo su padre.

Fue entonces cuando empezó a perderlo todo, a su mujer, a los pocos amigos que le quedaban. Les dejó de atender, de contestar a los mensajes [mensajes aún preocupados, aún dispuestos a echarle un cabo] porque no sabía cómo tratarlos; ninguno era capaz de entender su dolor, de comprender su soledad.

Ni siquiera lo intentó.

¿Cómo explicárselo?

¿Cómo certificarles que no existe ningún Dios, que no hay ninguna esperanza, que el mal anida en el interior de cada ser humano, que lo único que podemos hacer es tratar de contenerlo?

Así que se dio por vencido.

Fue una rendición incondicional. A partir de ese instante, la soledad enraizó en sus entrañas y la convirtió en su única amante.

Romero se repite a menudo que fue un mecanismo de protección [hacia él, hacia los demás], pero sabe que es mentira.

Romero sabe que se miente.

Lo sabe desde hace tiempo.

Lo sabe desde entonces.

En una ocasión, su mujer le dijo:

«A veces creo que me subestimas, que crees que soy incapaz de soportar ciertas cosas. Me casé con un policía sabiendo lo que hacía, así que no lo hagas jamás.»

Él contestó:

«No. No lo sabes.»

Mientras espera, Romero se fija en un árbol.

Romero no sabría decir si es un tilo, si es un fresno o un castaño, solo que está escuálido como el Tallo y que, por un momento, parece moverse.

Romero sabe que no es posible.

Romero sabe que los árboles solo se mueven en las funciones infantiles. Pero también es consciente de que de un tiempo a esta parte ha comenzado a aceptar ciertas cosas sin controversias.

Así es el mundo de Romero, un teatro poblado de fantasmas, de árboles que se mueven, de mujeres invisibles que habitan bajo las sábanas.

Los chavales salen en tromba.

Romero trata de localizar a Claudia entre el enjambre [el zumbido es ensordecedor], pero no la ve, imposible entre tantas cabezas, brazos y piernas iguales. Entonces recuerda algo: Alcaraz le ha dicho que iban a entregar el cuerpo a la familia esta mañana; eso significa que comenzarán a velarlo por la tarde, y aunque no le apetece profanar una intimidad que no le corresponde, está seguro de que Claudia estará allí.

Los pensamientos se suceden [más bien se agolpan, Romero es incapaz de asignarles un orden] en su cabeza de regreso a casa, hasta que, al fin, uno entre todos se hace con el control.

Romero no sabe por qué [precisamente ese], solo lo acepta.

—¿Qué ves?

—Agua.

—¿Eso es todo?

El Romero crío calla.

El Romero crío mira a su alrededor.

El Romero crío vuelve a observar el mar, el cielo, la línea recta donde ambas masas se encuentran. Una parece empujar hacia abajo, la otra pugnar por alzarse; es ese eterno equilibrio de fuerzas el que hace que el cielo no se desplome, que el mar acabe por inundarlo todo. Pero allí no hay nada que taje el cielo, tampoco el mar; ni una nube, ni un ave, ni la estela de un avión o un barco. Nada altera la uniformidad monótona de ambas inmensidades.

Son solo dos azules colisionando.

Romero es un crío asustado pero feliz. Es la primera vez que sale a navegar con su padre.

«Ya tienes edad para comprender», le ha dicho.

Es un día claro de invierno. El mar está tranquilo, el viento es el preciso [diecisiete nudos].

—Y ahora, ¿qué ves? —repite la pregunta su padre.

Romero calla.

Romero no sabe cuál es la respuesta correcta [si la hay], tampoco la adecuada, qué se espera de él. Es un crío y no quiere decepcionarlo.

—En el mar, las cosas son simples, uno sabe lo que tiene que hacer para no hundirse; aquí solo dependes de ti mismo, pero en tierra la cosa se complica por culpa de los sentimientos; vives rodeado de gente que depende de ti, de la que dependes [queriendo, sin querer], y eso lo enturbia todo.

Romero piensa en su madre. No sabe por qué, pero es la primera imagen que le viene a la cabeza.

Romero no piensa en sí mismo. Piensa en ella y entiende al fin [con la aritmética de un crío de ocho años] que tanto ella como él son una carga para el hombre que tiene delante.

Romero aún no sabe que el mundo es gris, que las personas son grises, que están hechas de luces y de sombras; que tienen tantas luces como sombras.

Romero solo cree que su padre no los quiere.

Su padre no lo quiere.

Su padre no quiere a su madre.

Aún no sabe que se equivoca.

El recuerdo golpea a Romero sin piedad; es un gancho a la contra [no está prevenido, tiene el vientre blando] que hace que le estalle el hígado.

Romero siente cómo el puño le revienta la víscera, nota cómo las tripas se le llenan de sangre, incluso percibe su sabor metálico subiéndole hasta la boca.

También sabe que el órgano no es lo único que *ese* recuerdo le ha reventado por dentro. El dolor se abre paso por su cavidad abdominal mientras rememora algo más: aquella fue la primera vez que él y su padre navegaron juntos. También fue la última.

Un mes después, cuando se reventó la cabeza con una escopeta, Romero descubrió que le había dejado en herencia el *llagut* [con su fantasma]. Lo que aún no sabía entonces era que lo que su padre le había legado no era en realidad un barco, sino una vía de escape.

## Soledad

La nena está preciosa.

A la nena le han pintado los labios de rosa, le han sombreado los párpados, le han puesto rímel y le han dado color en las mejillas.

El vestido rojo ha sido un acierto. Hasta que bajas la mirada y te fijas en sus uñas, que han comenzado a amarillear.

Son uñas de muerto, de un ámbar turbio.

Te fijas en que una de ellas, la del anular de la mano derecha, está rota.

Sientes un arrebató de ira.

«¿Cómo han podido ser tan descuidados?»

Los primeros en llegar son los compañeros del colegio. Vienen acompañados por un par de profesores. La mayoría se queda fuera, no quieren verla; hacerlo supondría reconocer su propia fragilidad. Aún no están preparados.

La muerte ha irrumpido de un modo inesperado y cruel en sus vidas y ninguno quiere llevarse un jirón a casa.

Han hablado con el psicólogo del centro, que les ha dado una charla sobre

el duelo; sus fases, sus pasos, sus dentelladas. Algunos ya conocen la muerte [han perdido un abuelo, una abuela, un tío, una tía, un primo, una madre, un padre, un hermano o hermana], otros aún no la han visto de cerca, solo en el rectángulo de una pantalla de cine, de un televisor, donde es heroica, donde es bella, donde es épica. Donde está justificada. Donde tiene sentido. Donde solo mueren quienes lo merecen, y si lo hace el héroe, el chico, la chica, es por un motivo noble. Es por salvar al mundo.

También hay alguno que acude al reclamo de una curiosidad morbosa; quieren ver si la descomposición ha comenzado a hacer mella en la carne; si la nena, que era tan guapa, que era tan perfecta, ya ha comenzado a desfigurarse.

No conoces a la mayoría. Sí reconoces a Claudia, también a Evelyn y a Martina y a Gemma y a Rubén y a Hugo y a Lucas. Los reconoces de las historias que [cada vez menos] te contaba la nena, de las fotos, de las fiestas del colegio, de algún encuentro con otros padres, porque la nena ya no los traía a casa.

Sabes por qué.

La nena se avergonzaba de vuestra pobreza, de vuestra miseria. No le correspondían, no eran suyas, eran solo culpa vuestra, un lastre.

Se acercan y te abrazan en procesión.

No te dicen nada. Lo agradeces. No hay nada que decir.

La última en hacerlo es Claudia. Vuelve a tener el maquillaje descompuesto y los ojos hinchados.

La retienes por el brazo mientras el resto se marcha. Se resiste. No quiere entrar. No quiere verla, pero no le das opción; tiras de ella hasta situarla frente a la cámara frigorífica que alberga a la nena. Quieres que tu hija muerta esté presente cuando le preguntes:

«¿Quién la llamó?»

«¿Fue alguno de los chicos?»

«¿Fue Lucas?»

«¿Fue Rubén?»

«¿Fue Hugo?»

«¿Estaban con vosotras?»

Le preguntas también si salía con alguien, si la nena tenía algún novio, si se veía con gente mayor a quien no conoces, un amigo especial, un amante, un

depredador.

«Está muerta —le dices—. Mírala. Ya no importa, niña. Ya nada importa, solo saber quién la mató.»

Los ojos se le licuan. Tiembla tanto que casi puedes escuchar su esqueleto crujir.

«Lo siento», dice.

«Lo siento. Lo siento. Lo siento», repite una y otra vez.

La letanía no cesa, tan solo se acalla hasta convertirse en una lluvia menuda.

«Lo siento.»

«¿Qué es lo que sientes? ¿Que mi hija esté muerta? ¿Mentirme a la cara?», te estalla por dentro.

«Puta niña egoísta.»

Sabes que vuelcas en ella toda tu rabia, la de la muerte de la nena, la de que te hubiera sustituido en su afecto.

Sabes que es injusto, pero no puedes evitarlo. Tampoco quieres hacerlo. Sientes celos de que compartiera los últimos secretos de la nena, sus miedos, sus deseos, sus anhelos, sus planes, sus ilusiones en tu lugar.

Todo eso te pertenecía.

A ti. Solo a ti. Y ella te lo robó.

Te has vuelto un ser cruel, pero no te importa.

Ya no.

Llevas días [desde que recibiste la llamada que te rompió el sueño] sintiendo el frío, cómo la oscuridad se adueña de tu alma. El espejo te devuelve la imagen de una extraña. La reconoces, no eres tú, es esa mujer del Anatómico, la que, como tú, se negaba a reconocer el cadáver de su hija.

«Es culpa mía», pronuncia Claudia de repente.

Las palabras brotan como el chorro intermitente de un caño.

«Es culpa mía», repite.

«Deja de llorar ya, niña tonta, niña estúpida», dice la otra mujer, aunque quizás las palabras solo suenan en tu cabeza.

«¿Por qué?», pronuncias tú.

«Porque la dejé sola. Es culpa mía porque la dejé sola.»

Hasta ese momento no te das cuenta de que alguien que no seas tú pueda sentirse culpable por la muerte de la nena; de que Claudia pueda compartir tu dolor, uno parecido, uno casi idéntico; una culpa que tardará mucho tiempo en aliviar, una tristeza que la acompañará para siempre.

«Lo siento, es culpa mía», repite ahogada en llanto.

Cada binomio es un latigazo que le abre la carne de la espalda, que le expone el alma. Lloro y rabia y se clava las uñas en la palma hasta hacerla sangrar.

«Lo siento, es culpa mía, no debí dejarla sola», completa al fin.

Y entonces la abrazas.

La abrazas todo lo fuerte que te permiten los músculos. La abrazas como abrazarías a la nena si la tuvieras delante. La besas en las mejillas, en la frente, en los ojos; besas sus lágrimas, sientes su amargor salado en tus labios secos. Y le susurras al oído:

«Perdóname, mi niña.»

Os quedáis así, abrazadas, un buen rato, sellando un armisticio delante de la nena. Sois dos mujeres dolientes de pie frente al cadáver insepulto que os ha unido, el de la hija, el de la amiga. Hasta que Claudia se separa y dice con voz serena:

«No sé quién la llamó. No me lo dijo. Le sonó el móvil cuando estábamos dentro, puso mala cara y salió. Fui a buscarla y la vi en la calle. Le hice un gesto, le dije que debíamos volver, pero señaló el teléfono, después levantó la mano y me dijo adiós, así que me fui.»

Sus ojos te miran de frente. Sabes que te dice la verdad porque pena como un arrepentido.

«Pensé que...», añade.

«¿Qué pensaste?», quieres preguntar, pero algo te detiene.

No sabes qué es.

Solo sabes que late dentro de ti como un neón negro.

«¿Qué le dijiste a la policía? ¿Con quién habíais quedado?»

Hace tiempo que sospechas que la nena no solo se escribía con Claudia y sus amigos; se encerraba en el cuarto a todas horas, siempre pegada al móvil, siempre esperando una respuesta. Quisiste revisarlo, pero no fuiste capaz de acceder a sus entrañas, solo viste una alerta de mensaje de un remitente desconocido en la pantalla.

Claudia mira de reojo a la nena en el túmulo. Sabes que le pide permiso.

«Con un chico mayor y su amigo.»

Su indefinición te indica que esconde algo, otro secreto que la nena no compartió contigo.

¿Cuántos más habrá?

«¿Qué chico?», dices.

«Lo conocimos un día donde las canchas. Lo llaman Jota.»

No es de su clase, ni siquiera va a su instituto, es un fruto prohibido.

Algo se te descompone dentro. No quieres imaginar a la nena besándolo, dejándose manosear, pero lo haces. No puedes evitarlo. Encuentras un consuelo enfermo en el dolor que te provoca la sordidez de esa imagen.

Te mereces ese castigo.

«¿Era su novio?»

Claudia no contesta.

«¿Dónde puedo encontrarlo?»

«Suele andar por ahí.»

«El barrio es muy grande», dices, aunque sabes que es mentira, que tiene el tamaño de una celda.

«Tiene una moto negra, blanca y roja», zanja la conversación Claudia.

Ya ha dicho mucho.

Claudia cree que ha dicho demasiado, que lo ha dicho todo, que ha traicionado los secretos de la amiga muerta, pero hay secretos con los que no se debe cargar o acaban gangrenándose el alma.

«Gracias, mi niña», respondes.

Tu marido y su madre están fuera haciendo el papel de padre doliente, de abuela destrozada.

«¿Qué vamos a hacer ahora?», dice ella acompañando su dolor fingido de

un aspaviento trágico.

«Qué voy a hacer ahora sin mi niña», dice él.

Odias su dolor fingido.

Hablan con la periodista que te ha dejado su tarjeta.

Tu marido la mira fijamente. Reconoces esa mirada. La recuerdas. Es la misma con la que había comenzado a mirar a la nena, con la que te sobaba a ti a su edad. Vuelves a pensar en que tal vez esté mejor así, como está en la habitación contigua, muerta, preciosa, a salvo de heridas.

Ella usa sus armas, lo seduce para que le abra las puertas de tu casa; quiere entrar en el cuarto de la nena, haceros una entrevista sentados en su cama, rodeados de sus cosas.

«Quedará mejor así, la gente se emocionará al ver la cama que la nena ya no volverá a habitar, la mesa sobre la que no volverá a hacer los deberes, el armario lleno de la ropa que no volverá a ponerse», imaginas que dicen sus labios.

Vosotros y la nena acabáis de convertiros en carnaza.

El día avanza despacio, transcurre monótono, pero no deseas que acabe. Sabes que en cuanto claudique te quitarán a la nena; desaparecerá para siempre, su cuerpo se convertirá en ceniza y ya no será nada.

Te quedarán sus cosas, pero ninguna la contiene.

Te quedarán tus recuerdos, pero no son ella [sabes que perderán sus contornos, que se diluirán, que su voz, su olor, su risa, su forma de moverse, de andar, hasta su rostro se irán desfigurando en tu memoria].

Tú quieres su carne, cualquier otro sucedáneo se te hace insuficiente, insoportable.

Nuevos desconocidos se pasan a presentar sus respetos.

«Lo siento mucho.»

«Te acompaño en el sentimiento.»

«Te doy mi pésame.»

Todo son fórmulas. No existe un modo de consolar a una madre, a un padre que han perdido a un hijo. Tampoco existe ninguna palabra que designe esa pérdida, que pueda siquiera aproximarla; es algo demasiado doloroso para ser nombrado, para recibir una etiqueta que lo normalice; es demasiado horrible

también para nombrarlo.

El inspector Romero se presenta a última hora. Ha elegido el momento para no importunar; quizás tiene alguna novedad, quizás simplemente ha querido acompañaros antes de irse a casa con su familia. No lo sabes, si tiene hijos, igual un niño, quizás una nena de la misma edad que la tuya, más pequeña, mayores, pero algo te dice que de ser así podrá intuir mejor cómo te sientes, sentir un atisbo de tu dolor, de tu angustia; que así se esforzará más por encontrar al asesino de la nena.

Se acerca. Lleva algo prendido en la mirada, en las bolsas que han arraigado bajo sus ojos. Y de nuevo te asalta ese pensamiento: «Es un hombre triste, es un hombre doliente solo que no lo sabe aún [no quiere saberlo]».

«¿Se sabe algo?»

Te dice que no con la cabeza.

«¿Quiere verla?»

Duda. Se siente incómodo ante la propuesta, no sabe qué hacer, no le corresponde esa intimidad.

«No quiero que se quede con ese recuerdo de ella», lo empujas.

Ambos sabéis a qué recuerdo te refieres.

Te acompaña hasta dentro. Lo hace por no desairarte, pero te da igual, sus motivos son solo suyos. Una vez en el interior, permanecéis en silencio hasta que aparta la mirada del ataúd y se topa con tus ojos.

«Tiene usted razón, está preciosa», te miente.

## Romero

Romero ha pasado por casa, ha cogido una corbata del armario y ha tratado de recordar cómo se hace el nudo.

Su mujer sigue en la cama.

El registro de la habitación de la niña no ha aportado gran cosa, ningún diario secreto, tampoco notas ocultas. Pero sí un USB escondido tras unos libros.

Aún no lo han abierto.

Han aprovechado que la madre estaba ausente; en casa solo estaban el padre y la abuela pegados al televisor; ni siquiera los han acompañado para indicarles, atrapados como estaban en su paraíso de ficción.

«Es la habitación del fondo, la de la izquierda», eso ha sido todo lo que han dicho a los policías que se han presentado.

No sienten ningún pudor por que unos extraños manoseen las cosas de la niña; la hija ya no es, la hija ya no está; la promesa de un futuro mejor, de erradicación de su pobreza, se ha esfumado con ella.

Romero pide que le informen del contenido en cuanto lo vean y se dirige al tanatorio.

De lejos parece un bloque de oficinas. Todo en él está pensado para transmitir una [falsa] sensación de clase, de modernidad, aunque el pavimento del suelo esté agrietado y algunas de las escamas de pizarra que lo cubren se hayan desprendido. El resto están calzadas con cuñas de plástico verde para evitar la desnudez total del edificio.

A Romero los tanatorios le parecen lugares extraños; su misión es albergar a los muertos [él veló a sus padres en casa, ya casi nadie lo hace, cuestión de higiene, de normativa, de negocio], pero en realidad están contruidos como un punto de encuentro social.

Los muertos son secundarios.

Los muertos son una excusa para que los vivos desplieguen su hipocresía, sus miserias, sus envidias y sus odios por sus salas y pasillos.

La prensa se agolpa fuera, cámaras, reporteros, unidades móviles.

Romero está seguro de que alguien se colará, de que alguien pagará a alguien para que haga una foto de la niña muerta con el móvil.

Romero entra y se dirige al mostrador.

—¿Abigail L., por favor?

—¿Es usted familiar o amigo?

La pregunta es una precaución inútil.

—Sala 5. Arriba, por la escalera de la derecha.

Romero sube, se apostea en una esquina y busca con la mirada. Es uno más, solo que no tiene a quien velar. Un pensamiento absurdo [por eso le amaga una sonrisa] le asoma a la cabeza: «Soy Bruce Willis, en realidad el muerto soy yo y no lo sé». Luego comprende que es cierto, que sí que lo sabe, que lleva

tiempo cadáver.

Romero repara en los contrastes. Lo único que iguala la muerte es a los muertos, sus anatomías inertes, sus cuerpos consumidos, sus músculos rígidos, su piel seca, la descomposición oculta que avanza ya por sus venas. Las diferencias entre los vivos, sin embargo, se mantienen en cualquier circunstancia, también aquí.

Romero también sabe que, en su profesión, unos muertos valen más que otros.

Busca a Claudia con la mirada, pero lo único con lo que se topa son trajes baratos de confección pobre.

Todos se han esforzado por lucir sus mejores galas.

Estas son, piensa Romero:

La carencia.

La pobreza.

La miseria y la vulgaridad y la tosquedad y la racanería y la mezquindad que siempre las acompañan.

Romero sabe que no tienen ninguna posibilidad de escape, como no la tuvieron la mayoría de sus amigos, atrapados en una vida que no eligieron, en una prisión permanente no revisable.

Romero sabe que no existe ningún refugio para la gente como ellos, una minúscula trinchera que les dé cobijo.

Romero sabe que son carne de cañón.

Romero encuentra a Claudia rodeada de un grupo de chavales; son los compañeros de clase de la niña, también están sus amigos. Reconoce a algunos por las fotos.

Romero la observa durante unos minutos. Le han instruido [todo lo que se puede aleccionar a alguien en algo tan peculiar, tan íntimo, tan arbitrario] para reconocer la incomodidad, el secreto, la culpa oculta en ojos, mejillas, comisuras, frentes, manos.

Fue así como lo supo.

Fue así como Romero supo que su mujer lo engañaba [eso cree Romero, ella jamás lo ocultó, deseosa como estaba de ser descubierta]. También supo así que ella lo continuaba queriendo.

Las personas aman de modos contradictorios a veces.

Claudia lo reconoce en cuanto se acerca. No hace ademán de marcharse. No hace ademán de nada.

—Me gustaría hablar un momento contigo —le dice—. ¿Está tu madre?

La chica asiente y dirige la mirada hacia un cónclave de adultos. Romero se acerca y rompe el círculo con la argucia de un carraspeo.

Todos callan de repente.

Todos lo miran.

Todos desconfían de él. Es un policía. Es un extraño.

Romero es un extraño hasta en su propio hogar.

—¿Puede acompañarme un momento, por favor? —No le dice por qué, no le dice para qué. No quiere que el resto de padres puedan comenzar a señalar, elucubrar acerca de si la hija tiene algo que ver en la muerte de la amiga.

Una vez en la cafetería, con la madre y la hija sentadas frente a él, la conversación se desarrolla en estos términos:

—Necesito que me ayudes. —Lo plantea así, cree que es mejor para evitar que Claudia pueda replegar a sus huestes y encastillarse—. Necesito que me digas qué perfiles en redes usaba Abigail y si hay alguno que no conozcamos.

Evita pronunciar la palabra «secreto».

Los secretos suelen llevar pegados la transgresión, la culpa, el deseo inconfesable. No quiere que Claudia se empece en preservar la memoria de la amiga muerta; sabe que hay gente que se lleva sus asuntos y los de otros a la tumba, y él quiere solucionar el caso.

—Necesitamos ver sus chats y pedir que los bloqueen. Si llegan a la prensa, no podremos hacer nada por evitar que salgan —trata de asustarla.

Nota su incomodidad. Es consciente de que ambas han compartido todo tipo de confidencias, de que a la amiga no le apetece que ningún adulto las escudriñe. Porque eso es lo hacen los adultos, escudriñar sin entender nada.

—Tenía varios —responde [lo ha pensado mucho, no tiene sentido ocultar ya nada]—. Uno de Facebook, aunque apenas lo usaba, otro de Instagram, también usaba Twitter, Telegram y Snapchat.

—¿Todos con su nombre?

Claudia duda. Sus ojos se fijan en un tipo que entra, un hombre menudo, un tipo plano, el padre de alguien, el marido de alguien, el hijo de alguien. No es

que el hombre le llame la atención, le sirve para eludir la mirada de Romero, también la de su madre.

Claudia regresa al rato tras calibrar la respuesta:

—Odaliska2004.

Las primeras imágenes que se forman en la mente de Romero son de Ingres.

—Usaba ese nombre en Instagram y Snapchat.

Romero sabe que Instagram es una red social en la que se comparten fotografías, pero no ha oído hablar de la segunda.

Romero da por concluida la entrevista. Ya tiene lo que quiere, pero algo en el rostro de Claudia [una sombra] lo deja a medio levantar.

Romero se sienta de nuevo y espera. Sabe que su silencio es la mejor pregunta.

Claudia lleva su mirada de Romero a su madre y la regresa a Romero:

—La llamada —dice Claudia al fin—. Quien la llamó era alguien a quien conocía.

Romero asiente.

—A quien conocía bien, me refiero —remata Claudia.

—Muchas gracias —zanja, ahora sí, Romero.

Mientras regresa a la planta superior, Romero recuerda la sensualidad de las imágenes pintadas por el francés; el erotismo de sus cuerpos parcialmente expuestos, sugerentes, sensuales.

Todas las mujeres de Ingres, las desnudas, las vestidas, tienen ese gesto, esa cara vuelta hacia un *voyeur* descubierto que se deleita, que las desea, quizás se masturba tras la cortina o la puerta, y al que responden con una mezcla de sorpresa y altanería.

También piensa Romero en las últimas palabras de Claudia. Ha buscado refugio en Ingres para huir de ellas porque no le gusta adónde lo llevan, aunque aún no signifiquen nada definitivo.

Apenas queda nadie ya, algunos rezagados que acuden con la hora justa para desplegar la excusa de que se hace tarde.

La madre de Abigail le sale al encuentro.

Romero vuelve a ver en ella las facciones heredadas por la hija y se

pregunta qué es capaz de arruinar tanto la belleza.

Es una pregunta retórica.

—¿Se sabe algo? —le pregunta la mujer.

Romero contesta que no agitando la cabeza. Es un gesto de negación, también le sirve para espantar otros pensamientos.

—¿Quiere verla?

Romero se siente incómodo ante la propuesta, no le corresponde esa intimidad.

«Cada uno tiene sus muertos, no son de nadie más», piensa.

—No quiero que se quede con ese recuerdo de ella —le dice.

Ambos saben a cuál se refiere, al de la niña abandonada sobre la hierba con su vestido blanco de flores azules, azul con flores blancas, también al de su cuerpo expuesto sobre una camilla de metal.

—Está preciosa —insiste.

Romero se siente impelido a agradarla, a tratar de aliviar su dolor aunque sepa que es inútil.

Una vez en el interior, ambos, madre, Romero, permanecen en silencio.

La niña parece haber menguado.

Romero sabe que es porque el cuerpo se ha ido quedando sin agua; los tejidos se deshidratan y eso provoca que parezca más enjuta, que las facciones se le hayan afilado, que presente ese aspecto entre desecado y untuoso por el exceso del maquillaje. Sin embargo, Romero comprueba que la mujer tiene razón: Abigail aún conserva buena parte de esa belleza que descollaba hace tan solo dos días.

Romero aparta finalmente la mirada del túmulo que contiene a la niña y dice:

—Tiene razón, está preciosa.

Mientras conduce de vuelta, el atardecer estalla en el parabrisas y le obliga a colocar la mano a modo de visera. A su lado, desde el asiento del copiloto, Abigail lo observa.

Romero no sabe si la niña lo juzga, si le reprende por no haber encontrado aún a su asesino o si su presencia es un simple recordatorio de que sigue ahí.

Romero se frota los ojos.

Romero recibe entonces una llamada. La voz de Mendoza resuena en el interior del habitáculo:

—Son fotos.

—¿De qué tipo?

—De ella posando.

Romero nota cierta duda en la voz, pero el subinspector prefiere optar por el silencio.

—¿Y? —tira del hilo Romero.

—Son de mujer... Ya me entiende.

Romero completa [aunque lo que piensa es que hay muchos tipos de fotos de mujer]:

—¿Desnuda?

—...

Romero piensa en si Abigail ha posado para alguien, quizás para su asesino, en algún momento.

—¿Profesionales?

—No. Son *selfies*. Están hechos en su habitación.

Quizás son solo el juego de una niña, se dice Romero. Para verse. Para mirarse. Para admirarse. O quizás se las ha hecho para impresionar al tal Jota, sabiendo que va a masturbarse con ellas. Pero eso no podrá saberlo hasta que no puedan inspeccionar sus comunicaciones.

Para cuando Romero entra en comisaría, todo el turno se ha marchado ya.

La gente tiene su vida, hace sus cosas.

Hace tiempo que Romero no disfruta de esa rutina. Es culpa suya, se marea en tierra.

En el mar, las cosas son simples, uno sabe lo que tiene que hacer para no hundirse.

Romero encuentra un pòsit junto al USB sobre la mesa de su despacho. Es la letra de Mendoza.

El subinspector ha garabateado algo en la superficie amarilla:

«LAS FOTOS» [esto escrito así, en mayúsculas].

Después, debajo, ya en minúsculas, pone:

«Con los perfiles, dos posibilidades: esperar al juez o...»

Romero introduce el dispositivo en el ordenador. Las imágenes se despliegan como cartas repartidas por un crupier.

Romero pincha sobre una hasta que ocupa toda la pantalla.

Romero piensa en Ingres.

Romero también piensa en Balthus.

Romero las abre una detrás de otra [quiere ser minucioso, no quiere dejarse nada] y constata que Mendoza tiene razón. Apenas reconoce a la chica que tiene enfrente; no son fotos pornográficas, pero sí sexuales, por mucho que apenas muestren nada.

A Romero no le cabe ninguna duda de que Abigail pensaba en un hombre [Jota, quizás otro] al hacérselas; las poses, la lencería, las luces, las sombras, lo que muestra, lo que no.

La chica que observa a Romero [le apela sin rubor] es una mujer que se conoce, que sabe el terremoto que provoca su carne.

Su mirada.

Y, entonces, sucede.

Romero constata la erección que no quiere tener entre las piernas y se siente sucio.

Romero se siente sórdido.

Romero siente asco de sí mismo.

# DÍA 5

## VACÍO

### Soledad

Estás frente a tu Dios.

Te mira desde el centro de la capilla, crucificado [una cruz de madera sencilla, una figura que pretende ser de marfil pero es de resina, un Cristo gótico, doliente], y te sorprendes pensando en que ojalá lleve sufriendo desde entonces, desde que alguien lo clavara ahí, así para siempre, herido, lacerado, torturado, la carne tumefacta, las costillas expuestas, el costado apuñalado.

Jamás ha hecho nada por ti; nunca te ha ayudado, jamás te ha respondido, pero tú, tonta, idiota, imbécil, le has guardado fidelidad.

Lo has hecho por miedo.

Lo has hecho por temor al castigo que te inculcaron de pequeña:

«Obedece a Dios, sé sumisa, sé callada y humíllate ante él.»

Y tú te has humillado.

Tienes las rodillas gastadas de tanto hacerlo, pero le ha dado igual.

Has sido siempre una mujer fiel, a él, al marido con el que te unió sin reparos en sagrado matrimonio; no le importó que te violara día tras día, que te usara de alivio para su polla, para sus nudillos.

Ninguno de los dos te ha dado nada, solo miedo, sufrimiento, dolor, indiferencia.

Dios es sordo.

Dios es mudo.

A Dios le importas una mierda.

Miras a Cristo a punto de expirar, colgado en la cruz, y le preguntas por qué.

«¿Por qué has dejado que alguien le hiciera esto a la nena?»

«Resucítala», le pides.

«Resucítala», le exiges.

«Me lo debes», amenazas.

Pero sabes que no lo hará porque no eres nada, no eres nadie para él, solo una mujer rota, una maldita india sin estudios, sin nada que dar, tampoco que ofrecer, sin futuro.

Tan solo eres la madre de una niña muerta.

Suena una música que no conoces mientras el ataúd desaparece engullido por un agujero en la pared. Es la boca abierta de la mina en la ladera del Cerro; tú te salvaste [¿por qué?, ¿para qué?], la nena no.

La siguiente escena tiene lugar en el cementerio.

Has escogido un pequeño columbario en la parte nueva y has mandado poner en él el nombre completo de la nena [Abigail Lozano Quispe] junto a una fotografía suya como si creyeras que esa instantánea [la nena está preciosa, la nena es feliz sin ti] tuviera el poder de suspender su muerte, incluso de negarla.

Quieres que todo el mundo vea lo guapa que era; que los curiosos se paren y la miren y digan: «Qué pena, morirse tan joven; qué pena, morirse tan guapa. La vida no es justa. Qué injusta es la vida».

Has visto varias cámaras de televisión durante el funeral [todos quieren su dosis de la tragedia]. También has visto a la periodista con la que habéis quedado esta tarde para preparar la entrevista.

Has visto a Claudia y a su madre, a Evelyn y a Martina y a Gemma y a Rubén y a Hugo y a Lucas acompañados de sus padres.

Has creído reconocer a algunos profesores. Has visto a Ana, su tutora [veintiocho, siempre has pensado que era muy joven, demasiado joven, aunque tenga casi la misma edad que tú].

Has visto también a muchos desconocidos. La muerte de la nena ha conmocionado al barrio. Sienten pena por ella, sienten pena por ti, pero sabes que lo que realmente les preocupa son sus hijos. No les importa la nena, solo temen que haya un loco suelto, que sea un vecino, que un monstruo se pasee a sus anchas por las calles.

Hablan entre ellos en la panadería, en el supermercado, en la mercería, en la zapatería, en la droguería; se miran unos a otros tratando de reconocer alguna señal.

No saben que el mal no tiene facciones y tiene mil caras.

No saben que el mal tiene el rostro de tu marido, de su madre, del capataz que también quiso violarte en el Cerro, de su patrón, del vecino de enfrente, del vecino de abajo.

Alguno ha comenzado a murmurar. Piensa que, como a la nena no la han violado, su asesino es alguien de la familia. La policía, los expertos dicen siempre lo mismo, que los culpables suelen ser el padre, la madre, el padrastro, la madrastra, un hermano, un tío, un primo.

No es el único.

Otros [cada vez más, pronto serán legión] ya afirman que ha sido tu marido, que el padre la tocaba y ella se resistió; que la mataste tú, celosa porque había dejado de prestarte atención porque la niña era más joven y más guapa.

«Qué suerte, a la pobre nena no la han violado; qué horror, a la pobre nena la ha matado su padre, la ha asesinado su madre.»

Quizás.

Quizás.

Quizás.

Quizás.

Cada uno es una grieta por la que se cuele la porquería.

Sientes una náusea y vomitas en el suelo. Tienes que limpiarlo, están a punto de llegar los de la tele para tomar imágenes de la habitación de la nena, de sus cosas, de la familia doliente, de la familia que quieren que duela nada más verla.

«Eres una inútil», te dice tu marido.

Ese mismo marido que se decepciona al ver que la periodista del tanatorio no está entre los miembros del equipo que vienen a grabar.

Vienen un cámara, viene alguien para el sonido y viene también una chica muy joven.

«Un polluelo de cóndor», piensas al verla.

El polluelo se excusa:

«Eva no ha podido venir, pero lo supervisará todo antes de la emisión, no se preocupen. Verá las imágenes y montará personalmente el vídeo que se pasará mañana durante el programa.»

Sientes una punzada [agridulce] de satisfacción. Es una victoria pequeña, tan nimia que es apenas visible en tu rostro.

Te da igual.

Aún no lo sabes, pero has empezado a dejar de tener miedo.

«¿Está tal como la dejó?», pregunta el polluelo.

Asientes.

Mientes.

La has ordenado. Has colocado varias fotos tuyas con la nena, de las dos juntas, de las dos solas; fotos que ella había quitado. Porque hacía ya tiempo que habías desaparecido de su vida. Ya no había hueco en ella para la madre, solo para la criada.

Lo único que has dejado son algunos pósteres [el de un actor que no sabes quién es, el de un grupo de música del que no has oído hablar] para que la gente vea que la nena era como las demás.

«¿Se pueden sentar en la cama y coger esa foto?», dice el cámara.

«Usted no, señora», le indica a la abuela.

«A usted la sacaremos después, así tendrá más fuerza. Los padres por un lado, la abuela por otro.»

Obedecéis.

Os sentáis sobre la cama y sostenéis una foto de la nena, cada uno por un lado como si pugnarais por su cariño.

La ofrecéis a la audiencia como una hostia consagrada, como el cordero pascual.

Y estar así, tan rodeada de gente en un espacio tan pequeño, hace que de repente te sientas más sola que nunca. Ocupas el mismo espacio que los

demás, respiras el mismo aire, pero eres consciente de que no te ven, de que ninguno de ellos te conoce, de que ninguno es capaz de sentir tu dolor, de intuirlo siquiera.

Ninguno sabe tampoco cómo era la nena.

Solo lo sabes tú.

Estás sola. Sin ningún paliativo. Porque así es la soledad, una, única, siempre igual, siempre la misma; no precisa de adjetivos que enfatizen lo que es claro y preciso de por sí.

Eres Soledad.

Por eso tu madre te puso ese nombre.

La única persona que te conocía, que te hacía compañía, ya no está. Te mira de frente, desde el otro lado del cristal, atrapada en el interior de un marco barato [otro féretro] producido a granel para una gran superficie.

El cámara os observa a través del visor. Es un tipo blando, su cuerpo tiembla a cada movimiento como si alguien lo hubiera deshuesado [su viscosidad te repele].

Separa la cabeza. Algo no le gusta, así que se dirige a la chica y susurra en su oído.

Ves cómo el polluelo de cóndor se incomoda y te mira. Quiere decirte algo pero no se atreve.

«Debe de quedarle un poco de decencia aún», piensas.

Pero ella entiende tu mirada como una invitación.

«Dímelo, chiquilla. Dímelo, maldita hija de puta. Dime lo que sea que quieres decirme y luego pregunta y luego calla y luego márchate.»

Se acuclilla a tu lado y adopta la actitud del perro sumiso, las orejas hacia atrás, los ojos grandes y asustados. Posa su mano sobre tu rodilla y su contacto te incomoda, pero no haces nada por evitar esa mano cuya palma te transmite un calor húmedo.

No quieres parecer rara [tú siempre tan solícita, aunque ya hayas empezado a dejar de tener miedo], tratas incluso de tensar la boca para concederle algo semejante a una sonrisa.

«Por favor», despega los labios.

«Por favor», susurra.

«¿Podría usted llorar?»

## Romero

Hace tiempo que Romero no reconoce la silueta que duerme a su lado. Se trata de una anatomía que ha olvidado a fuerza de no verla, de no tocarla. Pero esta mañana decide alargar la mano hacia ella.

No sabe por qué.

¿Acaso importa?

Romero desea retirar la sábana que la cubre, tirar de ella hasta redescubrir la carne escondida por ese paño que oculta el mueble largo tiempo desdeñado.

Pero algo lo detiene.

No deja de pensar en las manos ajenas que la han recorrido, en los labios que han dejado en ella su impronta, en los sexos que ha albergado en su interior.

Romero no sabe cuántos, tampoco le importa.

«Es culpa tuya», se dice.

«Tú la has condenado y ahora no quieres tocarla.»

Romero siente un repentino dolor, pero, de nuevo, es incapaz de concretarlo. Solo sabe que está ahí. También sabe por qué, tanto como sabe que cada uno de los hombres que han habitado a su mujer eran un grito de auxilio.

Uno cree eternas algunas cosas, pero lo único cierto es que solo existe una verdad en este mundo, y es que todos nacemos ya muertos.

Antes de arrancar, Romero consulta el móvil y descubre una nueva llamada perdida. La acompaña un mensaje de texto.

El mensaje dice:

«Hecho.»

Le gusta la forma de trabajar de Mendoza [el identificador le ha revelado que el texto es suyo, también la llamada], siempre tan eficaz.

Cuando llega al despacho encuentra la vida de la niña distribuida en montones, cada uno de ellos corresponde a los mensajes impresos de sus redes sociales.

«Lo de Snapchat no se guarda, está pensado para borrarse de inmediato», le informa Mendoza con un garabato en la esquina de uno de los papeles.

«Como si los adolescentes compartieran secretos de Estado», piensa Romero al leerlo. Luego cae en la cuenta de que sí, de que todos sus asuntos son precisamente eso, cuestiones de vida o muerte.

Los adolescentes no saben vivir a medias.

Romero tarda un rato en acostumbrarse al lenguaje, a las contracciones, a las abreviaturas que no son las que conoce, a la reducción total de sustantivos, verbos, adjetivos y adverbios a sus consonantes indispensables, a la vocal necesaria; no hay complicaciones, no hay tildes, no hay ortografía, no hay puntuación; se suceden unos tras otros hilados por una gramática elemental.

Abigail conversa sobre todo con Claudia, también con otros amigos, algunas de las charlas son en grupo, pero ella es su confesora.

Romero se adentra despacio en la mente de Abigail. Por un momento ha pensado que todo se reduciría a chicos, a padres, a quejas, pero ella y Claudia hablan de todo a diario, en especial por las noches, como si se guardaran las cosas importantes para cuando no están frente a frente; es más fácil abrirse protegido por la coraza virtual.

Romero se sumerge tanto en el texto que no escucha a Mendoza cuando llega y le dice:

—Lo tengo.

Los intercambios entre Abigail y Jota [su identidad sigue reduciéndose a esa inicial] revisten otro carácter. Empiezan como un juego lleno de dobles sentidos y se van convirtiendo en pornografía.

Romero lee un extracto al azar:

...

JA. Seguro que ya no eres virgen.

Y tú qué sabes.

Dímelo tú.

¿Y tú?

Yo ya me he follado a unas cuantas.

Ya.

Me encantaría follarte.

...

Me encantan tus tetas. Mándame una foto.

...

Eres una puta cría, por eso nadie te ha follado aún.  
Y tú un puto creído.

...

...

¿Quieres ver mi polla? Es enorme.  
Eres un cerdo.  
Sé que te mueres por comértela. No te comerás nada igual en tu vida, te lo aseguro.  
Romero salta a otro:

...

Puta niñata. Solo sabes calentar pollas pero luego nada.  
Eres un gilipollas.  
Puta rajada.  
Vete a la mierda

...

Romero sigue el toma y daca hasta que es consciente de que la nena claudica.

—¿Y esto de aquí?

—Le mandó varias fotos.

Jota demanda, Jota exige mientras la niña trata de no contrariarle, de agradarle, de demostrarle que no es una cría, que ya es una mujer, así hasta que queda atrapada en su red sin darse cuenta, porque los mejores ardidés [las telas de las arañas más peligrosas] siempre son de seda, parecen frágiles, parecen inocentes hasta que uno se queda atrapado en ellos y descubre demasiado tarde sus espinas.

—Hay unas cuantas conversaciones más —le indica el subinspector.

Pero Romero niega con la cabeza.

«Ahora no», dice sin decir.

«Ahora no», suplica para sus adentros.

—¿Sabemos ya quién es?

—O... —es todo lo que responde Mendoza.

El inspector asiente.

—Ok. Dame un rato.

Romero sabe que, tarde o temprano [más bien temprano] deberá volver a sumergirse en esa basura, pero ahora no está de ánimo.

Piensa en el pasado, en su primer deseo consciente, en su primer beso con una chica irlandesa de intercambio. Recuerda su cuerpo delgado, haber contado cada una de sus costillas mientras sus lenguas aún extrañas se encontraban.

Romero recuerda su piel repleta de lunares, pero, sobre todo, recuerda la Osa Mayor.

Y, de repente, desea que sea él [«Maldito Jota, puto Jota, Jota cabrón»] quien haya matado a la niña. Lo desea con todas sus fuerzas.

Romero se imagina reventándolo a hostias, haciéndole trizas la seguridad en sí mismo a base de golpes bajos que le aflojen los esfínteres y le revienten la vejiga.

«El chaval apunta maneras», se dice.

«El chaval tiene papeletas», se dice.

«Si no ha sido Abigail, será otra, será otro día», trata de convencerse.

Pero el crimen tiene su lógica; el maldito crimen tiene sus cosas, sus detalles, el cabello de la niña mesado, los labios pintados, el vestido perfecto, la dulzura del cadáver sobre la hierba.

Romero sabe que el tal Jota no es más que un chulo de barrio, un imbécil, no la ha matado él. Le habría arrancado la ropa, le habría dejado la cara hecha un cromo, la habría violado para demostrar quién manda, se hubiera corrido sobre la niña para marcarla, para humillarla, y después hubiera tratado de esconder el cuerpo.

De lo que aún no es consciente [lo será, pero la mente tiene sus ritmos] es de que el tal Jota no es en realidad él, sino el sospechoso de aquel primer caso que no pudo cerrar.

## CASO REQUIEM.

Comisaría de...

Víctima: Álvaro M. P.

Edad: 9 años.

Filiación: padre, M. G., Javier / madre, P. L., Eva.

Sujeto: Alberto Mercado.

Edad: 30.

Estado civil: soltero.

Profesión: ...

Romero recuerda sus manos pálidas de dedos melifluos [llegó a tener cierta relevancia como pianista de crío], de pederasta, la manicura perfecta, la piel de un alabastro tan pulido que permitían ver cada uno de los tendones, venas y capilares desplegados debajo.

Romero recuerda imaginar esas manos sobre la piel del crío, esos dedos recorriendo su cuerpo en busca de placer, apretándole el cuello hasta asfixiar su llanto una vez saciado.

Romero recuerda que el informe científico dijo que había limpiado el cadáver antes de cubrirlo de tierra.

No dejó nada atrás.

No dejó marcas en el cuerpo.

No dejó fibras.

No dejó fluidos.

No dejó ADN.

No dejó vida.

Romero recuerda al juez de instrucción encogiéndose de hombros y pidiendo la palangana delante de sus narices. Recuerda el agua que resbala por sus manos, que abandona la piel y se precipita al recipiente; recuerda la gota que cae y forma una lentilla de bordes irregulares [una quiche], primero; un reloj de arena justo después.

Romero recuerda también la llamada que le anuncia la aparición de otro cadáver semienterrado en un campo justo un mes después, una pequeña mano expuesta por un tractor que araba la tierra.

Romero recuerda finalmente la frase del mismo juez de instrucción:

«No me toque los cojones, inspector. La culpa es suya.»

Mendoza lo devuelve al presente:

—Javier Carrasco —[dieciocho, guaperas, chulo de arrabal, carne de

talego, futuro fantasma]—. Vive en el barrio. Alguna pelea, detenido por un par de hurtos, trapicheo...

Romero sabe que nada de eso significa mucho; la mitad de los chavales de la barriada tienen su ficha: es el único currículum que importa en las calles.

Mientras esperan a que el chaval asome, Romero elucubra una vez más; lo hace para sí mismo primero, después comparte sus pensamientos con Mendoza:

—Debía de tenerla vista, en algún momento se conocieron, ella era un caramelo, le dio el nombre, le dio el móvil, la agregó en sus redes sociales, ella aceptó sin conocer al monstruo que llevaba dentro.

—El chaval es una joyita —dice el subinspector [que lo escucha y no lo escucha], repasando la ficha—. Pero no lo veo, la verdad.

—A veces las cosas se tuercen —contesta Romero. Aunque no cree mucho en ello. Sabe que Mendoza tiene razón. Pero el chaval y Claudia fueron los últimos que vieron a Abigail con vida. No tiene nada más.

Su testimonio.

Unas fibras azules.

Una llamada de teléfono.

—Una cosa sí es segura: este ya ha hecho la mili, así que fácil no será. ¿Cómo lo hacemos? —le requiere Mendoza.

—Apretando —le informa Romero.

El chaval aparece media hora después montado sobre su moto negra y blanca y roja [una Rieju]. Lleva a una chica de paquete, quizás es la novia, una futura víctima, tendrá unos dieciséis, pero el cuerpo [lo muestra orgullosa] es ya el de una mujer.

Romero piensa en Abigail. Después se dice a sí mismo que la chica es una posibilidad más, un nuevo sospechoso, otro quizás. Los celos, los malditos celos que te envenenan la sangre, que te corrompen el alma.

—¿Javier Carrasco?

El chaval les da un repaso. Su mirada es de suficiencia, pero, por encima de todo, de desprecio. No necesita identificaciones para saber que el viejo de párpados hinchados que le enfrenta es un madero.

—Muy bien. Tú sabes quién soy yo y yo sé qué eres tú —dice—. ¿Qué coño quieres?

—Abigail.

La novia se revuelve en el asiento trasero. Romero imagina cómo saca las uñas, cómo aprieta los dientes y se relame con el sabor de la sangre.

—¿Y quién cojones es esa? —responde el chaval. Sabe de sobra quién es, lo sabe todo el barrio, el país entero ya. Pero quiere marcar terreno, hacerse el gracioso, el duro.

«Gilipollas», piensa Romero.

—Primera cagada —le advierte—. Te queda una más. Cuestión de cortesía.

Mendoza calla. Siempre calla cuando su superior entrevista, es respeto, también hay algo de reverencia en ese modo de conducirse.

El tal Jota hace un gesto a la chica.

«Lárgate», le dice sin decir.

Ella se resiste [«Si tiene que ver con Abigail, con esa niña, con esa puta, quiero saberlo»], pero acaba cediendo. Anticipa la hostia que le cruzará la cara si no se va [«Cuando yo digo algo, obedeces, ¿te enteras, puta imbécil?»], dice la mirada de su novio].

—Muy bien. —Es de nuevo Romero quien habla—. Abigail.

—Era una puta cría.

—Y te dijo que no y la cosa no te sentó bien.

—No dejaba de calentarme la polla, si quieres te enseño las fotos, era una de esas putitas que iba por ahí presumiendo de coño pero que luego se cagaba encima a la hora de bajarse las bragas. La verdad es que estaba muy buena, pero no tengo nada que ver.

—Estabas con ella esa noche.

—Mira, le di una última oportunidad, era su cumpleaños, quería rollo, pero después de ponérmela dura se largó.

—Y tú fuiste a reclamar lo tuyo.

—Cualquiera puede decirte que no. Estaba con gente. Y hay muchos otros chochos.

—Ya —responde Romero—. La llamada, ¿quién era?

—Y yo qué cojones sé. Pero la tía se jiñó. Le cambió la jeta. Pregúntale a

la amiga. Salió a buscarla a los cinco minutos.

Romero sabe que no hay mucho más donde rascar, al menos de momento.

Mientras se alejan, el chaval [es joven, es tonto, es estúpido, es así] no puede evitar la puñalada por la espalda:

—Era una calientapollas de primera, fijo que no soy el único.

Romero se detiene.

Romero da media vuelta y regresa.

El chaval le ve la sombra demasiado tarde; ahora no puede arrugarse, aunque el cuerpo le pida escapar.

—El día que la jodas, y la joderás pero bien —[Romero no se detiene a explicarle por qué]—, créeme, me aseguraré de que alguien te reviente bien el culo. Y no, no es una amenaza. Es un hecho.

Romero deja a Mendoza en casa y circula sin destino. Es lo más parecido a navegar.

Romero lleva muchas horas sin dormir, días sin hacerlo bien, y en algún momento indeterminado, sus párpados se cierran.

Cuando despierta, Romero se descubre estacionado en el arcén de una de las circunvalaciones que estrangulan la ciudad.

En realidad son los nudillos de un motorista de la Guardia Civil los que le hacen abrir los ojos.

Romero baja la ventanilla.

—¿Está usted bien? No puede estacionar aquí.

«No.»

La voz solo suena en la cabeza de Romero.

—Sí. Perdón.

Está tentado de identificarse, pero no lo hace.

—Si tiene sueño, circule con la ventanilla bajada hasta la próxima salida y estacione. Salga y dé un paseo, tómese un café o deje el coche y tome un taxi, ¿de acuerdo?

Romero asiente y pone en marcha el motor. Sopesa sus posibilidades, si regresar a casa y sorprender a su mujer, ir a cenar fuera, quizás al cine después. Pero sabe que todo eso es una mentira.

Eso es su vida, piensa entonces:

«Una mentira.»

«Una maldita fantasmagoría.»

«Un fracaso.»

Y se lleva la mano al costado derecho para mitigar un nuevo dolor.

# DÍA 8

## MIEDO

### Soledad

Llueve.

Lo vuelve a hacer con fuerza, pero la lluvia ya no te dice nada.

El agua cae al bies y se cuela por algunas ventanas abiertas junto al frío.

Han transcurrido varios días desde que se emitió la entrevista. Todo el país estaba pendiente de vosotros; la policía hizo declaraciones [un tipo de uniforme al que no conocías, no era Romero, era un superior], el ministro también.

MINISTRO DEL INTERIOR:

«En este país no hay víctimas de primera y de segunda, para nosotros todos los muertos valen lo mismo, encontrar al asesino de Abigail Lozano es una prioridad.»

Pero las cosas han cambiado.

Las cosas siempre cambian, se emborranan, se oscurecen.

El informe oficial [lo tienen ya todas las cadenas, todos los periódicos, todas las radios y webs de noticias] dice lo que ya está en boca de todos, que a la nena no la violaron. También dice que la abofetearon antes de morir, que no se defendió [debía de conocer a su asesino, es así, aunque dicha

información aún no constituya una certeza], que la muerte fue instantánea.

«Todo apunta a un desgraciado accidente. Se trata de un simple homicidio», dice que señalan fuentes de la investigación.

*Simple.*

La nena ya no les importa.

La nena ya no les duele; no les encoge el estómago, no les parte el alma.

La nena ha comenzado a desvanecerse.

Un carroñero afirma [se escuda en una fuente anónima] que la nena ya no era virgen, que solía andar con chavales mayores, con hombres en una conocida sala de fiestas del barrio regentada por un mal tipo. De fondo, ocupando la pantalla, fotos *pixeladas* de la nena destinadas a levantar entre ella y la audiencia un muro de suciedad.

Te niegas a reconocerla, «Esa no es la nena», te dices.

Tu marido te mira. En sus ojos conviven la excitación y el desprecio.

«Es culpa tuya, la dejabas vestir como una puta y mira», te dice.

Sabes que el ser humano es mezquino. Lo sabes mejor que nadie.

Sabes que las personas se conmueven [lo dicen las encuestas] por cosas como el sexo, la edad, el origen étnico, la nacionalidad, el estatus socioeconómico y las circunstancias del óbito [así lo llaman para no decir «muerte»] a la hora de horrorizarse, a la hora de solidarizarse y mostrar empatía, y la nena no tiene ninguna de las últimas a favor.

Porque la nena era inmigrante como tú [por mucho que no lo pareciera, con su piel blanca].

Porque la nena era pobre como tú.

Porque ni tú ni tu marido tenéis estudios, tú limpias casas y culos, él no tiene trabajo, nunca lo ha tenido desde que llegasteis, no has estado jamás dado de alta, «Seguro que es un mantenido, seguro que ha cobrado en negro, seguro que es un alcohólico, es un putero, todo el mundo lo sabe, esta gente viene a chupar del bote, a mamar de la madre teta, a quitarnos el trabajo, a jodernos la Seguridad Social. Putos sudacas. *Payoponis* de mierda», sabes que piensan.

Porque a la nena no la han violado, no la ha matado un depredador sexual, un monstruo que anda suelto por el barrio. Ya no tienen de qué preocuparse; sus hijos están a salvo; «Ha sido por algo del padre, no es trigo limpio; quizás

le han matado a la hija por una deuda».

Porque la nena ha muerto de un *simple* golpe en la cabeza.

«Ha sido un accidente.»

«Ha sido una desgracia.» Solo eso. Mala suerte, no había intención de matar, de destruir, aunque todo haya quedado arrasado.

Porque decir que ya no era virgen es como decir que ella se lo ha buscado. *Esa* gente, vosotros, los putos inmigrantes, sois así, con la sexualidad siempre a flor de piel, mano de obra barata, coños fáciles, sexo en cadena.

Porque eres una mala madre.

Porque eres una madre de mierda.

Tu marido te dice que llames otra vez a la televisión, que la nena tiene que seguir viva en la tele como sea. Se lo ves en los ojos, no piensa en ella, piensa en la periodista, en el cosquilleo que le hace sentir en la polla.

Tu marido piensa que la culpa es tuya porque no quisiste llorar.

«Eres una inútil.»

Tu marido también piensa que tienes el corazón tan seco como el coño, que no eres capaz de sentir nada, que jamás lo has hecho; ni siquiera te resististe, tampoco gritaste la primera vez que te violó.

«Esa puta no volverá a entrar en esta casa. No han hecho nada por nosotros, solo exponernos como animales», piensas.

Lo piensas pero no lo dices porque en el fondo sabes que tiene razón, que perder la batalla en la prensa es perder la guerra. Lo has visto en muchos casos; esos en los que otros padres hacían lo que tenían que hacer por traerles justicia a sus hijos muertos.

Tu marido tiene razón:

Eres yerma.

Eres estúpida.

Todos te desprecian.

Y al fin lo aceptas:

«Es culpa tuya. A la niña la han matado por tu culpa, porque la dejabas vestir como una puta. Lo de la nena ha sido culpa tuya, si la hubieras vigilado más, si no la hubieras consentido tanto, si no le hubieras dejado hacer siempre lo que le venía en gana.»

Hace días que has dejado de salir a la calle y te has refugiado en la cama de la nena. Has hecho de ella un bastión, tu fortaleza, y en tu necesidad por hacerlo todo medible [recuerdas haber escuchado en una película que el alma pesa 21 gramos], te preguntas:

«¿Cuánto pesa la culpa?»

«¿Cuánto pesa la pena?»

«¿Cuánto pesa el odio?»

Y después te preguntas:

«¿Tienen alguna cura?»

Vuelves a hundirte en el pozo oscuro.

Miras hacia arriba, asustada porque el cielo se aleja cada vez más. Hasta que la caída se detiene y quedas suspendida en la nada, eres uno de esos astronautas que flota en el espacio sujeto a su nave por un frágil cordón umbilical, sin puertos ni playas a los que arribar.

No sabes por qué, no sabes cómo [sí lo sabes], pero Claudia vuelve a asomarse a tu mente. Da igual que la hayas perdonado, que sellaras la paz con ella frente al cuerpo de la nena.

«¿Por qué no la esperó?»

«¿Por qué no se quedó y volvieron juntas?»

Vuelves a sentir miedo. Pero esta vez no se trata del miedo de siempre [con el que has convivido desde que naciste].

No es miedo a que te miren, a que te señalen, a que murmuren, al qué pensarán, al qué creerán, al qué dirán.

Lo que ahora sientes es miedo a dejar de tener miedo.

Porque ese miedo te freneaba.

Porque ese miedo te hacía ser sumisa.

Porque ese miedo te protegía, te salvaba.

Y te das cuenta de que por primera vez en tu vida tienes miedo a saber quién eres [a saber qué eres] en realidad.

Has empezado a volverte cruel [tienes derecho, eres la madre de una niña muerta]. Necesitas aliviar el peso de tu culpa y lo haces sobre los hombros aún sin acabar de hacerse de Claudia.

Recuerdas entonces el nombre [la mente trabaja así, asocia, tiende puentes] que te ha dicho en el tanatorio.

Jota.

Te imaginas a la nena entre sus brazos, magreándola con la polla dura, conoces ese deseo, y el dolor regresa a la cicatriz de tu vientre.

Te han arrebatado lo que más querías, lo único que amabas. Lo único que tenías. Lo más valioso. Más que tu propia vida. Porque no te pertenecía, era suya, vivías para la nena desde el día en que nació, en que te la arrancaron del vientre por primera vez.

Sin ella te falta el corazón, te faltan los pulmones, los riñones, el hígado. No te hace falta ser médico para saberlo, no necesitas que nadie te certifique que su ausencia es incompatible con la vida.

Buscas un cuchillo en la cocina. Quieres cortar de una maldita vez ese último nexo de unión, el arnés que aún te ancla a la realidad.

No quieres regresar a la nave. Nada te espera allí dentro.

Quieres dejarte ir y flotar sola en la inmensidad del cosmos, pero algo te lo impide. Así es el vacío, se llena sin cesar, lo realojan de un modo constante el odio, la rabia, condenándote a vivir.

Odio hacia quien te ha arrebatado la vida.

Rabia hacia quien lo ha permitido; hacia un mundo que se conmueve solo a ratos, que avanza como si la nena no hubiera muerto; como si ninguna de las dos valierais nada [nunca lo habéis hecho en realidad].

La nena está muerta.

La nena ya no le importa a nadie más que a ti.

Esa es la única verdad.

Esa es la maldita verdad.

## **Romero**

Cuando era crío, a Romero le encantaba la lluvia, dormirse al compás de las gotas golpeando el cristal, vertiéndose en el suelo del patio de la casa de sus padres.

Romero recuerda la mezcla de olores [es lo que más recuerda], el de la lluvia mezclándose con la tierra del jardín y el petróleo con el que daban brillo a la loza.

Ahora le provoca tristeza.

No sabe por qué, cuándo se produjo el cambio.

Tiene la cabeza llena del día, las caras se suceden, las voces se solapan, forman rostros informes, discursos sin sentido; nada acaba de encajar, ni en la muerte de Abigail ni en su vida.

Nada encaja nunca del todo en ninguna parte.

Nadie encaja nunca del todo en ninguna vida.

Algo le dice [un pálpito] que Claudia no tiene nada que ver en la muerte de Abigail. Algo le dice [su experiencia] que el tal Jota tampoco.

Algo [a lo que no quiere escuchar] le dice que su primera intuición era cierta.

Su mujer duerme, lo sabe por su respiración. También sabe que no ha abandonado la cama en todo el día; eso lo percibe por el olor, por cómo huele la habitación a su sudor, a la grasa del cuerpo, al aliento acumulado en las paredes y el techo.

Hace tiempo que Romero sabe que convive con una muerta. Ambos lo están. Pero, de repente, justo hoy, justo ahora, en medio del dolor, siente la necesidad de resucitar, de volver a probar su carne, de devorarla.

Romero siente la necesidad de volver a tomar posesión de lo que es suyo.

Romero retira la sábana, se coloca encima de ella y la penetra. Ella no protesta, permanece quieta, muda, se deja hacer; es un cuerpo inerte que acepta la penitencia que le imponen.

Con la luz apagada, Romero no puede ver las lágrimas que abandonan sus ojos [tampoco las hubiera percibido a pleno sol], concentrado como está en clavarse, cada vez más deprisa, cada vez más fuerte.

Cuando ha acabado, Romero se aparta y ella vuelve a cubrirse.

«Mi desnudez ya no te pertenece», le dice sin decir.

Ninguno habla. ¿Qué podrían decirse, el uno, la otra?

Romero siente entonces un asco indescriptible, un dolor insoportable por haber protagonizado un acto del que jamás se imaginó autor.

Romero extiende la mano, la acerca al cuerpo que acaba de violentar, pero, de nuevo, es incapaz de tocarla. Quiere decirle que lo siente, que la ama, que la perdona, quiere pedirle que lo perdone. Pero Romero calla.

Romero se despierta, sobresaltado. No sabe si lo que acaba de suceder ha sido real, si ha sido un sueño, si quizás ha sido un recuerdo. Lo único que sabe es que no quiere saberlo, por eso huye hacia el baño.

Una vez allí, se mira en el espejo y ahoga un grito. No es su rostro el que ve, sino el de Alberto Mercado.

Romero se echa agua a la cara, pero la máscara no desaparece.

Instalado en el salón, Romero enciende el televisor y se da de bruces con un programa en el que hablan del caso. Repiten fragmentos de la entrevista en *prime time* [no quiso verla] que la familia concedió hace unos días.

Romero ve imágenes de la madre y del padre de la niña muerta sentados en su cama, dolientes, expuestos. También de la abuela, que no escatima en lágrimas. Después escucha opiniones de varios contertulios.

En la pantalla aparecen ahora varias de las fotos que Abigail envió a Jota; alguien las ha filtrado, es probable que el muy hijo de puta las haya vendido.

El presentador anuncia entonces una novedad:

PRESENTADOR:

«Fuentes cercanas a la investigación nos hablan de que en las uñas de la niña no se encontró ADN, pero sí unas fibras azules aún sin identificar.»

«Hijos de puta», piensa Romero.

También vuelve a pensar en la posibilidad de que haya sido Claudia [quizás le ha mentado con lo de la llamada para desviar la atención], la amiga fiel, la profesora. Explicaría lo del cabello peinado, también lo del vestido y el pintalabios recién puesto; quería que la amiga estuviera guapa cuando la encontraran.

Romero se censura por no haberse fijado en sus manos y antebrazos, es posible que la niña tratara de agarrarse a su agresor, que le dejara alguna marca, aunque la uña con la que debió de hacerlo no está. A la niña la han enterrado sin ella.

También es probable que Claudia tenga un vestido azul, un jersey azul, una camiseta azul, otras piezas azules.

No ha caído en ello hasta ahora, ni siquiera se le ha ocurrido preguntar qué ropa llevaba la noche en la que Abigail murió. Pero está seguro de que habrá fotos, que tanto ella como la niña se debieron de hacer varias para immortalizar el momento antes de saber que iba a ser el último.

Romero piensa ahora en la posibilidad [la que la frialdad de las estadísticas reconocen más probable] más terrible, que haya sido el padre, que haya sido la madre, descarta a la abuela.

Eso le hace recordar una conversación pasada con el forense.

La rememora así:

ALCARAZ:

«Ellos les dan la vida, ellos se la quitan. Tiene su lógica. —Y antes de que Romero proteste, añade—: Perversa, eso sí.»

ROMERO:

«Es antinatural, joder.»

ALCARAZ:

«Algunos animales matan a sus propias crías. Los leones, por ejemplo. También algunos primates, los chimpancés, sobre todo. Roedores, peces, insectos, anfibios. La lista es larga. Hasta los delfines nariz de botella. Generalmente, los machos. En el caso de los suricatos, en cambio, la responsable del infanticidio es la hembra.»

Romero no es capaz de pensar en algo más cruel, en algo más inútil que engendrar a un hijo, alimentarlo, cuidarlo y, de repente, un día, una mañana, una tarde, una noche, asesinarlo como si nada de lo hecho hasta ese momento hubiera servido; como si fuera un proyecto que ha salido mal; como si un padre, una madre, pensarán que ese hijo, que ese propósito en el que han invertido tiempo, dinero, esfuerzo, cariño y constancia hubiera dejado de merecer la pena.

Pero Romero sabe [preferiría no saberlo] que Alcaraz tiene razón. Lo han visto en otras ocasiones. Ambos han visto el Mal y los ha envenenado.

Antes de regresar a la cama, Romero teclea un mensaje para el subinspector Mendoza:

«Pedir autorización para el móvil y las cosas de Claudia Barragán.»

# DÍA 12

## ODIO

### Soledad

Estás harta.

Estás harta de no hacer nada.

Estás harta de que nadie haga nada; de que a nadie más que a ti le importe que la nena ya no esté, que su asesino se pasee libre, que respire el mismo aire que tú, con el que ella jamás volverá a llenar sus pulmones; así que decides localizar tú misma al tal Jota.

Te acercas hasta las canchas y preguntas por él; lo único que has logrado averiguar es lo que Claudia te ha dicho, que lleva una moto negra y roja y blanca.

No sabes qué vas a hacer cuando lo encuentres, preguntarle por la nena, mirarlo a los ojos para saber si fue él quien la mató [¿qué otra cosa puedes hacer?].

La oscuridad te tinte de nuevo la sangre, la convierte en un fluido oscuro y viscoso, hasta que tu corazón solo bombea petróleo. Así son el odio y la rabia, un aceite negro que lo contamina todo.

El cielo tiene una claridad extraña, no sabes bien si es blanco, si es gris claro, si es una mezcla de los dos.

El cielo tiene el color de la ceniza del incienso que la nena quemaba en su habitación.

La gente te mira como el que ve un espectro, eres la madre muerta de la niña muerta. El tiempo pasa, el tiempo lo cura todo porque trae el olvido, dicen, te han dicho, pero a ti la herida se te abre un poco más cada día; hace tiempo ya que tu cuerpo no cicatriza, ha perdido la capacidad de sanar, demasiados golpes y fracturas a lo largo de los años.

Los chavales a los que preguntas te miran con desprecio.

«Piérdete, vieja, lárgate de aquí, vete a tomar por culo, puta vieja.»

No son más que críos que juegan a ser hombres como la nena jugaba a ser mujer.

No sabes a dónde más ir, sin la nena ya no tienes un hogar al que volver.

Todo es gris.

El cielo es gris, las calles son grises, los edificios son grises, también tú.

Eres como los hombres del libro que leíste con la nena hace unos meses [quieres recordar el título pero no te acuerdas, era una sola palabra, un nombre].

Estás hecha de ceniza.

Eres un cuerpo calcinado a la espera de que un golpe de viento te desmiembre.

Te diriges a la escombrera que hay junto al viejo polideportivo. Sabes que allí se reúnen a veces los mayores.

Avanzas entre los huesos esparcidos de un centro comercial al que no le alcanzó el dinero, otro sueño truncado.

Huele a tierra seca, a polvo, a cemento viejo, al cadáver en descomposición de algún gato, de un conejo, de una alimaña, a la herrumbre del armazón de una cama que se parece ya más a una parilla que a un lecho sobre el que alguien soñó una vida mejor.

Allí está, recostado sobre su moto a la espera de que suceda algo. Los restos mortales de un yonqui se arrastran a su encuentro; tiembla, se agita, suda. Ambos intercambian un saludo rápido que esconde una papelina; el tal Jota pasa droga, lo sospechabas, ahora ya lo sabes. Así es como se ha pagado la moto; así es como se ha ganado el respeto y la admiración [el miedo] en el barrio.

Trabaja para don Ginés, que hace tiempo que no vive en este rincón del mundo pero lo llena de veneno.

Esperas a que se quede solo y te acercas. Las zarzas que pueblan el descampado te arañan la piel de las espinillas, los cascotes te mortifican los tobillos. Avanzas como una penitente, ofreciendo el dolor, el sacrificio a la nena.

Estás aquí por ella, para vengarla.

Ya no dudas.

Ya no tienes miedo.

Ya has perdido el miedo a dejar de tenerlo.

No tienes donde esconderte, así que sabes que te ha visto venir; no reconoce tu figura entre los habituales y eso le habrá puesto alerta.

«¿Qué vas a hacer si ha sido él?», piensas.

«¿Qué puedes hacer?»

«¿Quién coño eres? ¿Qué quieres, vieja?», te dice.

«¿No me reconoces?»

Te observa con cierto interés, has captado su atención. Es guapo, piensas; tiene los ojos azules, tiene la cara libre de acné, el pelo rubio, los labios gruesos como los de la nena. Va al gimnasio, se le nota en los brazos, en el pecho.

Entiendes por qué la nena se prendó de él, es mayor, impone respeto.

Cae al fin:

«Eres la madre de la muerta, ¿no? ¿Qué coño quieres?»

No sabes por qué, solo sabes que se ha puesto a la defensiva, que la fachada de tipo duro se le ha agrietado, solo es eso. Sabes que no se le vendrá abajo, ha aprendido a mantenerla erguida, pero una gota de sudor se ha condensado en su frente.

«Fuiste tú.»

No es una afirmación, tampoco es una pregunta, son ambas cosas a la vez.

Lo miras a los ojos, quieres cerciorarte.

«Déjame en paz, vieja. Lárgate, vieja loca. Piérdete, puta vieja.»

«Fuiste tú», repites.

Esta vez sí afirmas.

Ha sido él. Él ha matado a la nena. Necesitas creerlo porque así tendrás al fin una respuesta.

Jota recorta la distancia que os separa de una zancada. Quiere meterte

miedo, imponer su físico.

«No tienes ni puta idea», te dice. Y sonrío.

Algo le ha hecho gracia.

«No tienes ni puta idea de nada. De quién era tu hija, de cómo era de verdad.»

Lo tienes tan cerca que hueles su colonia, su sudor y su aliento. Por un instante, te recuerda a tu marido: él también era guapo, él también estaba muy seguro de sí mismo. Por eso lo reconoces, porque los hombres como él, como Jota, son iguales en todas partes.

Todos son el mismo.

Solo hay uno multiplicado por mil, por un millón.

«Tu hija era una calentapollas de la hostia, ¿sabes?»

Es más de lo que puedes soportar.

Algo se apodera de ti. Estás frente a la nena muerta en el Anatómico. La miras. Miras a la mujer que la observa junto a ti, que comparte tu dolor y tu angustia. Sois dos madres dolientes.

Eres tú.

El brazo se te pone rígido, tus dedos se extienden, la palma se expande y lo abofeteas.

No lo ha visto venir.

Tú tampoco.

Jota se lleva la mano a la mejilla, confuso, indefenso por un instante. Ves en sus ojos la sorpresa y el pavor del crío al que el padre ha cruzado la cara sin previo aviso [después vendrán el nudillo y el cinturón]. Y te das cuenta de que no ha sido él; de que el chaval que tienes frente a ti no es más que otro niño con una infancia molida a palos.

Lo que no has calculado bien es su reacción.

El puñetazo te impacta en la parte superior del pómulo.

Todo se apaga por un instante, después estalla el dolor.

Has caído de espaldas, como debió de precipitarse la nena en busca de la piedra que la mató, a plomo, hasta quedarte desmadejada sobre el suelo.

«¡Me cago en tu puta madre! ¡Pero tú de qué vas, puta gilipollas!»

Lo siguiente que notas es el escupitajo en la cara. Ya no es un niño; ya no queda ni rastro del crío cagado de miedo; ahora es un gigante, por mucho que

sepas que sus pies son de arcilla.

Notas cómo te agarra del pelo y te pone de rodillas. Tratas de aferrarte a su muñeca para soltarte, para que sus dedos alivien la tirantez con la que te humillan.

«Yo no maté a tu hija, loca de mierda, ¿te enteras? Pero sí que me voy a cobrar lo que me debía.»

Ves cómo se desabrocha la bragueta y saca su polla flácida. Es grande.

Eso es lo único que aciertas a ver, esa polla grande y aún flácida.

Vuelve a tirarte del pelo hasta pegar tu cara a su miembro. Y así, arrodillada frente a él, un pensamiento se instala en tu cabeza: esa eres tú, así has vivido siempre, humillada desde que naciste; al fin estás donde tienes que estar; al fin sabes lo que quieren de ti, lo que te exigen, que le des lo que la nena no quiso darle.

Introduces la polla en tu boca y escuchas sus primeros gemidos. La sientes crecer hasta que ocupa todo el espacio.

La nena está muerta y tú tienes la polla que no quiso albergar en la boca.

Te viene una arcada y tratas de liberarte, pero te retiene por la nuca. Piensas en todas las veces que tu marido te ha violado; en cada golpe, en cómo siempre le has dejado hacer, sumisa, obediente.

Y entonces sucede.

Entonces cierras la boca y al fin te rebelas.

El grito te perfora el tímpano.

«¡¡¡Aahhhhhhhh!!!»

«¡Joder!»

«¡Hija de la gran puta!»

El puñetazo en la oreja hace que aflojes. Vomitas mientras el chaval da un paso atrás y se agarra el miembro desgarrado y los testículos con ambas manos.

Aprovechas para huir entre los cascotes y las zarzas, corres y caes al suelo y te levantas con las rodillas en carne viva, una, dos, tres veces, como Cristo camino del calvario. Y entonces haces algo que hacía mucho tiempo que no hacías.

Sonríes.

Has sido tú.

Saboreas la sangre, y ese algo que lleva días despertando dentro de ti, pugnando por salir, alcanza al fin la superficie.

Te da igual que sea turbio, que sepas que ha tomado posesión de tu cuerpo, de tu alma, el control sobre todos tus actos.

Ahora lo sabes: has sido tú, no la mujer que te acompañaba en el tanatorio, tampoco la mujer acabada que te mira cada día desde el otro lado del espejo.

Eres todas a la vez.

Eres tú.

Eres Soledad.

Y, aunque sigues sola, te sientes viva por primera vez porque ya no eres una presa, ahora eres el cazador.

# DÍA 13

## RABIA

### Romero

—¿Te has enterado? —le pregunta Mendoza nada más cruzar la puerta.

—¿De qué?

—Al chuloputas le han arrancado media polla.

—¿Cómo?

—Eso es lo mejor —responde, haciendo rechinar los dientes.

Romero sabe que solo un animal salvaje es capaz de algo así. Quizás ha sido la chica de la moto, harta de vejaciones, de cuernos y palizas, cabreada por lo de la niña, piensa. Quizás primero puso a Abigail en su sitio y ahora ha decidido castrar al novio.

No tiene mucho más a lo que agarrarse. Las providencias judiciales aún no han llegado.

—¿Qué sabemos de la chavala que iba con él?

Mendoza sabe que no le pide que lo informe de algo que no sabe, sino que husmee. También entiende el motivo.

—Me pongo. Aunque casi es más fácil que nos demos una vuelta a ver si hay suerte.

Romero no puede evitar volver a pensar en su barrio, en su infancia, en su

padre [su primer fantasma] y en cómo se ahogó sin una gota de agua condenándolos a él y a su madre al desamparo, a la miseria, la misma de la que vivía rodeada Abigail, su madre, su padre, la abuela, también Claudia y todos los demás.

Por el camino pasan sin suerte frente a algunos bares, por delante de varios recreativos, hasta que se acercan finalmente hasta las canchas.

Allí está, cabizbaja, consolada por dos amigas.

Se acercan despacio, dejándose ver, no tiene sentido ocultarse.

En cuanto los intuyen, el llanto cesa y es sustituido por un gesto de dureza.

«No dejes que esos putos maderos te vean llorar», le dice una de las amigas.

«Hijos de puta», dice la otra.

—Vosotras dos, largo —ordena Mendoza.

—Vete a tomar por culo —dice una.

—Que te den, gilipollas de mierda —dice la otra, para proteger el silencio de la amiga.

Mendoza está acostumbrado a la retahíla, de modo que ni siquiera muda la expresión. Sabe que lo único que les queda es ladrar.

—A vuestra puta casa, he dicho, a mamársela a vuestros novios. — Saborea la ironía—. Tú te quedas —señala a la chavala.

—Puto maricón —dice una.

—Puto gilipollas —dice la otra.

—Capullo de mierda —añade una.

—Capullo de los cojones —añade la otra.

La reunión se disuelve con una ristra de dedos corazón en alto.

Romero se pregunta si tanto la chica como sus amigas van al mismo instituto que Abigail, si la conocían, si alguna de las tres sabía lo de los mensajes entre la niña y su novio, si urdieron un plan para darle un escarmiento, para vengarse. Y de repente se le abre otra vía de agua.

—Muy bien, hablemos —dice Romero.

—De qué.

—De tu novio, por ejemplo.

—A ti mi novio te importa una mierda.

—¿Y a ti?

—¿De qué coño vas, tío?

Romero permanece en silencio. La chica le parece ahora más menuda que subida a la parte trasera de la moto negra, roja y blanca; más indefensa; así sola, sin la compañía de sus amigas, sin la protección de Jota, no es más que lo que debe ser, una cría frágil aún.

Romero observa sus grandes ojos claros [no sabría decir si son verdes, si son marrones, si su color es algo intermedio, solo que son grandes, bonitos, que brillan] enmarcados por una sombra plateada y oscura que los resalta, delineados como los de Sherezade, preparados para seducir tanto a reyes como a mendigos; mira su boca perfecta, sus labios gruesos pintados de morado, su piel blanca, el flequillo recto que le cubre hasta las cejas, el aro en la aleta derecha de la nariz, y se pregunta en qué momento dejó de ser una cría [por mucho que aún lo sea], qué pasó.

Romero lo sabe. Sabe que, como él, tuvo que crecer deprisa y armarse, perpetrarse de una coraza que minimizara los daños mientras la vida le empezaba a pasar por encima.

Las chicas como Sherezade escapan de la correa de los padres para quedar atrapadas en las de los novios, las de sus futuros maridos.

—Lo que sé —dice— es que alguien le ha jodido bien. Eso sé —enfatisa—. También sé que quien le ha arrancado la polla lleva mucha rabia dentro, la suficiente para quitarse de en medio a quien estorbe y darle una lección. Dime, ¿conoces a alguien así? Dime, ¿estás rabiosa?

La chavala comprende al fin, Romero lo ve en sus ojos, que parecen tener una luz por dentro. Sabe al fin por qué están allí, han venido a cargarle el muerto que no saben a quién cargar, el de la niña que llevaba tiempo rondando a su novio, la mosquita muerta que no dejaba de revolotear a su alrededor.

También entiende que tiene razón, que al madero que la enfrenta le importa una mierda su novio; es un tío como todos los demás, solo quiere usarla.

—Eres un hijo de puta —se revuelve—. Pero a mí no me vas a cargar con esa mierda.

Romero calla.

Romero espera a que se enrede sola.

—Vete a tomar por culo.

La chavala hace ademán de marcharse, pero Romero la retiene con la palma abierta sobre el hombro.

—Como me vuelvas a tocar, te denuncio, hijo de puta —dice ella. Y entonces hace algo que Romero no espera. Saca el móvil y empieza a grabar. Primero se graba a sí misma—. ¡Me quieren violar! ¡Este es un hijoputa que me está violando! No me toques, puto cabrón, perverso de mierda, puto viejo. —Después vuelve la cámara hacia Romero, se la planta en la cara y grita—. ¡Socorro! ¡Que no me toques, cabrón!

Tampoco espera Romero su propia reacción. Sucede sin más. Le salta el móvil de una bofetada y la sienta de un empujón.

Mendoza se pone tenso. No es la primera vez que su superior pega a un detenido, una colleja, una bofetada, pero sí es la primera vez que pega a un menor. Por eso se tensa, por si se repite, por si al fin se le ha ido la cabeza.

—¡Qué haces, gilipollas! —protesta la chavala, que aún no se ha librado del susto—. Tú lo has visto, hostia —se dirige a Mendoza—. No digas que no lo has visto —dice mientras se agacha a recoger el teléfono. La pantalla está hecha añicos—. Tú eres gilipollas. Este móvil vale ochocientos pavos, puto tarado de mierda. Te voy a denunciar, cabrón. Te voy a denunciar, gilipollas. Te voy a denunciar, hijo de puta. Te voy a denunciar, puto tarado de mierda.

Romero lo sabe. La bofetada, el golpe, la rabia, se los ha llevado la chavala, pero podía haber sido cualquiera. Siente que, desde la otra noche, ha emprendido una huida [no quiere recordarlo, no puede olvidarlo], que añora el mar, las olas partidas en dos por la roda, la estela dejada atrás.

—A la niña la mataste tú. La viste tontear con tu novio, no era la primera vez, te hiciste con su número, la llamaste, quedasteis en el parque, se te fue de las manos, la empujaste y se acabó la historia —dice mientras su convicción pierde fuerza a medida que se le vacía el fuelle.

—Yo ni siquiera estaba allí.

—¿Y dónde estabas?

—Que te jodan.

—¿Dónde estabas? —interviene Mendoza, que sabe que Romero no conseguirá ninguna respuesta más [aunque ahora mismo no sabe si es eso lo que realmente quiere]—. Tú nos lo dices, nosotros lo comprobamos y aquí paz y después gloria.

La chavala claudica al fin, no le queda otro remedio [ha nacido en un mundo en el que mandan los hombres, los padres, los novios, los policías]:

—Estaba en casa de mi tía, con mis primos, en el pueblo.

—¿Y cómo se llama ese pueblo? ¿Y cómo se llaman tu tía y tus primos? Me lo escribes todo aquí —la insta Mendoza.

—¿Y qué sabes de lo de tu novio? —vuelve a la carga Romero.

La tigresa aflora de nuevo, vuelve a sentirse segura una vez ofrecida la coartada, por eso lanza el zarpazo:

—Algunas sabemos cómo se come una polla —dice—. No como la mosquita muerta esa. Puta calientapollas.

—Abigail —dice Romero.

—...

—Así se llamaba. Y ahora está muerta —dice Romero—. Tan muerta como tú.

La chavala vuelve a ponerse en pie. «Así erguida parece otra, más fuerte, más dura, más decidida», piensa Romero.

—El móvil —dice Mendoza.

—Que te den por culo.

—Hay dos maneras de hacer esto, tú decides.

Sherezade lo mira; Sherezade duda, calibra, piensa, tiene mucho más que perder que ganar, así que le pasa el móvil a Mendoza, que lo manipula, que encuentra el vídeo en la galería, lo borra y se lo devuelve.

—Largo y no hagas el gilipollas, ¿estamos?

Es una advertencia. Así lo entiende la chavala, así lo entiende Romero también, nada de esto ha pasado.

Romero y Mendoza regresan al coche en silencio, el uno avergonzado, el otro sin ganas de agitar las aguas.

Romero tiene la frente sudada como si una ola partida por la proa le hubiera alcanzado la cara.

Parece febril.

Mendoza lo observa.

Mendoza sabe que no está bien, que se ha reincorporado demasiado pronto tras el naufragio, que lleva desde entonces a la deriva, atado a un madero tras el desastre.

Mendoza se decide al fin:

—¿Qué te pasa?

Mendoza no obtiene respuesta, aunque la conoce.

Una vez en comisaría, Romero se encierra en su despacho mientras el subinspector se dirige a su cubículo. Allí encuentra una carpetilla sobre la mesa. Es [al fin] el registro de llamadas entrantes y salientes del móvil de Abigail.

Mendoza se sienta y le echa un vistazo, señala con un marcador amarillo la última llamada recibida, después señala otra línea de dígitos en un listado aparte.

Mendoza libera el aire retenido.

Camino del despacho de su superior, Mendoza siente el peso de los folios que lleva en la mano; poco tiene que ver con los sesenta gramos por hoja, con los algo más de ciento veinte que suman las dos juntas. A Mendoza, esos dos folios le parecen pesar una tonelada, una rueda de molino que va a anudar alrededor del cuello de su superior.

—Tenemos un problema —dice al entrar.

—Es lo que tiene una cría muerta —responde Romero.

—El registro de llamadas.

Romero acepta la carga sin saber. Le echa un vistazo, comprueba los números una vez, dos, los comprueba una tercera vez y algo se le rompe dentro.

Romero quería saber la verdad, saber quién mató a la nena, y ahora ya lo sabe.

—Cita a los padres mañana.

# DÍA 14

## VENGANZA

### Soledad

La llamada te sorprende dormida en la cama de la nena.

No reconoces la voz que te convoca para anunciaros una novedad [es la voz neutra de un funcionario la que te anuncia la sentencia]: el inspector Romero quiere veros, a ti y a tu marido, juntos, pero tu marido está cansado, no quiere ir, pone una excusa, se hace el ofendido.

«Nosotros somos las víctimas, que venga él», dice.

Romero te mira al llegar, toma aire, deja un papel sobre la mesa con ademán tranquilo, aunque sus párpados tiemblan al volver a levantar la vista para mirarte.

«¿Qué es?»

«El registro de llamadas del móvil de su hija.»

Asientes y esperas. No te importa hacerlo un poco más. Llevas días aguardando la verdad, el nombre, saber quién la llamó esa noche, quién fue el último en hablar con ella, quién la buscó, quién la mató.

Romero te comunica que esa última llamada se hizo desde tu casa.

«Me han mentado», dice.

«No es posible», piensas [aunque ya lo sospechabas]. Tu pulso se acelera, la garganta se te cierra, se vuelve árida como el lecho de un arroyo muerto.

«No es posible», dices finalmente.

«Se equivoca», añades.

«No hay ningún error», te confirma.

Ha vuelto a recuperar la calma. La que has comenzado a tiritar eres tú al sentir la frialdad de su mirada. Es sólida de tan fría.

Su mirada es un carámbano afilado.

El odio vuelve a tomar posesión de lo que es suyo, ese odio que ya has dejado combatir. El sabor de la sangre regresa a tu lengua, te mancha las encías y los dientes.

No te lo puedes creer.

No te lo quieres creer.

No has querido hacerlo hasta ahora, hasta este instante, hasta este momento preciso. Pero todo encaja al fin. Todo se vuelve diáfano.

La epifanía es tan intensa que te abrasa los ojos: al fin sabes quién ha matado a la nena.

Has tenido la oportunidad de no saberlo, pero ahora ya lo sabes.

Ahora sabes que no te equivocabas, que no eran imaginaciones tuyas, que su padre la había empezado a codiciar; que la miraba cuando salía del baño envuelta en una toalla; que la deseaba cuando andaba por la casa en braguitas y una camiseta sin sujetador a pesar de que te habías enfadado mil veces con ella, de que le habías dicho que ya no lo hiciera.

Lo sabes porque no había nadie más en la casa esa noche salvo tú, salvo él y su madre.

Te ha mentido.

Os ha mentido a todos.

Fue tu marido. Debió de llamar a la nena mientras dormías y se ofreció a ir a buscarla; nadie sospecharía si se iba a casa con su padre. Bebió por el camino, quizás trató de violarla en el coche, en el mismo parque, le dijo que estaba bien, que no se preocupara, que era normal, que la quería mucho.

Le dijo que ya era una mujer y tenía que aprender a satisfacer a un hombre.

También sabes que su madre lo sabía desde hace tiempo. Lo sabía como supo que te codiciaba a ti hace años, cuando le dijo que si un hombre deseaba a una mujer debía tomarla, que le correspondía por derecho, que necesitaban a una mujer para cuidar de la casa, para cuidar de él, para cuidar de ella cuando fuera mayor.

El odio que empezó a nacer dentro de ti el día que recibiste la llamada que te rompió el sueño ocupa al fin hasta el último rincón vacante de tu cuerpo. El desahucio ha terminado, la rabia realoja cada rincón ocupado hasta ahora por el dolor, la tristeza y la pena.

Ya no hay lugar para ellas.

Escapas de comisaría con la certeza a cuestas. Es más ligera de lo que creías; de hecho, te sientes más liviana que nunca, como si la cruz que te acababan de echar a la espalda fuese de papel.

Solo eres capaz de pensar en una cosa.

En la sangre.

En la sangre derramada de la nena.

En la tuya, ahora infectada.

En la que debes derramar.

Por primera vez en tu vida, das gracias a Dios por haberte hecho invisible. Quizás nunca ha sido una maldición; quizás es un don que te concedió solo para este momento.

El grito aúlla dentro de ti. Es ensordecedor.

Ya no solo lo escuchas en tu cabeza, resuena en tu vientre, en tus pulmones, en tu corazón, en tus brazos y piernas, en tus manos y en la punta de los dedos que cogen el cuchillo de la cocina, el mismo con el que deseaste cortar tu último nexo de unión con una vida que ya no era vida días atrás.

Lo sientes palpar en las yemas al cerrarse sobre el mango. Lo has usado cientos de veces para preparar la cena, para cortar verduras, para separar la grasa de las pechugas, para quitarle los nervios a la ternera.

Te diriges al salón.

El tiempo discurre despacio, las voces del televisor llegan amortiguadas mientras una extraña clarividencia se apodera de ti: primero él, después ella, así no podrá defenderse, defenderla, abalanzarse sobre ti, arrebatarte el arma y darte una de sus palizas.

Todo va a terminar al fin.

Hoy.

Ahora.

No más insultos, no más desprecios, no más golpes, no más vejaciones.

Pero no lo haces por ti.

Esto no es por ti, es por la nena.

Jamás le has importado a nadie, ni a tu padre, tampoco a tu madre, que te enviaron a la mina en cuanto pudiste sostener el peso suficiente con tus manos, alguien debía ayudar, él ya no podía, tenía los pulmones negros, las rodillas muertas. Tampoco a tu marido ni a su madre, que solo querían de ti el dinero que traías a casa, tu sudor.

Solo le importabas a la nena [aunque sabes que habías dejado de hacerlo hace algún tiempo], y a ti solo te importaba ella, cuidarla, darle el afecto que tú jamás habías tenido, los caprichos que nadie te dio.

Dárselo todo.

Hasta que alguien te la arrebató.

Hasta que tu marido la mató.

Te dan la espalda, sentados en el sofá. No sienten que la muerte se les aproxima, silenciosa.

Le asestas a él la primera puñalada.

El metal se hunde en su cuello.

No esperabas que fuera tan fácil. Esperabas que su carne ofreciera resistencia, pero la fuerza del golpe ha hecho que la hoja se le hunda hasta la columna.

Te parece que la sangre se proyecta hasta el infinito. Le has cortado el músculo, le has seccionado la arteria y le has partido la garganta, por eso no puede gritar, solo emitir ese gorjeo estúpido que no sabes si escapa de su boca, si de su cuello abierto.

Tu marido te mira, asustado, y tú disfrutas del miedo en sus ojos, líquido, deforme. Te alimentas de él, y, por un instante [aún no sabes lo inútil, lo efímero que es], dejas de sentir el peso de todo sobre el espinazo.

«Esto es por la nena», dices.

«Cabrón.»

«Hijo de puta.»

Escuchas el grito espantado de su madre. Está paralizada viendo cómo su hijo trata de taponarse la herida.

Te deleitas con su esfuerzo inútil, con sus dedos que no atinan, que no alcanzan. Intenta levantarse, escapar hacia alguna parte, y le clavas el cuchillo

en el pecho. La punta se rompe al encontrar el esternón.

Te da igual.

No la necesitas para lo que está por venir.

Al fin vas a matar a la madre del hijo de puta. Sientes su olor a cuero viejo, notas el tacto de su piel de tortuga mientras la agarras del pelo y la degüellas.

Deslizas el filo por su cuello como si fuera el arco de un violín, pero la única nota que arrancas es el chillido agudo y disonante del cerdo al que sacrifican.

Te diriges al cuarto de la nena y habitas de nuevo su cama, como hiciste la primera noche tras su muerte, como has hecho otros tantos días con sus noches para poder abrazarla en sueños.

Es allí donde te encuentra la policía.

Tienes el rostro, el pecho, las manos, los brazos y las piernas cubiertos de sangre.

Tienes la ropa empapada de sangre y una sonrisa en la cara.

## Romero

Romero sabe que se acerca el final, pero aún hay algo que no le deja hacerse a la mar.

Abigail.

Su fantasma, el último, porque Romero está harto de ellos, de que se lo hayan arrebatado todo.

En su despacho, solo, es consciente de la importancia de las palabras. Son ellas las que dan vida a las cosas, las que crean el mundo.

Romero recuerda una frase que leyó hace tiempo, un dicho vasco: «Todo lo que tiene nombre, existe». Lo que no lo tiene, lo que jamás ha sido nombrado, no. No es real. Nada lo era hasta que Dios pronunció: «Hágase la luz; y la luz se hizo».

Por eso comprendió la negación de la madre ante el cadáver de la niña.

Por eso sabe que las que pronuncie a continuación encarnarán una verdad

insoportable.

—La mujer está en la sala de espera —le informa Mendoza.

Lo primero en lo que se fija Romero es en su pómulo inflamado y comprende al fin quién ha castrado al angelito [Romero siente un punto de envidia]. No se ha molestado en ocultar la marca con maquillaje, sino que la luce con orgullo.

Romero también descubre que algo ha cambiado en ella. Puede verlo en su expresión, incluso en su postura corporal, ya no cruza las piernas ni se protege con los brazos en cruz sobre el regazo.

—Buenos días. ¿Dónde está su marido?

—No se encontraba bien.

En ese preciso instante, Romero es consciente de que esa ha sido la elección del Destino, no le corresponde a él cuestionarla.

«Sea, pues.»

—Tome asiento, por favor.

Romero le comunica que ya saben desde qué teléfono se hizo la llamada a su hija la noche de su muerte. Sabe que está a punto de abrir una compuerta, lo que no sabe aún es la fuerza del caudal que va a liberar.

—No puede ser —responde la mujer. Aún parece dudar—. Tiene que ser un error.

—No hay ningún error —le confirma.

Pero su interlocutora ya no lo escucha, no atiende a nada que no sea lo que acaba de reventarle las tripas.

Romero asiste a la sagrada transubstanciación en completo silencio. Lo que no predice son sus consecuencias [quizás no quiera hacerlo].

Romero está cansado de fracasar. Por eso deja que la mujer se marche, para que ella y solo ella sea el instrumento final. Porque Romero sabe, sin ningún género de dudas, que la mujer que abandona su despacho es la Muerte.

Hace tiempo que Romero no sale a navegar. Sentado junto a la caña, observa la vela [es de cotonia; no le gustan ni la poliamida ni el poliéster, le recuerdan a las bolsas para cadáveres]. El viento sopla fuerte [veinte nudos hoy] alejándolo cada vez más deprisa de la costa. La única pista [efímera] de que alguna vez existió es la estela dejada atrás.

No le importa. Romero no piensa regresar.

Solo existe el horizonte. El crepúsculo ha comenzado a teñir el mar de morado. Mientras observa el ponto vinoso, recuerda las palabras de Homero; él también desea convertirse al fin en Nadie, pero, a diferencia de Ulises, Romero no tiene ya un hogar al que volver y su Penélope está hecha de aire.

La voz de Mendoza, sin embargo, lo trae de vuelta. Y la severidad de su rostro le dice que algo no va bien.

Lo sabe.

No hace falta que su subordinado le informe de qué ha pasado. También sabe que su negligencia le acarreará un expediente, una suspensión, quizás algo más definitivo.

Le da igual.

Se dan de bruces con la matanza nada más entrar. La sangre mancha el suelo, las paredes, el techo, hasta la pantalla del televisor.

El cuerpo del marido está recostado con el cuello abierto y una puñalada en el centro del pecho. Su frente se apoya sobre el hombro de la madre, cuya cabeza parcialmente seccionada se ha vencido por la gravedad.

Uno de los agentes que los acompaña se tapa la boca para no contaminar la escena.

Apesta a sudor, a sangre, a orina.

Así huele la muerte.

Inspector y subinspector observan las consecuencias del caudal liberado por Romero; la riada ha arrasado con todo, no ha dejado nada con vida a su paso.

—¡Aquí!

La voz procede del final del pasillo, pertenece al agente que se ha retirado buscando refugio.

Romero conoce el camino, sabe a dónde lleva.

La habitación de la nena.

El templo.

Tisífone, erinia implacable, yace sobre la cama. La madre de Abigail duerme, su respiración es tranquila. Tiene el rostro, los brazos, las manos y la ropa cubiertos de sangre y el cuchillo de punta rota usado para la hecatombe permanece en su mano.

Mendoza siente un escalofrío al ver su sonrisa plácida.

La mujer abre los ojos. Parece regresar de un sueño restaurador, ajena a lo que ha sucedido en el salón; Romero, en cambio, no puede dejar de constatar que ese rostro cubierto de sangre ha recuperado parte de su belleza perdida.

—Llévala —ordena Mendoza—. Y que vengan los de la científica.

Después, en un aparte, Mendoza enfrenta a su superior por segunda vez en dos días.

—A veces no alcanza solo con la ley de los hombres —dice Romero antes siquiera del reproche.

—La próxima vez que vayas a tomar una decisión que nos afecte a los dos, al menos ten los santos cojones de decírmelo —responde Mendoza.

Romero lo mira y solo entonces se da cuenta de que ha arrastrado al subinspector hasta la cornisa, que lo ha situado frente al pelotón de fusilamiento. Lo ha hecho de forma inconsciente para no sentirse solo. Asumirá las consecuencias, todas, piensa también.

—Lo siento.

—No es cierto —replica Mendoza.

El inspector Romero sabe que su subordinado tiene razón.

Mientras esperan la llegada de los compañeros de la científica, todo queda en calma. «Si no fuera por el olor, por la sangre, por el horror que mancha muebles, paredes, suelos y techos, el silencio sería cautivador», piensa Romero.

Apenas ha pasado una hora desde que precipitara el desenlace del caso con sus palabras. Romero es consciente de que ambos, él y la mujer, han recorrido el mismo camino: Romero anoche, nada más conocer la información; la madre en cuanto se la ha comunicado esta mañana.

Y la información es esta:

A la una y media de la madrugada [eso señala el registro telefónico], la niña recibió una llamada desde su casa, era su padre ofreciéndose a ir a buscarla, era el depredador fabricando su oportunidad, la niña estaría contenta, la niña estaría un poco bebida. Le dijo que lo esperara en el parque, que llegaría en diez minutos, que la llevaría a casa, la noche está llena de

sombras, la oscuridad está plagada de espectros, y Abigail esperó a su padre sentada en la acera. Cuando llegó y la vio tan guapa, con los zapatos de tacón alto, los zapatos de mujer, no pudo contenerse, trató de besarla, quiso tenerla, forzarla como había hecho con la madre catorce años atrás. Abigail es la viva imagen de esa chica del Cerro Rico a la que codició, de la que tomó lo que quiso, lo que era suyo, empujado por el deseo, envalentonado por su madre. Un hombre de verdad no espera, un hombre de verdad coge lo que quiere y lo devora. Abigail se asustó. Abigail trató de zafarse, aún sorprendida por la avidez del padre. Él la abofeteó, ahora no digas que no lo quieres, hace tiempo que lo buscas, vas por la casa mostrándote, vas desnuda. Abigail tropezó y cayó de espaldas. Alarmado, pero también arrepentido [es un monstruo, es padre], se arrodilló a su lado, le acarició el rostro, le colocó el cabello para que la niña luciera preciosa cuando la encontraran, y regresó a casa, a un hogar que jamás lo había sido.

Eso es lo que pensó Romero ayer.

Eso es lo que ha pensado la madre de Abigail esta mañana.

Pero la verdad está aún por llegar.

Romero se encamina hacia la habitación del matrimonio. Sabe que solo con el registro telefónico no basta, que la justicia de los hombres demanda pruebas, al menos una, clara, tangible, física, sólida, irrefutable.

El inspector Romero [ahora vuelve a pensar como un policía] sabe que no había ADN en el cuerpo de la niña, solo unas fibras azules prendidas en el interior de sus uñas, así que abre el primer armario y busca entre las prendas del marido. Aparta camisas, aparta pantalones, escudriña los jerséis, las camisetas, pero no encuentra lo que busca [«Quizás el hombre se ha deshecho de ella, de la pieza azul, del hábito con el que ha dado muerte a su hija, a su primogénita», piensa].

El cabrón no es idiota.

El malnacido no es gilipollas del todo.

Abre entonces el armario contiguo y todo se detiene, después comienza a venirse abajo.

Romero aparta una falda y ve el vestido azul. Tiene la misma presencia que la de un ahorcado que pende de la soga.

«Es solo un vestido azul», piensa Romero.

«Toda mujer tiene un vestido azul», se dice.

El inspector Romero extrae un guante de vinilo de uno de los bolsillos de su chaqueta. Le tiemblan los dedos.

Al sacarlo a la luz, algo se desprende de una de las mangas, un minúsculo copo de queratina cae al suelo, pero el sonido que produce al golpear el parqué es ensordecedor.

Eso le parece a Romero, que observa paralizado ese pedacito de media luna precipitada.

«No», brota de sus labios.

«No. Mierda. Joder.»

Esto no lo dice. No quiere que nadie lo oiga porque, por un instante, Romero [ahora vuelve a ser Romero a secas, el hombre] piensa en agacharse y recogerla, en colocarse ese minúsculo pedacito de uña rota en la lengua y tragársela.

Maldito vestido azul.

Maldita uña.

Maldita verdad.

La verdad lo calcina todo a su paso.

# DÍA 16

## VERDAD

### Soledad

Hace frío a pesar de que la sala es pequeña, de que llevas un buen rato aquí, no sabes por qué, para qué.

Ya lo has confesado todo: mataste a tu marido, mataste a su madre. Los mataste con un cuchillo de cocina, llamaste a la policía y los esperaste acurrucada en la cama de la nena hasta que te venció el sueño.

Sabes que vas a ir a la cárcel, pero te da igual que tu mundo quede reducido a un suelo, un techo y cuatro paredes de cemento. Ya no temes que la boca de la montaña se cierre a tu espalda, que te trague para siempre; al fin has comprendido que es allí, bajo tierra, muerta, donde hubieras sido feliz.

El inspector Romero entra y se sienta frente a ti. La última vez que lo viste fue en tu casa, en la habitación de la nena, cubierta con la sangre de su asesino y de su madre, el único sudario con el que quieres ser enterrada.

No dice nada. Lleva la gravedad cosida al rostro. Vuelves a ver en él la sombra que lo acompaña desde el primer día. Es dolor.

No te has fijado hasta ahora en la carpeta que deja sobre la mesa. Reconoces esa mirada gélida, el carámbano azul. No entiendes qué pasa, no sabes qué quiere, pero estás cansada, «Di lo que tengas que decir y déjame en paz. Dejadme todos en paz», te dices.

Quieres flotar de una maldita vez en la inmensidad de ese cosmos que

lleva días esperándote, libre al fin. Pero esa mirada tira de tu arnés de seguridad.

No quieres volver, pero no puedes hacer nada.

Romero abre la carpeta y arrastra dos fotografías, una de un vestido azul, otra de una uña rota, hasta dejarlas frente a ti.

El recuerdo te revienta el alma como una bola de hierro que echa abajo el edificio viejo.

Fue su mirada la que lo precipitó todo.

La mirada.

Esa maldita mirada, esa forma de enfrentarte, de despreciarte.

La nena te mira, y, a pesar de que es de noche, te ves reflejada en sus ojos. Te ves a través de ellos.

Nunca te ha mirado así antes.

Sientes su desprecio, sabes que se avergüenza de ti, de la madre pobre, de la madre fea, de la madre descuidada, de la madre echada a perder, de la madre analfabeta e inútil, de la mujer sumisa, de la madre esclava.

El dolor es insoportable, tanto como el que sentiste el día que te la arrancaron del vientre con urgencia hace catorce años, y entonces haces algo que no has hecho nunca; lo juraste frente a ese Dios que te ha abandonado.

Le das una bofetada.

Le cruzas la cara y liberas en ella todo tu dolor, tu rabia, tu tristeza, tu pena; toda la desesperación acumulada a lo largo de tantos años de sacrificios por ella, por la nena, tu única razón para vivir.

La nena se avergüenza de ti.

Tu hija te desprecia.

Le cruzas la cara y la nena se trastabilla y cae hacia atrás.

Ves el miedo en su rostro, también ves la sorpresa y, enredada en ella, la incompreensión.

«¿Qué haces, mamá?»

«¿Por qué, mamá?»

Ves demasiado tarde que se arrepiente, que no quería decir lo que ha dicho.

Pero también ves su rabia.

La nena trata de agarrarse a tu brazo, pero sus dedos se escurren y se le



No. No.»

Cada uno de ellos nace en tu vientre y se acumula en tu garganta hasta impedirte respirar.

Los vas alumbrando uno a uno, hasta que la realidad se impone al fin: la nena está muerta.

Estás de nuevo en la sala.

Romero permanece en silencio, un silencio escrupuloso, el mismo con el que esperó a que reconocieras a la nena en el Anatómico. Y, justo entonces, tus ojos se llenan de lágrimas; brotan sin control y escapan mejilla abajo, algunas alcanzan ya tus labios, otras gotean sobre tu pecho.

En un instante viertes todas las lágrimas que habías acumulado desde la muerte de la nena, las que no fuiste capaz de airear en televisión.

Y solo eres capaz de gritar una palabra:

«Perdón.»

La verdad destruye.

La verdad calcina.

Tuviste la oportunidad de no saber, pero ahora ya sabes.

Ahora ya sabes quién mató a la nena.

Ahora ya sabes que a la nena la mataste tú.

## Romero

Romero observa el derrumbe en silencio. El de la madre de Abigail. El suyo.

La verdad es siempre cruel, lo sabe bien; a veces libera, pero siempre hiere, deja cicatrices.

—¿Qué pasó?

El inspector Romero quiere saber, el policía, también el hombre.

Lo necesita para tratar de entender, también para perdonar y perdonarse; para que el dolor sea todo lo soportable que puede ser, siempre poco. Pero la mujer permanece inmóvil, sorda, ciega, muda.

La madre de Abigail está en *shock*.

—Necesito saberlo —insiste Romero.

Por mucho que trata de disimularlo, su tono es de súplica.

Y entonces sucede.

Por primera vez desde que la conoce, desde que la recibió a las puertas del Anatómico Forense, estalla en llanto [lo preciso sería decir que el llanto se le desborda, que la ahoga].

Romero la observa.

Es tiempo de callar, de esperar.

Romero sabe que la mujer ha iniciado un viaje del que ya no regresará. Lo inició la noche en la que, preocupada, inquieta, enfadada también, llamó a su hija cuando vio que era tarde, que había rebasado la hora de llegada, que no tenía noticias de ella.

El inspector Romero sabe por el registro que la llamada duró treinta segundos.

No sabe qué se dijeron madre e hija, pero lo intuye:

«¿Abigail? ¿Dónde estás? Es tarde. Son la una y media.»

«Déjame en paz, mamá, eres una plasta.»

«Es tarde.»

«Joder, qué coñazo, eres un coñazo mamá, ya no soy una cría.»

«Te dije a la una.»

«A Claudia la dejan hasta la una y media.»

«Me da igual hasta qué hora se queda Claudia, quedamos en la una, me prometiste que a la una. Te quiero en casa ya.»

«Déjame en paz, joder, eres una puta plasta, mamá. Eres una amargada, mamá.»

También intuye que fue Abigail quien colgó dejando a la madre con la palabra en la boca, desafiando su autoridad.

Fue entonces cuando ella, más enfadada que preocupada ya, decidió ir a buscarla. Quería darle una lección, avergonzarla delante de Claudia, de sus amigos, mostrarle quién manda, aunque supiera que es mentira, porque quien manda, quien ha mandado siempre desde que nació ha sido la niña.

Siempre ella.

La Bachata no queda lejos de su casa, así que fue andando, apretó el paso a medida que el enfado le crecía.

No se dio cuenta la madre de Abigail de que el monstruo que siempre ha llevado dentro agazapado, silencioso, callado, tomaba posesión de ella por el camino.

Debió de sorprenderla al borde del parque, enfurruñada, enfadada, quizás triste por haber discutido con su madre, por haberle colgado el teléfono de mala manera.

«Pero ¿qué haces aquí, mamá?»

«Basta ya, Abigail, nos vamos a casa.»

«Estás loca, mamá. Joder, se te ha ido la pinza, mamá. Tú no eres ni medio normal, mamá.»

Y la mujer estalló.

Romero sabe bien que una mirada, que una sola palabra, pueden derruirlo todo.

Eso fue lo que pasó, intuye: una mala mirada, una mala palabra, un mal gesto, la bofetada, el trastabillarse, el caer al suelo, el golpearse la cabeza.

La muerte.

La nada de repente.

Después vinieron la incredulidad, el desconcierto, el caos, el dolor inimaginable hacía apenas un instante, la verdad [cruda, cruel] y, finalmente, la negación.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —es lo único que escapa por la garganta de la mujer que tiene delante [no es un grito lo que escucha Romero, es un aullido, es el bramido desgarrador de un animal herido de muerte].

Y después:

—¡Lo siento, Abigail, mi nena! ¡Lo siento tanto! ¡Abigail. Abigail. Abigail!

Así abandona Romero la sala de entrevistas, entre llanto y dolor y culpa sin perdón posible.

Al llegar a casa, Romero siente el vacío como no lo ha sentido jamás.

Algo ha cambiado.

Lo sabe.

Lo sabe desde hace tiempo, en realidad. Aunque no ha querido saberlo.

La verdad.

La otra verdad.

La verdad que no quería saber pero siempre ha sabido.

La verdad de la que le habló Abigail de madrugada junto a la puerta de la nevera.

A Romero no le hace falta entrar en el dormitorio para descubrir que el cuerpo de su mujer lleva tiempo ausente, que no regresará jamás, que lleva días conviviendo con un fantasma, que la almohada colocada bajo la sábana no es más que un trampantojo.

La memoria silenciada, el dolor que le pertenece regresa al fin como lo ha hecho con la madre de Abigail en la sala de entrevistas.

Romero recuerda la discusión, la bronca, los reproches arrojados para hacer daño [solo quien más te quiere es capaz de infligirte el dolor más preciso, más punzante].

Romero también recuerda la lluvia, el agua golpeando el cristal, las gotas estallando como bombas en el alféizar de la ventana.

«Me das asco.»

«Eres una puta.»

«Eres una zorra.»

Tres sentencias de muerte pronunciadas de modo consecutivo.

Y recuerda otra cosa, por eso ahora sabe que lo sucedido hace unas noches no fue un sueño.

Romero recuerda cómo, tras condenarla, la violó; cómo descargó en ella toda su rabia maldita.

«Tú la mataste», se dice.

«Es culpa tuya.»

«A tu mujer la mataste tú», sentencia.

Romero abre el cajón de la mesilla de noche y encuentra la cuartilla doblada. El papel ha amarilleado con el paso de los días y la doblez está deshecha por la grasa de los dedos, los suyos, que la han sujetado decenas de veces, que han querido conocer su contenido desde la noche en la que llegó a casa y descubrió el cuerpo inerte, el cuerpo frío, el cuerpo muerto de su mujer bajo la sábana, el blíster vacío sobre la mesilla.

Por un momento, Romero se pregunta qué pesa más, si la nota de su mujer, si el registro de llamadas que le entregó Mendoza ayer.

Hoy, esta noche, al fin, Romero abre el papel y lee:

Te quise, te he querido, te quiero, te querré. Te he hecho daño, me has hecho daño, nos hemos hecho daño, nos lo seguiremos haciendo si me quedo.

Romero se desnuda y se tumba sobre la cama vacía dispuesto a enfrentar su soledad, que ya es completa, que ya es definitiva.

A Romero le gusta el mar; aunque está lleno de muertos [de sus fantasmas], ninguno le pertenece. Por eso se cubre con la sábana, cierra los ojos y zarpa al fin.